

Selva Palacios



El filo de la

Verdad

El filo de la verdad

Selva Palacios

® Selva Palacios, 2021

Reservados todos los derechos

Primera parte

Un sol de justicia caía impío sobre Nueva Trada. Ni siquiera los ancianos más longevos recordaban haber sufrido con anterioridad un calor como ese que asolaba la ciudad desde hacía varios días.

Mik Rogers accedió con parsimonia a una de las tabernas más inmundas del puerto. Saludó al dueño mientras caminaba hacia el fondo del local. Los parroquianos dormían la mona o bebían sumidos en el pozo de sus pensamientos. Ninguno tenía demasiada gana de charla, de juerga o de trifulca. Eso lo dejarían para cuando la noche cayera y la temperatura diese un respiro.

Dentro no olía a orines como en las inmediaciones, pero sí a sudor rancio. Mik arrugó la nariz y clavó su mirada en la mesa más apartada, esa que permanecía guarecida por la penumbra en un rincón y que había reclamado tiempo atrás como suya. La utilizaba como centro de operaciones para sellar todo tipo de acuerdos turbios. El antiguo pirata llevaba trece años pululando por los bajos fondos de aquella ciudad maldita, esclavo de los pactos que amarraban en corto su conciencia, preso de los malos recuerdos que enturbiaban sus pesadillas.

Un hombre se hallaba sentado en su silla. Portaba esa mirada turbia de quienes ya están acostumbrados a que el duermevela ligero sustituya un descanso reparador. Daba cuenta sin prisa alguna de una botella de vino medio vacía y mantenía la cabeza gacha, como si en el fondo quisiera pasar desapercibido.

Mik alzó las cejas, sin dar crédito. Debía tratarse de un error: a aquella hora intempestiva esperaba encontrarse con un servicial criado y, en cambio, era un caballero el que ahora había engarzado su mirada con la suya y lo estudiaba con un rictus de seriedad demasiado impostado bajo su sombrero.

No albergó duda alguna: el origen de ese tipo era noble y lo dilucidó por sus ropas, por la rigidez a la que sometía a su espalda, pero, sobre todo, por la manera en que desentonaba en aquel tugurio. Estaba fuera de su ambiente y era tan obvio que, si perdía cuidado, pronto tendría problemas.

Mik se sentó frente al desconocido con recelo, pero intrigado por saber qué asuntos quería

tratar con un don nadie como él.

— Dispensa si no me quito el sombrero — dijo hombre, tocándose el ala —, pero tengo motivos para conservarlo sobre mi cabeza.

Mik sonrió, divertido. Su dentadura blanca contrastó al instante con su piel morena.

— ¿Y cuáles son dichos motivos, señor? Si no le importa que le pregunte...

— Dos, principalmente — contestó, muy sereno —. El primero, que deseo minimizar el riesgo de ser reconocido. El segundo, que no pretendo tener deferencia para con un hombre de tu calaña. Sin ofender —. Añadió, muy serio.

Mik rio. Echó la cabeza hacia atrás y expulsó con fuerza el aire por la nariz. Después, robó un trago a la botella que reposaba sobre la mesa. El líquido caliente se deslizó por su garganta y le revolvió las tripas.

— Hace falta mucho más que palabras para ofenderme, señor, así que pierda cuidado. Yo sí que me descubriré la cabeza — anunció, tras despojarse de su sombrero y dejarlo descansando sobre la rodilla izquierda —. Al fin y al cabo, estoy ante un respetable miembro de la ilustre ciudad de Nueva Trada.

El caballero le dedicó una sonrisa ladeada que no duró mucho. Pasó por alto el tono condescendiente de Mik y fue directo al grano.

— Supongo que te estarás preguntando por qué estoy aquí cuando podría haber enviado a un intermediario en mi lugar...

Mik colocó el codo en el respaldo de la silla y apoyó la espalda en la sucia madera. Estudió a aquel tipo, intrigado. Tenía la piel muy blanca y su barba bien recortada enmarcaba una boca de labios finos y dentadura pobre.

— Entiendo que estará a punto de desvelarme la incógnita.

— En efecto. Verás, la cuestión es que si puedo encargarme yo mismo de un asunto tan delicado como este que nos trae entre manos, no lo dejaré en las de otros. Es el único modo de asegurarme de que todo saldrá como es debido.

Mik se fijó en sus uñas bien cortadas, en sus dedos largos y finos. Estaba claro que aquel tipo nunca se había ganado el pan con el sudor de su frente. Su interlocutor y él no podían ser más distintos en cualquier aspecto en que se compararan.

Alzó el mentón y lo miró a los ojos.

— Le escucho.

Antes de hablar, el desconocido apartó la vista. No acostumbraba a tratar a hombres como Mik de igual a igual. Probablemente, era la primera vez en su vida que un negro lo miraba directamente a los ojos. Y no le gustaba, pero tendría que soportarlo. O más bien acostumbrarse: cada vez eran más los esclavos que compraban su libertad.

Los tiempos estaban cambiando y no para bien.

— Quiero que te encargues de un pequeño asunto que deseo encomendarte. Y te advierto de que, si no cuento con tu discreción absoluta, habrá consecuencias. Mi posición en esta ciudad es privilegiada. Soy amigo personal del gobernador y me ha puesto al tanto de tu peculiar... situación.

Mik torció el gesto y chasqueó la lengua: si venía de parte de Joaquín Ventura, el mandamás de Nueva Trada, sabía qué tipo de tarea se disponía a encomendarle el caballero: una sucia, en la que se mancharía las manos de mierda o de sangre. Probablemente de ambas. Se encogió de hombros, dispuesto a seguir con la conversación como si trataran asuntos más mundanos.

— Creo que ha quedado sobradamente demostrada mi capacidad para desempeñar todo tipo de encargos con eficacia y sin levantar sospechas — expuso Mik —. Mi reputación me procede.

— ¡Desde luego, eso no lo pongo en duda! Estoy ante el mejor asesino de la ciudad — dijo, bajando la voz —. Por no hablar de tu habilidad creando toda clase de pócimas y ungüentos. ¡Tu eficacia es legendaria! — rio sin ganas y se inclinó ligeramente hacia él —. No estoy aquí para cuestionar tus sanguinarios métodos, Rogers, al contrario. Lo que deseo es que los utilices en mi beneficio, pero antes quiero acotar los términos bajo los cuales cumplirás mis órdenes. Deberás seguirlas a rajatabla para no dejar margen de error. La improvisación es enemiga del éxito.

El caballero sudaba copiosamente bajo sus delicados ropajes. Sendos cercos de sudor se expandían bajo las axilas oscureciendo la tela y una película brillante perlaba su frente haciéndola brillar. En cambio, Mik resistía con bastante entereza los envites del clima.

Ventajas de provenir del continente africano.

— ¿A quién desea que borre del mapa? — preguntó Mik, repentinamente cansado de tanto rodeo —. ¿A un rival en los negocios? ¿A un viejo enemigo? ¿Al amante de su esposa, tal vez?

Rio su ocurrencia, pero el caballero lo escrutaba con aires de suficiencia y el gesto bien serio. No volvió a tocar la botella, aunque la miró de pronto como si necesitara desesperadamente un trago.

— En tu última suposición no ibas muy desencaminado — admitió, muy a su pesar —. En este caso, el amante soy yo. Quiero casarme en segundas nupcias, pero para ello, primero debo enviudar y por ende, mi esposa debe morir.

Mik lo miró durante un buen rato con la boca cerrada a cal y canto. Se pasó la mano por la mejilla y se rascó la cabeza, que lucía afeitada para evitar la molesta invasión de piojos y otros parásitos.

— Lo que me está pidiendo es del todo imposible, señor — le informó con solemnidad —. No asesino a mujeres ni a niños. Siento comunicarle que no soy su hombre. Búsquese a otro.

Se levantó con parsimonia y se colocó el sombrero en la cabeza. Murmuró una despedida. La voz del caballero lo detuvo cuando ya le daba la espalda.

— ¿Un asesino con escrúpulos? ¡No puedo creerlo!

Mik no se giró. Efectivamente, aún no había perdido toda la rectitud que quedaba en él, aquella que Samuel Rogers le inculcó. Dio un paso más en dirección a la salida, deseando que el aire tórrido de la calle le golpeara en la cara para así, al menos, sentir algo.

— ¡No puedes negarte, escoria! No estás en condiciones de rechazar mi petición. Tienes contraída una deuda con esta ciudad y con nuestro gobernador. ¿O acaso lo has olvidado?

Mik se detuvo y cerró los ojos. Gruñó. Soltó un improperio en alguna lengua desconocida y se sentó de nuevo a la mesa. Su humor se había agriado y ni siquiera hizo el mero intento de disimularlo.

— ¿Por qué?

— No estás en disposición de negociar, ni de hacer preguntas, Rogers.

Mik se tragó su orgullo acompañado por una buena dosis del vino barato que tenía frente a él.

— No me malinterprete, señor, se lo ruego. No es menester mío juzgarlo. Eso queda entre usted y Dios — expuso con la solemnidad de un párroco encerrado en un confesionario —. Supongo que estará al corriente de que existen alternativas para hombres como usted. Seguro que halla un método efectivo para disfrutar de los placeres que su... amante pueda proporcionarle sin poner en riesgo la integridad de nadie. Muchos caballeros siguen este precepto y son plenamente felices. Incluso cuentan con la bendición de su esposa.

El tipo rio. Alzó la cabeza y le dedicó una mirada furibunda por encima del ala de su sombrero.

— Es usted muy temerario, Rogers. De ser otras las circunstancias, no le quepa la menor duda: mandaría que lo azotaran hasta verlo desangrarse y nada me complacería más que esa visión. Sin embargo, no soy la clase de bestia inhumana que cree que soy. No pretendo deshacerme de mi esposa por capricho. Mi matrimonio fue una farsa desde el inicio. Nos unimos por interés mutuo de nuestras familias y nunca desarrollamos sentimientos de afecto el uno por el otro. Al contrario, detesto a esa vaca estéril que no ha sido capaz de cumplir con su única obligación: traer a mi heredero al mundo. Y, tras una década, señor Rogers, comprenderá que ya no albergo absolutamente ningún tipo de esperanza. Ese feliz acontecimiento no va a suceder: no me dará descendencia. Por ello, me veo en la obligación de sustituir a mi amada esposa por otra más... competente. Y más joven. He ahí la razón de hallarme frente a usted. Por eso requiero de sus... servicios.

Mik exhaló un suspiro y lo taladró con la mirada.

— ¿Y no ha considerado el divorcio?

El caballero enfureció. Una sombra negra planeó sobre sus ojos.

— ¡No digas sandeces! — Gritó, provocando que un par de miradas se posara sobre ellos. Percatándose de ello, bajó la cabeza y la voz —. ¡Eso es pecado! ¡Una blasfemia propia de la gente bárbara del norte! Y aunque fuese legal en Nueva Trada, sin mí, mi esposa no es nada. ¡No es nadie! Créeme, ella opinaría lo mismo: estará mejor bajo tierra que deshonrada y condenada al ostracismo de la alta sociedad.

Mik entornó los ojos y puso las palmas de sus manos encima de la mesa.

— Lo lamento mucho señor, pero creo que su problema tiene mejores soluciones que esa...

— Si no eres tú, Rogers, ¡otro se encargará! —. Le interrumpió el tipo, perdiendo la poca paciencia que le quedaba —. Haré que te ejecuten en la horca. A ti y a los tuyos, a los que quedan. Solo tengo que mover un dedo y el peso de la justicia caerá sobre tu tripulación por entero. ¡Piénsalo bien, necio!

Dio un puñetazo en la mesa que delató su nerviosismo. La botella vibró durante un efímero instante. Mik tragó saliva y bajó la mirada. Reflexionó acerca de su situación y de sus opciones. El caballero, por muy poco que mereciera tal apelativo, estaba en lo cierto: no tenía más alternativa que aceptar. Cargaría en el foso de su conciencia con otra vida que iba a sesgar por encargo, por no hablar de todas las que arrebató en alta mar, con Samuel Rogers y después, como capitán del *Servus*.

Aquellos tiempos quedaban bien lejos. Otros más oscuros eran los que le estaba tocando

vivir.

Mandaría al cielo otra alma para que la suya fuese directa al purgatorio. Y esta vez, se trataría de una mujer inocente cuyo único pecado era no haber parido hijos.

¡No podría hacerlo! Se imaginó a sí mismo empuñando su daga pero no hundiéndola en la carne de aquella dama. Aunque no la mirara una sola vez a los ojos para leer en ellos cómo pedía misericordia, sabía que no sería capaz de infligirle daño alguno.

Se conocía mejor que nadie. Era un hombre cauto, pese a la vida que llevaba. Pensaba detenidamente las consecuencias de sus actos. Nunca se precipitaba antes de actuar. Samuel le enseñó a ser más astuto, más rápido, más fuerte y más valeroso que ningún otro.

Solo así habían sobrevivido ambos en aquel mundo gobernado por hombres blancos.

Por eso, cuando una idea cruzó su mente, fue tal el cambio que acusaron sus facciones que el caballero se puso en alerta, mas no dijo nada.

— Está bien, señor — concedió Mik —. Lo haré. Dígame cómo se llama su esposa, dónde y cuándo. El cómo, me lo reservo para mí.

El caballero sonrió. Los ojos le brillaban. Una gota de sudor descendió por su sien hasta aterrizar sobre la mesa. Mik lo miró con desagrado. Quizá Dios o la naturaleza no deseaban que aquel sujeto se reprodujese. De inmediato compadeció a su esposa, a pesar de que no fuese buena idea empatizar con una futura víctima.

El desconocido ni siquiera se percató de las tribulaciones del antiguo pirata. Estaba demasiado ocupado celebrando su triunfo por anticipado. No veía el momento de regresar con su amante y yacer con ella en pecado por última vez. Pronto la convertiría en su esposa mientras fingía llorar a la anterior.

Se inclinó sobre la mesa y colocó la mano en torno a su boca:

— Escucha atento y no pierdas detalle — repuso con voz grave —. Mañana, emboscarás el carruaje en el que Elvira regresa a casa. Al anochecer.

*

Doña Elvira de Diego se enjuagó el sudor de su frente con un suave pañuelo de seda. Lo empapó tras restregarlo también por la cara y por el cuello hasta que la tela se tornó translúcida. Volvió a guardárselo en las profundidades de su generoso escote. Resopló, maldiciendo para sus adentros el calor tan insoportable que hacía dentro del carruaje. No veía la hora de regresar a casa, asearse y meterse en la cama. Había sido un día agotador.

La visita a su prima lejana, Angustias, no se desarrolló todo lo bien que esperaba. Angustias la recibió con ánimos destemplados pese a que fue ella quien insistió, misiva tras misiva, en que debían verse de inmediato. Ambas tenían la misma edad. Se habían criado juntas, casi como hermanas. Sin embargo, su relación nunca fue buena. Llevaban cinco años sin verse cuando a Angustias le entró apremio por citar a su prima en su lujosa mansión, ubicada a las afueras de Nueva Trada.

En seguida Elvira comprendió que las prisas de Angustias obedecían a un único propósito: el deseo de restregarle la felicidad que experimentaba por la cara. Contaba con un esposo cariñoso y atento, cuatro hijos maravillosos que gozaban de buena salud, unas amistades sólidas y unos excelentes contactos que la convertían en una de las damas más populares de la ciudad.

Por si esto fuera poco, acababa de adquirir una lujosa mansión equipada con los últimos adelantos modernos de tres plantas y catorce habitaciones. Su afianzada posición dentro de la alta sociedad nuevatradena era ya un hecho consolidado.

Angustias recibió a Elvira en su salón de té. Proyectaba seguridad y confianza en sí misma, nada que ver con esa chiquilla vacilante que diez años atrás era un alma en pena. Sus lamentos se debían a que ningún hombre la pretendía, ninguna propuesta de matrimonio llegaba. La envidia la corroía al ver cómo su prima Elvira se prometía con uno de los mejores partidos de la ciudad: Leopoldo de Diego.

Había llovido mucho desde entonces. Las tornas giraron tanto que se terminaron invirtiendo. La tirria de Angustias hacia su prima se había transformado en una superficial lástima teñida de fingida compasión. Durante varias horas, frente a una taza de té que se había quedado frío, Elvira tuvo que aguantar los comentarios hirientes y las sarcásticas burlas de su prima, que no paraba de jactarse de su larga racha de buena suerte.

Era, precisamente, de lo que carecía Elvira en aquellos momentos, pero aguantó la tempestad con estoicismo y clase. Siempre con una sonrisa permanente en sus labios. Porque ante todo, si algo caracterizaba a doña Elvira de Diego era, precisamente, la clase que tenía. Y así lo demostraba cada vez que tenía ocasión: llevaba el orgullo adherido a su persona como una suerte de segunda piel. Ni Angustias ni nadie la vería flaquear jamás, aunque Elvira sintiera que su vida se estaba desmoronando sin que pudiera hacer nada por evitarlo.

El camino estaba plagado de baches. La señora De Diego se agarró con firmeza a su asiento y respiró agitadamente. Apoyó los pies con firmeza en el suelo para evitar caer hacia delante. El cochero restalló el látigo con el que azuzaba a los caballos. Debía darse prisa. Estaba a punto de anochecer y la oscuridad propiciaba que bandidos y pistoleros campasen a sus anchas por los

desolados caminos, desamparados ante la ausencia de luz.

Un repentino mareo invadió a Elvira. No solo lo causaba aquel maldito y accidentado viaje, sino el tercer trozo de pastel que había engullido en casa de su prima Angustias. Demasiado dulce para pasar aquel amargo trago. No le había caído bien en el estómago y ahora pagaba las consecuencias de su gula.

Cerró los ojos y sintió la desagradable sensación que acompaña a una repentina arcada. Dio dos golpes secos en la pared del carruaje. El cochero no se detuvo. Lo intentó otra vez, ya sin paciencia. Se hizo daño en los nudillos al aplicar en el proceso todas las fuerzas que le quedaban.

Por fin, el vehículo paró a un lado del camino. Elvira abrió la puerta y descendió apresurada. Su sudor era frío, lo percibió en cuanto se levantó una leve brisa. Con la mano izquierda se tapaba su boca. Con la derecha, se tocaba el vientre. Ese vientre que era yermo, estéril. Se acurrucó tras un árbol, se agachó y vertió la merienda sobre unas hierbas procurando no hacer demasiado ruido mientras regurgitaba.

Desde su posición, el cochero seguro estaría escuchando los estertores que la garganta de Elvira emitía. Eran tan poco dignos de una distinguida dama que un repentino arranque de vergüenza la invadió. Se le pusieron rojas las mejillas otorgando algo de color a su tez pálida y empañada.

Un pensamiento esperanzador brotó de las profundidades de su mente. ¿Y si estaba encinta? Desechó la idea de inmediato, torturándose por albergar ilusiones huecas. Era físicamente imposible. Leopoldo llevaba sin yacer con ella meses. El fracaso de su matrimonio se comportaba como un viejo fantasma que de vez en cuando acudía a ella para atormentarla.

Elvira se incorporó y, con el mismo pañuelo que antes, limpió sus labios. Una solitaria lágrima salió despedida de uno de sus ojos azules. No se molestó en secarla. Achacó su presencia al hecho de que se encontraba mal del estómago, y no a la tristeza que se empeñaba en invadirla.

Apoyó su mano en el tronco del árbol que tenía al lado. Se serenó contemplando el horizonte anaranjado. Consiguió respirar con normalidad al fijar la vista en esos últimos rayos de sol que se perdían lejanos, oblicuos, moribundos, a punto de ser tragados por la oscuridad.

Sin previo aviso, un brazo le rodeó la cintura con fuerza. Una mano le tapó la boca. La punta de una daga rozó su yugular. Elvira se olvidó de tomar aire. Estaba paralizada y no solo debido al miedo. Hacía mucho tiempo que no sentía el calor de otro cuerpo cerca del suyo, el cuerpo de un hombre.

Percibió un aroma varonil invadiendo sus fosas nasales que, en otras circunstancias, le

hubiese suscitado cierto agrado. Sin embargo, en el contexto de un asalto esta información pasó desapercibida y el terror se manifestó sin tapujos. Las rodillas le temblaron. La garganta se le cerró. Ni siquiera el grito que había dejado a medias terminó de salir.

Aquel era su fin. El fin de Doña Elvira de Diego, ilustre señora de Nueva Trada.

— No se mueva o la mataré — susurró una voz ronca a su oído.

El acento delataba que se trataba de un extranjero. Un proscrito, tal vez. Elvira descendió la mirada y, bajo la luz del crepúsculo, estupefacta, descubrió que la mano que le tapaba la boca pertenecía a un hombre de piel oscura. Un mestizo, quizá algo peor. Se preguntó qué querría aquel malnacido de ella.

Dinero. Joyas. Un rescate. Dishonrarla, en el peor de los casos, mancillando su cuerpo sin remedio. Entonces su esposo la repudiaría para siempre y de manera definitiva. Aquel sería para Elvira un fin peor que la muerte.

El corazón le latía tan rápido que creyó estar a punto de abandonar este mundo. Recuperó su voz tan solo para emitir un leve quejido. Ni siquiera en esas circunstancias era capaz de imponerse, de luchar por su vida. Reprochó internamente su propia pasividad, su cobardía. Aquel fue el último pensamiento racional que tuvo antes de desmayarse de puro espanto, de auténtico pavor.

Un tiro rasgó la quietud del atardecer. Sonó como un trueno, pero más siniestro. Varios pájaros posados en las ramas de los árboles adyacentes emprendieron su vuelo, espantados. Los grillos cesaron de inmediato su monótono cántico. El cochero, de un salto, subió al vehículo. Tomó las riendas con las manos temblorosas, pero algo le impidió chasquear el látigo y huir de allí como alma que lleva el diablo.

Su señora. No podía irse sin ella o de lo contrario don Leopoldo descargaría ese mismo utensilio sobre su espalda más tarde.

— Está muerta — le advirtió una voz helada, carente de emoción.

Giró la cabeza y con espanto vio entre las sombras del crepúsculo los zapatos y las piernas de doña Elvira, embutidas en unas medias blancas poco favorecedoras. Las faldas se le habían subido por encima de la rodilla en una visión decadente y poco decorosa. No obstante, aquello era una minucia comparado con el hecho de que su señora yaciera tumbada sobre la hierba como una muñeca de trapo, inerte. No vio su rostro, ni falta que le hacía. El tronco del árbol tapaba la mitad de su cuerpo inmóvil.

De pie, al lado, se encontraba un hombre negro vestido con ropas oscuras: el dueño de la voz

que acababa de anunciar el peor desenlace posible. Un sombrero le tapaba la mitad de la cara. El cochero supo en aquel mismo instante que sería incapaz de reconocerlo aunque le fuese la vida en ello. Pensó que probablemente sería un esclavo fugado, o tal vez un liberto con ansias por vengarse de sus antiguos amos.

Aunque los señores de Diego jamás habían tenido a su servicio más que criados llegados del viejo mundo, procedentes de Herovia. Por tanto, aquel ataque no tenía sentido. ¿Y si se trataba de un terrible error? Su mente estaba tan conmocionada por lo sucedido que no llegó a aquella conclusión hasta mucho más tarde.

— Díselo a tu señor — le ordenó el asaltante —. ¡Elvira de Diego ha muerto! Y tú, si no quieres correr la misma suerte, partirás de este lugar de inmediato.

Mik no tuvo que repetirlo dos veces. El cochero descargó el látigo contra el lomo de los caballos y dejó que lo engullera la noche.

*

Tras haber cumplido, Mik se cruzó de brazos y agradeció que su rostro estuviese amparado por las sombras. Densas nubes tapiaban el cielo nocturno y la lluvia amenazaba con descargar sobre ellos de un momento a otro. Los grillos callaron de nuevo en cuanto sus botas rozaron la hierba alta.

Alzó la mirada y se percató de que una de las habitaciones del segundo piso estaba ocupada. Lo supo porque la luz de las velas traspasaba las finas cortinas. Se preguntó si aquellos eran los antiguos aposentos de Elvira y su mente divagó acerca de la vida que había llevado hasta entonces.

— Quiero ver el cadáver de mi difunta esposa.

Suspiró. No veía la hora de retirarse. Estaba cansado, harto de aquella funesta jornada que por fin estaba terminando. Su caballo resopló unos metros más allá, como si él también hubiera tenido suficiente del señor de Diego.

— No se lo aconsejaría, señor — espetó Mik —. Además, me temo que me es del todo imposible acceder a su petición.

— ¿Quién eres tú para cuestionar mis deseos? — ladró, alzando la voz.

— La bala atravesó su cabeza. No es un espectáculo digno de ver — argumentó el antiguo pirata.

Ahora fue el turno del señor de Diego para poner los brazos en jarras y armarse de paciencia.

— ¿Cómo pretendes garantizarme entonces que tu misión ha sido llevada a cabo con éxito?

— Tendrá que fiarse de mí.

Una fría carcajada ascendió por el torso del caballero, impidiéndole hablar durante unos segundos.

— ¿Dónde está su cuerpo? — inquirió Leopoldo, ya serio como la situación lo requería.

— Lo abandoné en una zanja para que sirviera de alimento a las alimañas.

Leopoldo agarró de la pechera a Mik y lo zarandó. Había cólera y fuego en sus ojos, incluso en plena oscuridad lograron brillar con furia. El agredido mantuvo una tensa calma. Lo superaba tanto en fuerza como en estatura, por lo que Leopoldo no era un serio rival para un hombre como él, acostumbrado a la lucha cuerpo a cuerpo.

En cualquier caso, Mik se llevó una mano a la cadera y sus dedos rozaron la empuñadura de su espada. Trataría de no tomar medidas drásticas a menos que su vida se viera seriamente amenazada, algo poco probable, aunque posible.

— ¡Estúpido bastardo! ¿Cómo osas tratar a mi esposa como si fuera una vulgar ramera del puerto? Elvira de Diego no merece ese final. ¡Su cuerpo ha de reposar en camposanto para que su alma pueda descansar en paz!

Mik se desembarazó del agarre y respiró profundamente. Se dirigió a su caballo y sacó un objeto de una de las alforjas que reposaban contra el lomo del animal.

— Traigo esto como prueba de que he cumplido, señor.

Le tendió unas ropas arrugadas. Leopoldo, con asco, las tomó para observarlas. Apenas se veía nada, pero supo distinguir el vestido y las enaguas que llevaba puestas su esposa aquella mañana, cuando se despidió de él antes de partir hacia casa de su prima Angustias. Reconoció el estampado de la tela y vio que estaba cubierta de sangre.

— No es suficiente. Quiero que me traigas su cadáver antes de que salga el sol. Si está presentable o no, me es indiferente. Solo quiero darle una sepultura digna.

Mik tragó saliva y asintió. Se alejó de Leopoldo de Diego sin darle la espalda y, cuando montó sobre su caballo con agilidad, anunció:

— Pierda cuidado. Terminaré con el asunto que nos trae entre manos, señor. Y después — añadió, con honesta chulería — , espero que no volvamos a vernos nunca más.

El caballero soltó una risa más lobuna que humana.

— Por una vez estamos de acuerdo en algo ¡Tráeme a mi esposa y desaparece de mi vista!

Mik se quedó embobado contemplando el rostro de aquella mujer. Cuando se percató de su ensimismamiento, meneó la cabeza y se lo reprochó para sus adentros. Prefirió no contar los minutos que había perdido de esa guisa, sumido en lo más hondo de sus cuitas. Ni siquiera reparó en qué idioma estuvo pensando, ni en el contenido de esos mismos pensamientos.

Se apartó del camastro donde ella reposaba y, algo nervioso, deslizó las manos por su cráneo sin pelo.

La mujer estaba despertando. Movía brazos y piernas tenuemente bajo las sábanas. El efecto de las sales iba disipándose, pero todavía estaba en un estado de semi inconsciencia que Mik aprovechó para posar la vista sobre ella otra vez.

Cuanto más la miraba, menos comprendía a su marido. Era más joven de lo que imaginó, probablemente ni siquiera se había estrenado en la tercera década de su vida. El pelo rubio, largo y ondulado, se deslizaba más allá de los límites del catre hasta besar el suelo. Sus labios eran finos y sus mejillas, sonrosadas. Estaba pálida bajo la mortecina luz de unas pocas velas distribuidas sin tiento por la pequeña habitación. La nariz, algo aguileña, proporcionaba a sus facciones el toque aristocrático que abundaba entre los de su clase. Las cejas eran claras, apenas visibles sobre su frente perlada de sudor. Sus párpados se movían inquietos y Mik no hacía más que fantasear con el color de sus iris. Pronto disiparía esa incógnita.

Elvira abrió los ojos y volvió a cerrarlos en seguida. Cientos de arrugas aparecieron en torno a su nariz. Un agudo dolor de cabeza causó estragos en sus sienes. Ella no lo sabía, pero era uno de los efectos más comunes que dejaban a su paso las sales que había inhalado involuntariamente hacía unas cuantas horas.

Respiró entre dientes, presa de un tormento inaudito que no había sentido antes. Sus extremidades acusaban una extraña debilidad, un leve temblor. Tenía calor y frío al mismo tiempo. No escuchaba sonido alguno alrededor, ni sabía dónde se encontraba. Sin embargo, algo le decía que no estaba sola, que había alguien con ella.

¿Sería su esposo?

— ¿Leopoldo? — murmuró con voz débil.

Mik apartó la mirada, contrariado. Si aquella mujer supiera el destino que su marido había dispuesto para ella, no pronunciaría su nombre con semejante anhelo.

Se aclaró la garganta y, de lejos, procurando no asustarla, preguntó:

— ¿Cómo se encuentra, señora?

Aquella voz otra vez. Elvira jamás podría olvidarla. Ese acento delataba a quien pronunciaba las palabras. Cuando sus miradas se cruzaron, ella abrió tanto los ojos que la incógnita, de pronto, quedó desvelada para el antiguo pirata.

Azules. Elvira tenía los ojos azules como un bello día de verano. Como ese cielo monocromático que algunas veces se extendía en el horizonte, ante el *Servus*, como una suerte de segundo mar sobre las cabezas del capitán y su tripulación.

Elvira tragó saliva y aulló pidiendo auxilio, en vano. Quiso levantarse de la cama, pero su cuerpo no respondió. Con pavor, se percató de que estaba desnuda bajo las sábanas.

— ¡Tú! Eres... el que...

Las palabras no salían de su garganta; estaba seca, pero no solo por eso se quedó muda. Comenzó a toser y Mik le tendió un vaso de agua algo turbia. Cuando Elvira agarró el turbio cristal, sus dedos se rozaron, pero ella ni siquiera reparó en ello. Estaba demasiado apesadumbrada como para percatarse de lo que sucedía alrededor. Bebió el líquido de una sentada mientras que Mik se dejaba avasallar por el hormigueo que sintió tras el breve contacto.

Elvira respiró agitadamente por la boca. Su pecho subía y bajaba a un ritmo veloz. Acudieron presurosas las lágrimas, aunque pudo recuperar, al fin, la voz:

— ¿Dónde estoy?

Mik se alejó de nuevo para que su presencia no fuese tan amenazante para ella.

— Tendrá muchas preguntas, lo entiendo. Procuraré contestarlas todas, pero primero le pido que por favor se calme y...

— ¡Auxilio! ¡Socorro! — aulló, presa del pánico

Mik negó con la cabeza y su mirada quedó vagando por el techo. Elvira cerró la boca temblorosa y entonces él habló:

— Grite cuanto quiera, señora. Nadie puede oírlo. Aquí solo estamos usted y yo.

Desesperada, Elvira perdió los papeles. Comenzó a respirar sin orden ni concierto hasta

quedarse sin resuello, sin fuelle. Si continuaba por aquel camino, tendría un ataque de pánico. Su último recuerdo consistía en la tibia despedida que le dedicó su prima Angustias desde la puerta de su nueva mansión.

— ¿Qué me has hecho, salvaje? — le preguntó a gritos en cuanto pudo recuperar algo de serenidad.

Él seguía sin mirarla. Se sentó en el suelo, la espalda apoyada en la pared. Dobló las rodillas y en ellas apoyó los codos. Entrelazó los dedos de sus manos y respondió entre murmullos tranquilos:

— Le he salvado la vida.

Elvira quiso seguir llorando, pero una carcajada histérica se abrió paso por su garganta hasta salir expulsada sin censura. Horrorizada, se tapó los labios con una mano temblorosa.

— ¿Dónde está mi marido? ¡Exijo verle! ¡Exijo hablar con él!

— Me temo que eso es imposible — volvió a murmurar, esta vez con cierto hastío en la voz.

Elvira cerró los ojos y deseó que aquello fuera una pesadilla de la que poder despertar, pero lamentablemente para ella no fue el caso. De pronto, casi como si de fogonazos se trataran, acudieron presurosos a su mente retazos de lo acontecido justo cuando aquel salvaje le propinó el susto de su vida: la daga contra su piel, una mano morena en contacto con su boca.

Era la mano de aquel mismo hombre que se encontraba con ella a solas en esa habitación desangelada.

Su cuerpo tembló un poco más, desnudo entre las sábanas.

— Pedirá un rescate por mí, ¿no es eso? — su voz quedó reducida a un susurro derrotista —. ¿Cuándo exigirá? — sus ojos se entrecerraron —. ¡Tanto da! Mi marido gustosamente se encargará de todo...

— Precisamente fue su marido quien urdió todo este entuerto — le informó Mik al final de un silencio largo.

Elvira movió la cabeza de un lado a otro con energía. Se le escapó una risa ácida producto de los nervios.

— ¡Cómo osas afirmar semejante disparate!

El antiguo pirata se encogió de hombros.

— Es la verdad. Poco a poco irá asumiéndola.

— ¡Leopoldo! — gritó Elvira — ¡Leopoldo, ¿dónde estás?!

Si hubiese tenido algo de ropa encima, no habría dudado en levantarse del camastro y salir en busca de su marido. No podía encontrarse lejos. Elvira estaba convencida de que tarde o temprano hallaría una manera de salir airosa de aquella lamentable situación. Lo prioritario era seguir conservando la vida y la dignidad en la medida de lo posible. Estaba decidida a escapar y denunciar a ese proscrito ante la Guardia del Rey. Entonces, lo apresarían y ahorcarían. Sería el castigo más justo para subsanar ese abominable crimen que atentaba contra la persona de doña Elvira de Diego, ilustre dama de Nueva Trada.

— ¡Le exijo que me devuelva mis ropajes de inmediato! — bisbiseó, molesta y abochornada por tener que realizar semejante petición.

— Lamento decirle que sus ropas... no es posible.

Mik chasqueó la lengua. No sabía cómo informar con delicadeza a Elvira de que había tenido que proceder a desnudarla para reunir pruebas que demostraran su repentina defunción ante don Leopoldo.

Jamás entró en sus planes acabar con la mujer que ahora lo miraba con desprecio. Quizá algún día ella fuese consciente de que, dadas las circunstancias, había escogido la mejor de las opciones que el destino les brindaba. Mik fantaseó con que, más pronto que tarde, Elvira cayera en la cuenta y le diese las gracias. No obstante, si le salvó la vida nunca fue para exigirle algo a cambio.

Siempre tuvo claro que se las ingeniaría para fabricar una muerte artificial con la que pudiese verse libre del encargo y ella, de su marido. Ambos ganarían y, después, cada uno seguiría su camino olvidando que alguna vez sus destinos se cruzaron.

Para sus adentros Mik tuvo que admitir que en cuanto vio descender apresuradamente del carruaje a doña Elvira para vaciar el contenido de su estómago, él también sintió que sus entrañas se revolvían, pero por motivos diametralmente opuestos.

Incluso en esas circunstancias le pareció una de las mujeres más hermosas que había visto nunca. Le recordó con demasiada precisión a aquella muchacha de cabellos rubios y ojos claros que remendaba las redes en el puerto de esa ciudad inmunda que nunca volvería a pisar. Sucedió cuando no era más que un niño pirata a las órdenes de su capitán, Samuel Rogers.

Elvira, sin pretenderlo, le hizo volver atrás en el tiempo. La imprevista remembranza fue una de las experiencias más agridulces que Mik había vivido hasta entonces. Le llevó unos instantes serenarse, recobrar la cordura que aquel funesto día le había pretendido sustraer y

retomar sus planes.

Por más años que hubiesen transcurrido, no podría olvidar ese rostro angelical, esas delicadas manos que tejían sin descanso, esos cabellos dorados brillando a la luz del sol y meciéndose con la suave brisa. Se acercó a la desconocida sin poder remediarlo. ¡Era tan joven y hermosa! Sin embargo, en cuanto sus impresionantes ojos azules se posaron sobre Mik, sus facciones relajadas se vieron transformadas por el espanto más absoluto.

Gritó y gritó pidiendo auxilio, convencida de que ese muchacho negro trataría de ultrajarla. Mik se arrodilló a su lado con la intención de calmarla, de hacerle ver que él jamás le haría daño alguno, pero fue peor el remedio que la enfermedad. No podía olvidar su rostro desencajado, sus ojos colmados de terror.

En un visto y no visto se vio rodeado de hombres que le querían dar muerte. A pesar de que lo vivió todo tras el velo del alcohol, recordaba con todo lujo de detalles lo que aconteció después: un auténtico infierno. Lo apresaron, lo golpearon por un crimen que ni siquiera tenía intención de cometer. Nadie le dio la oportunidad de explicarse, de defenderse ante las terribles acusaciones.

Después, llegó la sentencia. Se hallaba a unos cuantos latigazos de la libertad. En el calabozo de aquella ciudad impía, amaratado, con varias costillas rotas y sin poder ponerse en pie, creyó estar a las puertas de la muerte. La intervención de Samuel Rogers en el último momento fue su salvación.

Sin embargo, el precio que pagó el capitán por su libertad fue altísimo: él recibió los latigazos que estaban destinados a surcar su espalda, a colmarla de feas cicatrices que ahora portaba Samuel. De ese modo, Mik adquirió un compromiso eterno, una deuda que su amigo, mejor dicho su hermano, jamás le permitió saldar del todo. El vínculo que los unía, afirmaba, estaba por encima de eso.

Así, el pirata le salvó la vida por enésima vez. Por fortuna para su torturada conciencia, Mik había podido devolverle el favor en unas cuantas ocasiones, aunque siempre guardaría lealtad hacia él. Jamás olvidaba de dónde venía y hasta dónde había podido llegar gracias a su mentor, a su maestro. Lo admiraba por su valentía, por su inteligencia y tenacidad. Aspiraba a ser como él.

Cada vez que se acostaba, cada paso que daba, cada segundo de vida que le restaba, tenía al capitán Rogers presente.

— Me has... ultrajado, ¿no es cierto?

La pregunta le sacó al instante de sus cavilaciones. Abrió los ojos con sorpresa y la encontró llorando de nuevo. Mik se preguntó si su cabello seguiría oliendo a lavanda como cuando la apresó entre sus brazos para llevársela con él.

Se levantó con lentitud para acercarse a Elvira. Trató de mirarla a los ojos, sin embargo ella no estaba en absoluto por la labor.

— Yo jamás haría tal cosa.

Elvira respondió de un modo que no era en absoluto propio de una dama: bufó. Estaba cansada, dolorida, angustiada, desorientada y molesta. No le creyó. ¿Cómo iba a hacerlo? ¿A santo de qué iba a encontrarse desnuda bajo unas mugrientas sábanas?

Solo de pensarlo, le entraron ganas de regurgitar nuevamente.

— Mi marido es uno de los hombres más poderosos de Nueva Trada — insistió, en cambio —. Demande lo que deseé. Si me libera, él se lo concederá al instante. ¿Qué se le antoja? ¿Oro? ¿Joyas? ¡Hable!

A Mik se le estaba agotando la paciencia. Ya iba siendo hora de arrancarle la venda de esos bonitos ojos y desenmascarar a Leopoldo de Diego. Iba a contarle la verdad a Elvira, una píldora amarga que tendría que tragar, y que probablemente le caería peor en el estómago que cualquier comida en mal estado que hubiese podido ingerir.

— Señora, precisamente fue su marido quien me ordenó acabar con su vida — sentenció, repitiendo de nuevo esta información.

Elvira sintió más lágrimas brotando de sus ojos. Caían apresuradas, calientes, por sus mejillas frías. No se atrevía a mirar a ese bandido la cara. Arrebujó las sábanas en torno a su pecho con tanta rabia que los pies, al otro extremo, quedaron al descubierto y ella ni siquiera se percató.

— Pero, ¿¡qué sandeces estás diciendo?! Leopoldo me ama con locura. Sin mi, estaría perdido, al igual que si yo sin él. Seguro que me estará buscando por todas partes. Habrá alertado a toda la Guardia del Rey — al percibir que sus palabras no infundían miedo alguno en Mik, suavizó el tono, cambiando radicalmente de estrategia —. Por favor, devuélveme sana y salva con mi marido. Si me libera ahora, estoy dispuesta a... olvidar todo esto.

Mik siguió recortando las distancias sin prisa pero sin pausa. El discurso de Elvira no lo había alterado lo más mínimo y la rabia invadió a la dama haciendo que su tez adquiriera una leve coloración bermeja que no pasó desapercibida para el antiguo pirata.

— Don Leopoldo aseguró que precisaba deshacerse de usted porque eran desdichados como matrimonio — sin concederle a Elvira la oportunidad de replicarle, se apresuró a añadir —. Desde hace unos días, usted oficialmente falleció en un... trágico accidente. Y él, se desposó con otra mujer.

Elvira estuvo a punto de dejar caer las sábanas, apretujadas contra su cuerpo, de la impresión que se llevó. El corazón se desbocó en su pecho, cabalgando con sus latidos a galope para desgracia de su dueña, que se llevó la mano a la zona dolorida.

De todas las tretas que ese rufián pudiese haber inventado, aquella era la más rastrera. Todo un golpe bajo muy propio de un malhechor como el que tenía delante de sus ojos.

— ¡Miserable! — murmuró con un odio iracundo —. ¿Acaso crees que voy a creer una sola palabra que sale por tu boca? ¡Haré que te ahorquen, así sea lo último que haga!

Mik sonrió sin ganas. Sus emociones estaban bajo control, mientras que su interlocutora de ninguna manera podía afirmar lo mismo.

Apartó la vista, muy a su pesar.

— No haga que me arrepienta — le advirtió Mik con seriedad —. Le repito que le he salvado la vida. No olvide que está en deuda conmigo.

Elvira quiso reír, si le hubiese hallado la gracia a semejante situación. Pero no la tenía. En absoluto. Boqueó, aunque ninguna frase medianamente inteligente o locuaz abandonó sus labios.

— ¿Quiere pruebas? Yo se las daré. Así me creerá.

Se dirigió hacia un rincón de la habitación. Elvira lo observó con una mezcla de repugnancia y curiosidad, la misma que le reportaría la contemplación de un insecto. Mik trajo consigo unas hojas arrugadas. Pertenecían a un folletín de Nueva Trada, una publicación de tantas que informaba de los acontecimientos más importantes que se producían en la ciudad.

— Lea.

Elvira obedeció. Tomó con una mano temblorosa las páginas que aquel hombre le tendía y, para su espanto, en primera plana y grandes titulares se hallaba la buena nueva: Don Leopoldo de Diego, viudo y en segundas nupcias, contraía matrimonio con Doña Irene Sánchez Duque, quince años menor e hija de un comerciante de Nueva Trada venido a menos.

Hizo memoria, pero no relacionó el nombre de esa mujer con ningún rostro conocido. Probablemente se habría cruzado con ella en algún evento social acontecido en los pasados meses. Quizá, incluso, intercambiaran palabras vacías en una insustancial conversación. La

situación era, cuanto menos, surrealista. ¿Qué pensaría su prima Angustias de todo aquello? ¿Cómo podía estar sucediendo?

Con espanto, fue tomando conciencia de que las palabras del proscrito eran ciertas.

Otra señora de Diego ocupaba su lugar. Leopoldo había sustituido a Elvira sin ningún tipo de escrúpulo o contemplación. Trató de asimilar que su vida se había terminado para siempre, mas fue incapaz. Inspiró mientras temblaba, mientras su garganta se cerraba hasta imposibilitarle la mecánica tarea de respirar.

Sus ojos regresaron al folletín. En la siguiente página, en una esquina, aparecía la crónica de su muerte. Aprehendida por una banda de forajidos mientras regresaba de la ciudad, su final era trágico y horripilante. Negro sobre blanco, según el artículo había sido asesinada brutalmente tras ser robada. Los malhechores aún no habían sido apresados y los avances en la investigación eran lentos y escasos. ¡No podía ser de otro modo! Aquel suceso era una farsa, una pantomima.

Su vida, tal y como la conocía, había dejado de existir. Elvira de Diego era historia.

No podía creerlo.

— Tiene que ser un error — dijo en voz alta.

— No lo es — dijo esa voz, ese acento que ahora se hallaba insoportablemente cerca.

Elvira se enjuagó las lágrimas. Ya no tenía sentido ocultarlas ahora que la esperanza la había abandonado, así que dejó que fluyeran.

— ¿Es que ni siquiera... ni siquiera Leopoldo va a respetar el luto de rigor por su esposa? ¡Qué prisas! ¡Qué acelerado todo, por Dios!

Mik carraspeó, mas no dijo nada. Perspicazmente, Elvira terminó por sumar dos y dos.

— Esa mujer... Irene... era su amante, ¿no es cierto? — susurró, señalando el folletín y temblando de rabia.

Mik se encogió de hombros:

— Un canalla siempre es un canalla, aunque ande disfrazado de caballero —. Replicó sin inmutarse.

— Necesito salir de aquí — prorrumpió ella con la voz temblorosa —. ¡Necesito verlo con mis propios ojos! ¡Esto no puede quedar así!

Mik chasqueó la lengua y negó con la cabeza.

— No lo haré — le contestó con demasiada dureza —. Si se deja ver y alguien la

reconoce, moriremos los dos.

No fue tarea fácil encontrar el cadáver de una mujer cuyo aspecto y constitución se asemejaran a los de Elvira. El proceso fue tedioso y no estuvo exento de peligros. A Mik no le quedó más remedio que sustraer de su tumba el cuerpo de una jovencita que había fallecido repentinamente tras ser arrollada por un coche de caballos. El antiguo pirata interrumpió el descanso eterno de la joven para pegarle un tiro en la cabeza y, de esa guisa, llevarla ante don Leopoldo haciéndola pasar por su esposa.

El caballero se quedó tranquilo, conforme con el trabajo de Mik. Mordió el anzuelo creyendo estar ante el cuerpo de su difunta esposa, Elvira. Se llevó una profunda impresión y palideció, comprendiendo que sus oscuros deseos se habían hecho realidad, mas eso fue todo. Ni una lágrima, ni un tibio “adiós”. Dio media vuelta y se marchó por donde había venido murmurando tal vez una plegaria.

Mientras Leopoldo se alejaba de su antigua vida, Mik cerró los ojos para no contemplar por más tiempo el cadáver de aquella muchacha. Para sus adentros, no cesaba de pedirle perdón a la finada por sus repulsivas acciones. La bajeza de sus métodos parecía no tener límites.

Ya ni siquiera era capaz de respetar a los muertos.

Lo único que lo consolaba era que hizo aquello en aras de salvar a Elvira: el destino de la muchacha arrollada ya estaba zanjado. El de Elvira, no. Y, si algo tenía claro era que haría todo lo posible por protegerla, por librarla del desamparo en el que se encontraba y del cual se sentía plenamente responsable. La había salvado de una muerte segura para condenarla a una existencia incierta, proscrita, en las sombras.

Por eso, entre otras muchas razones, su conciencia seguía intranquila.

Elvira miró en derredor y descubrió que ya había amanecido. La luz de la mañana se filtraba por las contraventanas afectadas por la carcoma. Las velas hacía tiempo que se habían consumido y ella, en algún momento de la madrugada, había terminado sucumbiendo al sueño hecha una mar de lágrimas.

Por fortuna, aquel espantoso hombre no estaba allí con ella. Agradeció esa tregua, ese intervalo de soledad. Procuró no pensar en el dolor que arrastraba a cuestas, ni en ese presente colmado de incertidumbre que tanto pavor le daba.

Prefirió invertir sus esfuerzos en algo más productivo. Por eso, se centró en el que ahora sería su futuro: tan precario como la naturaleza en equilibrio; tan espeluznante como la noche que ya había dejado atrás.

A los pies de su camastro halló un vestido sencillo de color gris. La tela era vasta, las costuras no presentaban el remate de un pespunte diestro. Era, sin duda, una prenda horrenda, para nada propia de su estilo, clase o posición. Sin embargo, esas cuestiones ya no debían importarle a la nueva Elvira, esa que lo había perdido todo.

Se incorporó, abandonando la cama con celeridad. Se visitó de inmediato, dándose una prisa extrema para evitar que aquel desconocido pudiera sorprenderla en plena faena. Por fin pudo respirar de nuevo con cierta tranquilidad en cuanto su piel quedó cubierta y su aspecto, pese a que fuera lamentable, pasara por decente.

Por fortuna, no disponía de un espejo, porque sin duda habría contemplado con horror el reflejo de una simple criada. Sonrió con sarcasmo pensando en que jamás creyó posible hallarse en una situación semejante. Su estómago gruñó, evitando que sus pensamientos siguieran apelotonándose unos encima de otros. Tenía un hambre voraz, atroz.

Dio un par de pasos hacia la puerta y asió el picaporte. No albergaba ningún deseo de hacerlo, pero debía conseguir algo de comer. Escabullirse hasta la cocina, robar un mendrugo de pan y regresar. Ese plan le sedujo, puesto que no tendría que intercambiar palabras adicionales con aquel extranjero.

No le gustaba en absoluto estar a su lado. Su mera presencia le intimidaba. No había conocido a un tipo como aquel a lo largo de toda su existencia. Hablaba con demasiada corrección y estaba demasiado seguro de sí como para haber sido un criado anteriormente. O un esclavo de las plantaciones, tanto daba.

Bajó las escaleras procurando no hacer ruido. Estaba descalza y el suelo de madera se sentía cálido bajo sus pies. Los peldaños crujieron mientras descendía, delatando su posición en movimiento. Una sombra se movió en el piso de abajo y, para su sorpresa, ahí se encontraba ese hombre. Otra vez.

— Buenos días, Elvira. ¿Ha dormido bien?

Terminó con las escaleras. El vestido que llevaba le hizo sentir insignificante, peor que una sirvienta. Se sintió insegura, incómoda en su piel. Aquello no le gustó. Pasó por su lado con la intención de ignorarlo, pero él la detuvo rodeándole el brazo con los dedos.

— ¡Suéltame! — le exigió Elvira.

Su mirada quedó fija en el notorio contraste que ejercía la tela clara de sus ropajes con la tonalidad profunda de esos dedos largos, finos y varoniles, surcados de pequeñas cicatrices. Sintió el contacto hormigueando su piel y, pese a que le resultaba agradable, se zafó de él, apartándose.

Buscó la cocina con la cabeza bien alta y el orgullo prácticamente intacto. Cuando por fin la halló, para su desgracia estaba tan vacía y mugrienta como la habitación donde había pasado la noche.

— ¿Tiene hambre?

Mik había empleado un tono burlón para formular la pregunta. Elvira se apresuró a censurarlo para sus adentros. Dio media vuelta y lo cazó apoyado en el quicio de la puerta, de brazos cruzados.

— Sí — admitió, pesarosa —. Y si tu intención no es matarme de hambre, te pido que le pongas remedio a ello de inmediato.

Él rio, como si hubiese dicho algo tremendamente elocuente.

— Curiosa manera de pedir el desayuno. Acompañeme.

Elvira fue tras él. Arribaron a lo que parecía ser un comedor bastante amplio. Una enorme mesa de madera presidía la estancia. A pesar de estar rota y haber sufrido estragos, parecía una pieza bien acabada y de un gusto exquisito. Encima, había una bandeja de lo que parecía ser

plata albergando una montaña de fruta fresca.

— Sírvase — le pidió Mik —, esto es todo lo que he podido conseguir. Confío en que será suficiente para combatir el hambre que le atenaza.

Elvira ni siquiera dio las gracias. Tomó unas cuantas uvas, una silla algo desvencijada y se sentó a engullirlas en soledad. Mik se quedó absorto observando a Elvira. Comía con la espalda recta y procurando utilizar solo la punta de los dedos para llevarse la comida a la boca. La educación prevalecía por encima del instinto, pese a que era evidente lo que le costaba no engullirlo todo de una sola vez.

El dulce jugo de las uvas le fue empapando la barbilla, y Mik tuvo que frenar el impulso de acercarse a limpiárselo con la mano, o con su misma lengua. Encerró los dedos en sendos puños y decidió hablar para distraer la mente y cambiar así de tercio.

— Me alegra comprobar que el vestido le está bien — comentó.

Elvira lo miró y arqueó una ceja. No dijo nada. Se limitó a seguir comiendo.

— Es de Gabriela, la criada de los vecinos — le explicó, para llenar el silencio tan solo interrumpido por los comedidos mordiscos de Elvira — me dijo que si hacía falta, podía sacar las costuras...

— Así está bien — murmuró ella, mirando la fruta restante, decidiendo qué se llevaría a la boca a continuación.

Se levantó, agarró otro racimo y fue despojándolo de sus uvas una a una. El antiguo pirata observó con mordacidad que Elvira sentía una clara preferencia por las blancas. Las uvas oscuras, seguían intactas.

— ¿Qué hará ahora? — preguntó Mik.

Elvira tragó y, de pronto, dejó de sentir hambre. A falta de servilletas o cualquier otro utensilio de tela destinado a aquel fin, se limpió las manos en el vestido de la criada. Se levantó de la silla con una clase que fascinó a Mik y lo contempló muy seria:

— Ni lo sé ni creo que te importe.

De pronto, sintió un enorme deseo de zarandear a ese extranjero que le había despojado de todo, menos de la vida. ¿Para qué quería una ahora? Su destino era peor que la muerte. No le quedaba nada, ni nadie.

— ¡Me concierne y mucho! Es usted libre, Elvira. Puede ir a donde quiera, obviamente lejos de esta ciudad — le informó —. Con gusto le acompañaré para asegurarme de que llega a

salvo. Solo indíqueme el destino y partiremos en cuanto la noche caiga.

No deseaba separarse de ella; todavía no. Sin embargo, era lo más adecuado. Sus destinos jamás debieron cruzarse. Ella era una dama espléndida, dueña de una belleza europea clásica y modales exquisitos.

Él, en cambio, no era nadie, no era nada.

Elvira estuvo a punto de echarse a reír, pero lo penoso y patético de su situación se lo impidió.

— ¡Oh, qué amable! — exclamó, acercándose a él con hastío —. Primero me perdonas la vida y ahora, te ofreces a escoltarme lejos de aquí. Dime, ¿adónde? ¡Adónde! — alzó la voz, increpándole, situándose tan cerca de él que pudo percibir su calor corporal.

Mik le miró a los ojos durante un buen rato. Elvira era hermosa, incluso recién levantada, con unas violáceas ojeras bajo sus ojos y unos labios pálidos. Por su cabeza debieron pasar muchas cuestiones, solo que Elvira no podía descifrarlas. Después, su expresión mutó por una más neutra.

— Me siento de algún modo responsable por lo sucedido, a pesar de que nunca quise involucrarme en el asunto que me encomendó su esposo — le explicó Mik, sin apartarse, subiendo el mentón al tiempo que mantenía los ojos fijos en los de Elvira —. Por eso, le brindo mi ayuda. No es seguro que una dama viaje sola. Tendrá usted parientes, así sean lejanos...

— ¡No tengo a nadie! — le gritó, desesperada —. Lo único que tenía era mi marido, y él...

No pudo acabar la frase porque un sollozo interrumpió sus palabras. Para su prima Angustias probablemente la muerte de Elvira habría supuesto un desafortunado contrat tiempo. No se alegraría, pero tampoco se apenaría por su ausencia. La imaginó en su falso sepelio rodeada por su prole, enmascarada bajo un velo negro que estaría deseando arrancarse, harta de fingir, de interpretar aquel compungido papel que la estaría alejando de alguna fiesta.

Se llevó la mano a la boca y salió del comedor perseguida por la traición, ese puñal invisible que le atestó Leopoldo por la espalda. Atravesó varias habitaciones, el pasillo y subió a la que había sido su habitación desde que llegó allí. Se tumbó en el camastro en posición fetal y, de nuevo, dio rienda suelta al llanto.

*

Cuando se hubo calmado, regresó al comedor. A pesar de que una parte de ella quería

abandonarse y lamentar su suerte por los siglos de los siglos, no se lo permitió. Sacó pecho, todo ese orgullo que rezumaba dentro de ella, y se dirigió de nuevo al piso de abajo.

No encontró a Mik. De hecho, no volvió a verlo hasta bien entrada la noche. En las horas que estuvo sola, Elvira mató el tiempo deambulando por la casa, investigando cada objeto que encontraba y elucubrando sobre la identidad de ese desconocido con extraño acento, piel oscura y voz profunda.

Tuvo que reconocerlo: la curiosidad estaba ganándole la partida al rencor. No era como otros negros que había visto antes. Este hablaba con una corrección más propia de un caballero que de un antiguo criado. Se negaba a pensar que era un cimarrón. Quizá su antiguo amo era un erudito, pero eso no explicaba por qué sus destinos se cruzaron, ni por qué ahora él pretendía ayudarla, ni mucho menos esclarecía los motivos por los que se encontraban en aquel caserón abandonado.

Los escasos libros que resistían el paso del tiempo acumulaban polvo en las estanterías del salón. Los muebles se pudrían paulatinamente, siendo pasto de las termitas. El papel pintado se desconchaba, huyendo del contacto con su perenne compañera, la pared. Varias tablas de madera se combaban en el suelo y algunas de ellas se habían quebrado.

Una pena ser testigo de la decadencia que se cernía en aquel lugar. Era una casa hermosa, pese a su estado. No cabía duda de que en el pasado perteneció a un ilustre caballero que probablemente contase con una gran descendencia, a juzgar por el número de dormitorios que presentaba la vivienda.

Elvira suspiró. Deseó volver atrás en el tiempo y contemplar aquellas estancias en todo su esplendor, adornadas con muebles importados y costosos abalorios. Deseó ser ella la señora de la casa. Imaginó que se encargaba de escoger la decoración y que un caballero le tendía el brazo para acceder juntos al gran comedor. Su vestido sería muy distinto al que ahora llevaba: elegante y de un acabado exquisito. Las mujeres la envidiarían, los hombres la admirarían con furor. Su esposo le sonreiría mirándole a los ojos mientras abrían el baile. Todos aplaudirían al final y sus hijos, una extensa prole, aspirarían a ser como sus padres.

La puerta principal se abrió. El estruendo bastó para cortar la respiración a Elvira y, de paso, borrar de un plumazo sus fantasías. Regresó a la cruda realidad, es decir, a una casa vacía y lúgubre en la que escaseaban incluso las velas.

Una silueta se recortaba contra la penumbra. Las botas de aquel hombre pisaban con firmeza el suelo de madera. Cerró la puerta de un puntapié sin ningún tipo de delicadeza. Se despojó del sombrero y, con un lastimero suspiro, se acercó a ella dando eses.

El hedor que despedía se le antojó en demasía familiar: ron. Mik había estado bebiendo. La escena parecía sacada de un mal sueño. Confundido entre las sombras, el extranjero se mecía de igual modo que Leopoldo cuando volvía a casa tras una noche en el casino, perjudicado por el consumo de alcohol. A pesar de que el desgraciado de su marido era mucho más corto de estatura y más enclenque, era como si hubiese vuelto a casa.

De no ser porque aquel no era su hogar. Ni aquel hombre era su marido. Jamás podría regresar a lo que una vez tuvo.

— Elvira...

Mik interrumpió sus cavilaciones. Había pronunciado su nombre con un tono de voz demasiado anhelante. Demasiado intenso. Como si la hubiese echado de menos y se atreviese a expresarlo en voz alta, a hacérselo saber. Dio dos pasos en su dirección y, aunque quiso, no se apartó. Estaba paralizada. El ron del aliento de Mik impactó contra sus labios, así de cerca se encontraban.

— Estás atravesando un infierno, pero no temas — le dijo, infringiendo por primera vez la distancia social que debía imponerse entre ellos y que hasta ahora Mik había respetado dirigiéndose a ella de usted —. Yo cuidaré de ti.

Elvira bajó la mirada y apretó los dientes.

— Si eres tú quien ha de protegerme, que Dios se apiade de mí — sentenció mientras un escalofrío recorría su espalda.

— Soy muy capaz de proporcionarte lo que precisas — dijo Mik, bajando la voz —. Cualquier cuestión que requieras. Solo has de pedírmelo.

Elvira comenzó a respirar por la boca, tragándose con ello un poco del ron que el aliento de Mik despedía. No era un olor desagradable, pese a que el de Leopoldo sí lo era. ¿Cómo era posible?

— No necesito nada. Nada en absoluto — replicó ella —. ¡Debiste haberme clavado esa daga y acabar conmigo! ¡Me has condenado a una existencia vacía!

Mik le mandó callar poniendo el dedo índice sobre sus labios. Elvira, sorprendida hasta límites inenarrables, estuvo a punto de revolverse y exigirle el respeto que una dama como ella merecía.

Sin embargo, en seguida recordó su situación y determinó que no era lo más sensato acabar con la paciencia de ese hombre en cuyas manos, muy a su pesar, estaba su presente y también su

futuro. La idea le espantó, trayendo consigo las ganas de sucumbir al llanto. No obstante, se recompuso interiormente.

— Nunca fue mi intención causarte mal, pese a que las circunstancias que nos unieron no fueron las más halagüeñas. Sin embargo, ahora tienes la oportunidad de ser quien desees, Elvira — susurró Mik, postergando el momento de retirar el dedo de los apetecibles labios de esa dama de lengua afilada —. Podrás cambiar tu nombre, inventar un pasado que te beneficie. Encontrar un marido, quizá. El que tenías no te merecía, ni te apreciaba, mucho menos te amaba. Y tú... tú estás hecha para ser amada, Elvira.

Las últimas tres frases apenas fueron un murmullo audible. Ni siquiera estuvo segura de haber entendido bien todas y cada una de sus palabras. Ese acento se engrosaba a causa del alcohol. La lengua de Mik se volvía torpe en el interior de esa boca pastosa de dientes perfectos. Se apartó de ella lo suficiente como para que pudiera dirigirse a la ventana y mirar a través del sucio cristal. Elvira suspiró, aliviada.

— No sé cómo lograría abrirme paso en otra ciudad — dijo ella al final de un largo silencio —. He sido la señora de Diego durante más de una década. Sin mi marido al lado, no hay nada que pueda hacer. Que sepa hacer.

Mik sonrió en el acto. Giró la cabeza en dirección a Elvira. Todo su cuerpo. Se aproximó a ella hasta arrinconarla en una pared muy lentamente. Bajó la cabeza, rozó su rostro y le dijo al oído:

— Para ciertos menesteres no se requiere ningún tipo de talento.

Elvira ahogó un gemido y, sin meditar en las consecuencias de sus actos, le pegó una bofetada. El impacto se interpuso entre ellos, funcionando como la más efectiva de las barreras. Mik se llevó la palma de la mano a la zona dolorida y Elvira huyó en dirección a las escaleras, rumbo a su habitación.

— Eres un ser despreciable. Un salvaje. ¡Ojalá te pudras en el infierno! — gritó.

*

Al día siguiente, Mik llamó a la puerta de la habitación de Elvira, esa que siempre estaba cerrada. Ella frunció los labios, sorprendida, y le concedió permiso para acceder tras hacerse de rogar durante unos instantes.

Lo vio apurado, con la cabeza gacha y la mirada esquiva. Parecía no atreverse a entrar. Se quitó el sombrero y espetó con solemnidad:

— Buenos días, Elvira. Espero que haya descansado bien.

Ella no contestó, estaba demasiado ocupada sorprendiéndose por los exquisitos modales de los que hacía gala ese extranjero. Si cerraba los ojos, perfectamente podría pasar por un caballero. Sin embargo, no lo era. No lo era en absoluto. La voz ronca de ese truhán le trajo recuerdos de la noche anterior. Y estos, no tan amargos como hubiese deseado recordar. Elvira le dio la espalda y fingió quedarse absorta contemplando las vistas que ofrecía la ventana, esa cuyos cristales estaban sucios y rotos.

Se cruzó de brazos y esperó a que Mik comenzara a hablar.

— Si me lo permite, pretendo disculparme con usted por el mezquino comportamiento que exhibí anoche. Lo que le dije fue... del todo inexcusable. Yo jamás le sugeriría que hiciese algo de esa índole. Y tampoco me atrevería a hacerle ningún tipo de proposición... indecente. Tengo siempre presente que usted es una dama, a pesar de todo y por encima de todo.

Elvira, impresionada, se giró y encontró a Mik en mitad de la habitación, mirándola fijamente. Tragó saliva y asintió, dando a entender que la ofensa quedaba excusada.

*

Los siguientes días transcurrieron sin incidentes. Elvira apenas intercambiaba palabra con Mik. Aburrida hasta el hastío, se dedicó, a falta de otra ocupación, a estudiar la rutina del extranjero. Concluyó que sus horarios eran del todo demenciales.

Solía trabajar en el piso inferior o en el despacho del señor de la casa por las mañanas. Sin previo aviso, se ausentaba a media tarde para regresar a altas horas de la madrugada. A veces, borracho. Otras, sobrio, pero de un humor de perros que rumiaba a solas.

Dormía poco y se alimentaba escasamente. Eso sí, siempre se cercioraba de que Elvira contase con algo de alimento que llevarse a la boca. A falta de dulces y pasteles, su figura se estilizó y ese vestido horrendo se ajustaba mucho mejor a su figura.

A pesar de que tuvo en ocasiones intención de preguntar a Mik por sus correrías nocturnas, el orgullo siempre se acababa imponiendo. Cuanto menos se percibiera su interés por la vida de aquel proscrito, mejor.

Sin embargo, su soledad y la inmensa cantidad de tiempo libre que se traía entre manos quisieron hacerle cambiar de opinión. En una ocasión, se dirigió al despacho y pretendió hurgar entre los papeles del secreter, pero este permanecía bajo llave. Elvira solo halló cuartillas emborronadas de tinta fresca encima del escritorio. Para su sorpresa, dedujo que aquel canalla sabía escribir y también leer.

Firmaba con las iniciales MR. ¿Cuál sería su nombre? Jugó consigo misma a averiguarlo, pero pronto se aburrió. Entonces, se percató de que él sabía el suyo. Era del todo injusto que ella no conociera el del hombre que le había despojado de su identidad, de su posición.

No obstante, la animadversión quedó sepultada por el profundo impacto que causaron en ella sus averiguaciones. Jamás había conocido a un negro instruido en el arte de las letras. ¿Dónde lo habría aprendido? ¿Quién habría tenido la osadía de enseñarle? ¡Aquello estaba penado por ley!

Definitivamente, Elvira se convenció de que se encontraba ante un tipo fuera de lo común. Uno entre un millón. Por eso, la enésima noche en la que el insomnio le impedía conciliar el sueño y le traía recuerdos agrídulces de su vida anterior, Elvira se levantó del camastro al sentirlo llegar a la casa.

Bajó los peldaños sosteniendo con fuerza un grueso candil prendido en su mano. Llevaba el pelo recogido en una trenza que descendía por su pecho y un camisón que había pertenecido a Gabriela, como el resto de sus ropajes.

De esa guisa se la encontró Mik. Elvira no se había percatado de que la prenda se transparentaba al haber sido lavada en múltiples ocasiones a lo largo del tiempo. Las formas de su cuerpo se revelaban de manera sutil y sugerente. No llegaba a ser algo indecente pero sí indecoroso, en cualquier caso lo suficientemente escandaloso como para perturbar a ese hombre que la miraba como si fuese la primera vez que la veía. Ella lo achacó a que hacía días que no permanecían juntos en una habitación. No dejaban de ser dos extraños unidos por unas circunstancias odiosas.

— ¿Por qué no quisiste matarme? — preguntó ella, todavía con un pie sobre el último de los peldaños.

Mik carraspeó y derivó su mirada a otra zona del recibidor menos problemática.

— Porque no asesino a mujeres, ni a niños.

Elvira supo al instante que no estaba borracho. Se alegró por ello. Pretendía mantener una conversación coherente e incluso bajar la guardia, a pesar de que el diálogo transcurría por unos derroteros un tanto lúgubres.

— Mi esposo te encargó sesgar más vidas, ¿o solo te pidió que acabaras con la mía?

Mik se acercó a ella y la miró con intensidad a los ojos. La luz de la vela se reflejaba en sus pupilas oscuras, mientras que sus escleróticas lucían apagadas, casi amarillentas.

— Con todo respeto, Elvira, soy mucho más que eso. Soy...

— ¡Limítate a contestar mis preguntas! — le interrumpió ella, a la defensiva.

Movió la vela con tanto ímpetu que estuvo a punto de apagarse. Él suspiró, dándose por vencido antes de empezar a guerrear.

— ¿Ha pensado ya en algún sitio al que desee dirigirse?

Ella negó con la cabeza, altiva.

— Debe hacerlo — le aconsejó Mik —. Debe trazar un plan. Lo último que deseo es presionarla, pero no puede quedarse aquí para siempre. Cuanto más tiempo pase encerrada entre estas cuatro paredes, conviviendo con un indeseable como yo, menos opciones tendrá.

Y, dicho esto, comenzó a subir las escaleras. Elvira no se apartó, por lo que él no tuvo más remedio que rozar con sus dedos la cadera de Elvira a su paso. Fue algo inocente, sin alevosía. Mik siguió ascendiendo y ni siquiera miró atrás, pese a que una parte de él quisiera arrinconarla contra una pared y, tras besarla hasta la extenuación, pedirle que se quedara a su lado.

— Buen día, señora.

Elvira arqueó una ceja y miró a aquella mujer con la altiveza propia de los de su clase. Pese a que vestían de manera similar, en su lenguaje corporal quedaba patente que les separaba un abismo de distancia social. La desconocida lucía un turbante blanco en la cabeza, prenda muy utilizada por el servicio doméstico. Además, sostenía una pila de ropas bien dobladas entre esas manos ásperas y acostumbradas a realizar todo tipo de faenas.

Su tono de piel era oscuro. No tanto como el del desconocido con el que Elvira llevaba conviviendo dos semanas, pero era obvio, de un solo vistazo, cuál era el origen y posición de la mujer que había tocado a la puerta.

— ¿Qué quieres? — preguntó Elvira con condescendencia.

— Yo... solo saber si se encuentra Mik en la casa, señora — le indicó, agachando la cabeza, sin atreverle a mirarla.

— No está.

— ¿Podría entregarle esto, señora? — le preguntó, bajando la voz hasta convertirla en un susurro.

Elvira frunció los labios.

— Entra y déjalo en la mesa del comedor.

Siguió a la mestiza en su recorrido hasta la habitación indicada y, cuando hubo colocado la colada limpia sobre la mesa, Elvira la acompañó de vuelta sin dirigirle la palabra. Se limitó a estudiarla con un desprecio que no era tan impostado como natural en una mujer que había sido educada justo para comportarse así.

Los pasos de la sirvienta apenas se escuchaban, opacados por los suyos propios. Además, resultaban llamativos, exageradamente desacompasados, como si acabara de aprender a caminar o le temblaran las rodillas.

Antes de cruzar el umbral de la puerta principal, dio media vuelta y se envalentonó al pronunciar una última frase:

— Por favor, dígale a Mik que Gabriela ha preguntado por él. ¿Lo hará?

Elvira asintió y se apresuró a cerrar de un portazo. Apoyó la espalda en la madera y suspiró para asimilar toda la información que había recibido de golpe. Su respiración se agitó. Solo escuchaba el aire que entraba y salía de su boca y el zumbido de un insecto furtivo que se había colado en la casa.

Por fin conocía el nombre del forajido que le había salvado la vida a cambio de hipotecar tanto su futuro y su libertad. Mik. ¿Qué clase de nombre era ese? Uno cristiano no, desde luego. Un escalofrío recorrió su espalda.

Acababa de quedar desvelada la identidad de la mujer cuyos vestidos se había visto en la obligación de portar encima, a falta de otras opciones más adecuadas. Elvira había elucubrado sobre sus orígenes humildes, puesto que estos quedaban patentes en la calidad y el acabado de las prendas, pero, ¿una criada mestiza? Aquello era caer muy bajo.

Su mirada descendió por su propio cuerpo y un escalofrío recorrió su piel al imaginar el rostro de su esposo al contemplar sus fachas. Sus padres, que Dios los tuviera en su gloria, también se escandalizarían. Angustias lucharía por contener la risa y se burlaría de su porvenir sin piedad.

Si estuviera delante de un espejo, probablemente se echaría a llorar al verse de aquella guisa.

¡Con lo que Elvira de Diego había sido! Estrenaba vestidos todos los meses, acudía a la modista cada dos semanas y encargaba personalmente las prendas más vanguardistas que se exhibían en los catálogos de temporada.

Vivir para ver...

Trató de serenarse y se dirigió a sus aposentos, si es que estos podían denominarse así. Se echó en el camastro con la intención de distraer la mente y esquivar la jaqueca. Cuando volvió a abrir los ojos, ya había anochecido. Se incorporó y comenzó a caminar por el pasillo. Unas voces en el piso inferior le alertaron de que ya no estaba sola en la casa.

Agudizó el oído. El hombre era indiscutiblemente él. Mik. Su acento extranjero y la cadencia con que arrastraba algunas letras eran inconfundibles. Sin embargo, la otra voz resultó ser una incógnita. Pertenecía sin duda a una mujer que reía y se expresaba con un tono meloso que le hizo arrugar la nariz a Elvira. No era un gesto en absoluto digno de una dama, pero cada

día se alejaba más de aquella definición, por lo que tanto daba.

Espoleada por la curiosidad, Elvira descendió poco a poco los peldaños. No deseaba ser descubierta, pero sí obtener la identidad de la mujer con la que Mik estaba hablando. Quizá fuese alguien que se hallaba allí retenida en contra de su voluntad, como le sucedía a ella. Podría estar a punto de conocer a otra desdichada señora en apuros. Apretó el paso, envalentonada por su fértil imaginación.

Sin embargo, a medida que se iban recortando las distancias, Elvira descartó esa posibilidad, a juzgar por el modo en que la desconocida expresaba su dicha sin pudor alguno, sin recato, riendo a carcajada limpia y siendo presa de un jolgorio que Elvira, durante un ínfimo instante, codició para sí.

Dobló una esquina caminando de puntillas y descubrió luz en una de las habitaciones al final del largo pasillo. Se acercó y posó la palma de la mano sobre la puerta. Empujó muy lentamente con el objetivo de echar un vistazo al interior. Cuando la apertura fue lo suficientemente amplia como para asomar la mirada, así lo hizo.

Lo que descubrió, dejó a Elvira boquiabierta.

Hombre y mujer se encontraban sentados en un raído sofá. Juntos, insoportablemente juntos. Por descontado, mucho más de lo que el decoro permitiría en cualquier circunstancia. Se regalaban confianzas al oído y reían compartiendo una intimidad que automáticamente hizo sentir a Elvira tan fuera de lugar como en realidad estaba.

Quiso marcharse, sin embargo, quedó paralizada en contra de su voluntad. Al menos, de parte de ella. Y es que sencillamente no podía dejar de contemplar la escena que se desarrollaba ante sus indiscretos ojos.

Mik se abalanzó sobre la mujer, que no era otra que Gabriela. Para sorpresa de Elvira, esa timidez de la que hacía gala escasas horas antes en su presencia se había ido al garete. Se trataba a todas luces de una mujer distinta, pese a que su rostro y sus ropajes eran los mismos. Relajada y sonriente, Gabriela disfrutaba de la compañía del extranjero... y de sus pecaminosos avances.

Él le susurró algo al oído y ella rio con voz ronca, confiada, sugestionada por el deseo. Mik comenzó a besar su cuello. Al principio, fue comedido, pero al cabo de un instante ya lo estaba agasajando con sus labios, con su boca, deleitándose en el proceso. Mientras, ella sonreía, victoriosa, y arqueaba la espalda en el sofá para facilitarle la exploración que, con las manos, el extranjero iba realizando por el torso femenino, recorriéndolo lentamente.

Elvira, atónita, determinó que, a juzgar por el rostro de la criada, tanto los labios como los

dedos de Mik sabían muy bien lo que hacían.

En seguida las risas y la plática fueron sustituidas por los susurros y los gemidos. Gabriela alzó esa mirada lánguida que se había instalado en sus ojos velados por la excitación y descubrió a Elvira espiando tras la puerta.

La dama ahogó un gemido. Se llevó las manos a la boca, sintió un nudo en el estómago y otro en la garganta. Se separó de la puerta, escandalizada, con el corazón tamborileando su pecho. Apurada, puso rumbo a su habitación sin poder dejar de visualizar esas tórridas imágenes que sus retinas acababan de registrar.

Le costó horrores conciliar el sueño. Cuando por fin lo hizo, el alba rompía. Se levantó tan solo unas horas después. Se aseó en una palangana con la que refrescó su sudorosa piel y bajó a desayunar. Como siempre, unas cuantas piezas de fruta fresca la estaban aguardando. Ingirió en silencio un mango muy maduro y jugoso que le supo a gloria. A falta de otros placeres y menesteres, Elvira se conformaba con poco.

A continuación hizo su particular ronda por la casa, quizá esperando secretamente toparse con Mik. Sin embargo, no lo halló. Elvira no supo si alegrarse o lamentarse por su ausencia. Registró varias habitaciones sin que ninguna novedad captase su atención.

Esto cambió en cuanto traspasó el umbral del despacho. Unos papeles que Mik no había guardado en el secreter estaban a su alcance. Deseosa de averiguar más información sobre el enigmático extranjero, Elvira se acercó hasta el escritorio con decisión y tomó las cuartillas entre sus manos.

Leyó varias veces para que las palabras se le fueran aposentando bien hondo en la memoria. Terminó maravillándose con aquella letra pulcra y estilizada. Admiró el buen uso que Mik otorgaba al lenguaje. Teniendo en cuenta que se trataba de un malnacido sin oficio ni beneficio, su retórica la impresionó hondamente.

Leopoldo no es que fuese un erudito y su padre... su padre tenía gusto por la lectura, aunque a su hija jamás se lo inculcó. Aquellas no eran cuestiones de mujeres.

Desechando estos pensamientos, Elvira volvió a leer:

Queridísimo Samuel:

Hermano, deseo que estés bien de salud y que seas tan feliz como la última vez que nos vimos las caras. He escrito esta misiva para seguidamente desecharla cientos de veces. Arrugo el papel entre mis dedos mientras trato de contener las lágrimas que deseo derramar al sentir que he traicionado los valores que con tanto ahínco me inculcaste.

He dejado de ser un hombre libre, Sam. He traicionado los valores por los que siempre nos regimos. Me he desviado de la senda de rectitud por la que me enseñaste a caminar y me he convertido en la sombra de mi mismo, en el hazmerreír de mi propio yo.

Me duele en el alma comunicarte que ya no soy capitán del Servus, pero lo que más lamento es ser un cobarde que teme darte estas noticias de viva voz.

Oculto la verdad ante tus ojos porque es grotesca, desagradable. Vería en tu rostro la decepción que te causaría conocer estas funestas noticias, por lo que prefiero ahorrarte el sufrimiento y, al mismo tiempo, ahorrármelo también a mí mismo.

El destino que corrió la tripulación es oscuro y siniestro. Muchas noches no puedo conciliar el sueño porque simplemente no soporto la responsabilidad de poseer las almas de mis hombres en mis temblorosas manos. Estoy tratando de solventar la precaria situación en la que se encuentran comprando paulatinamente las vidas de los que aún pueden salvarse, pero no es una empresa sencilla, ni rápida. Incluso me han amenazado con arrancarte del calor de tu hogar para llevarte ante la justicia por tus acciones como el capitán original de nuestro barco. Y eso es algo, hermano, que jamás permitiré.

Tú te reformaste, creaste una familia y eres un hombre de bien. Créeme, es la mejor que podrías haber tomado, dadas las circunstancias. Te admiro y te envidio, siempre lo he hecho, pero ahora más que nunca lo afirmo con una rotundidad que me pudre el alma.

Y mientras, me dejo la piel saldando la deuda que adquirí hace años para con esta ciudad y sus gobernantes. Espero poder afirmar algún día que los del Servus logramos vencer la adversidad y regresar a los mares. Entonces, no solo podré volver a ser digno de ti, sino que navegaré a bordo de nuestro querido barco sin pesar, ni temor.

Por todo ello, prefiero que pienses que no te escribo porque estoy muerto. En cierto modo, no te equivocarías. Es muy probable que esta carta tampoco llegue a tus manos, como la anterior que escribí y como la próxima que redacte.

Perdóname, hermano. Saluda a tu esposa de mi parte.

Hasta que nuestros caminos vuelvan a encontrarse, te extraña,

M.R.

A pesar de que le faltaban retazos de información para que la comprender el contexto de la misiva en su conjunto, Elvira se convenció de que Mik era un alma atormentada, un hombre que sufría en silencio. Una parte de ella quiso reconsiderar el juicio que lo había condenado a los infiernos. Y así, sintió compasión por el hombre que le había privado de cuanto tenía y conocía.

Al percatarse de que flaqueaba su voluntad, agitó la cabeza y se obligó a seguir repudiándolo. Luchó contra esos sentimientos contradictorios que borboteaban en su cabeza, pero no salió victoriosa.

Aquejada de una terrible jaqueca, decidió echarse de nuevo en su camastro.

Esa misma tarde, trató de hacer algo útil para evitar enloquecer por la falta de actividad. Pensó que, de ese modo, distraería todos esos pensamientos que siempre gravitaban en torno al extranjero, a la criada, a su esposo y a Doña Irene. Miles de preguntas sin respuesta que danzaban presurosas en su mente, aunque este pasatiempo era, por descontado, mucho menos pavoroso que tomar decisiones concernientes a su propio futuro.

Ordenó los libros que se amontonaban de cualquier manera en la estantería del salón principal. Trató de evitar la sala en la que había sorprendido intimando a los amantes. En la cocina, se propuso preparar un plato elaborado para cenar mezclando algunos ingredientes. No logró crear algo comestible, ella jamás había pisado una cocina salvo para poner orden y dictar tareas.

Sin embargo, por orgullo engulló aquello que había cocinado. Lo masticó con desgana y lo tragó con soberbia. Así era Elvira de Diego: nunca cometía errores, puesto que se las ingeniaba para convertir sus fracasos en éxitos, así fuera vanagloriándose sin fundamento.

Los días fueron pasando. Apenas coincidía con Mik, pero sí sentía su presencia algunas noches, acompañado por esa criada con la que retozaba sin pudor alguno en su alcoba, a unos metros de donde ella intentaba conciliar el sueño.

Elvira comenzó a experimentar una profunda antipatía por Gabriela. La detestaba con una inquina sin igual. Cuando trató de analizar sus turbios sentimientos, no pudo averiguar de dónde habían brotado, ni cómo lo habían hecho, aunque secretamente creyó conocer el por qué.

Cada vez que se topaba con ella le dedicaba una mirada de desprecio que cortaba cualquier tipo de acercamiento que la mestiza hubiese querido iniciar. Jamás serían comadres. No solo porque la diferencia de clase lo desaconsejaba tajantemente, sino porque Elvira prefería la soledad a su compañía sin ningún género de dudas. A pesar de que los días eran insoportablemente largos y sintiera que, poco a poco, iba perdiendo la razón, estaba ganando otro tipo de batallas que solo se producían en su cabeza.

Una noche, mientras deambulaba por la casa como un fantasma atormentado, Elvira regresó al despacho y allí, tras un examen más intenso que de costumbre, descubrió una botella de ron. Estaba tumbada en un cajón del escritorio del despacho. Sonrió con picardía y se le aceleró el corazón.

Descorchó el cristal con cierta solemnidad, tomó un vaso sin importarle quién lo hubiese utilizado anteriormente y vertió líquido en su interior. Poco a poco el nivel en la botella fue descendiendo. Elvira sintió sus sentidos anestesiados y, cuando fue capaz de reírse de su precaria situación, tocó fondo.

Todo alrededor daba vueltas. El estómago se le calentó de un modo reconfortante, casi como si encerrara una caricia. Se enjuagó el sudor de la frente y se sentó en la silla coja tras el despacho. Pudo así sentirse la dueña y señora de una casa tan en ruinas como lo estaba su vida entera. Brindó por ella misma. Una bobalicona sonrisa se instauró en sus labios. Una voccecita interior cada vez más insistente se atrevió a tacharla de cobarde, pero la silenció con más ron, hasta que la ahogó.

No era la primera vez que ingería alcohol, pero sí se estrenaba haciéndolo sola, sin medida y no por el simple placer de degustarlo, sino para olvidar. Su pasado, la acusada ausencia de futuro, la dolorosa traición, la falta de alternativas.

En algún momento tendría que tomar una decisión. No podía quedarse encerrada en aquella casa para siempre. Sin embargo, postergaría esa cita que tenía con el destino para otra ocasión. No deseaba enfrentarse a la realidad; todavía no.

Mik la encontró ebria. Tenía el cabello suelto y enredado en una maraña rubia que le tapaba la cara. Lo apartó con suavidad y se maravilló ante lo suave que era. Ya no olía a lavanda, pero sí a algo que lo sedujo todavía más: era el aroma que despedía la piel de Elvira, toda ella.

Descubrió unos ojos turbios, vidriosos, de un azul apagado. Permanecían posados en algún lugar inconcreto de la estancia. La vida que había en ellos estaba en suspenso.

Aquejado de un punzante sentimiento de culpa, Mik murmuró unas palabras que Elvira no comprendió. En realidad, se estaba disculpando por haberla dejado desatendida durante días enteros. Comprendió al cabo de unos instantes que ella no estaba en condiciones de responderle. Le quitó el cristal vacío de entre las manos. Elvira se revolvió.

— ¡Déjame!

— No, ya ha tenido suficiente.

Sintió el tacto de las yemas de los pulgares de Mik en sus mejillas húmedas. No le impidió tocar su piel, ni siquiera se escandalizó por tamaña osadía. Había arribado a un estado mental deplorable, en el que todo le importaba un bledo. Fue entonces consciente de que durante horas estuvo llorando.

Su frágil estado emocional le permitió bajar la guardia. Un hondo sollozo le cortó la

respiración e impactó contra su pecho. La implosión le obligó a doblarse en dos. Mik tuvo que sujetarla para impedirle caer al suelo. Estar en contacto tan estrecho con aquella mujer lo iba a dejar perjudicado durante horas. Mik lo sabía, su cuerpo estaba reaccionando en consonancia.

— No me dejes sola. Por favor.

Fue tan solo un murmullo, la grieta por la que su orgullo comenzaba a resquebrajarse. Mik tragó saliva y pensó en maneras de consolarla. Solo se le ocurrieron las más pecaminosas, sucias y placenteras. Quedaron todas descartadas, por supuesto. Le retiró de nuevo el pelo de la cara con una delicadeza extrema y la tomó por los hombros para impedir que perdiera el equilibrio.

— Aún debo ocuparme de algunos quehaceres.

— ¿Puedo... acompañarte?

Una parte de sí misma se odió por mostrarse débil, dependiente, dubitativa, ávida de compañía. Sin embargo, había alcanzado su límite y se rindió. El alcohol se encargó de difuminar las fronteras por las que trataba de contener su frustración, su ira y su dolor.

Y estas, camparon a sus anchas.

— Claro. Si me permite...

Mik le tomó del brazo y trató de que Elvira diera un par de pasos bajo su tutela. En su estado, toda precaución era poca. Sintió que el suelo cedía ante sus pies, y de pronto se encontró levitando. Sonrió al creerse inmune a la fuerza de la gravedad, aunque era Mik quien la cargaba entre sus brazos.

Ambos, en secreto, se permitieron disfrutar del roce de sus cuerpos. Elvira levantó la cabeza, pese al mareo, y acercó su rostro al pecho de su captor. Cerró los ojos creyendo que Mik no se percataba de lo que estaba haciendo. Olía bien. A hombre de verdad que no necesita utilizar colonias ni afeites. La experiencia era tan distinta a cuando tenía a Leopoldo cerca que, incluso intoxicada, Elvira pudo enumerar las diferencias.

Aquel no era su esposo y una parte de ella se sentía feliz con el cambio. Él ni siquiera hubiera tenido la fuerza requerida para cargar con el peso de su cuerpo. La antigua dama no se alteró al arribar a dicha conclusión, a pesar de que tendría que haberlo hecho. Estaba exhibiendo un comportamiento reprochable, del todo inapropiado. ¿Por qué no se rebelaba? ¿Por qué no exigía a ese monstruo que dejara de ponerle las manos encima?

Leopoldo volvió a acudir a su mente como un relámpago que atraviesa el mar, que lo parte en dos. Derramó unas pocas lágrimas más al recordar que ya no era querida por nadie, que

probablemente no la echarían de menos ni Angustias, ni sus amistades, ni mucho menos su esposo. Sin embargo, en seguida consiguió acallar su tristeza, manteniéndola a buen recado en lo más profundo de su corazón.

Enfilaron por el pasillo y descendieron las escaleras en completo silencio. Mik temía por el estado de Elvira. Por eso, la condujo hasta el salón principal y la dejó sentada sobre un sillón. Acudió presuroso a la cocina. Unos minutos después, regresó portando un vaso que contenía un extraño líquido verdoso.

— Escúcheme bien, Elvira — le pidió, agachándose frente a ella para poder contemplarla en detalle con esos ojos oscuros —. Esto presenta un sabor muy amargo, pero debe bebérselo todo, ¿lo ha comprendido?

Ella negó con la cabeza y su garganta emitió un sonido ronco. Mik insistió.

— Solo así podrá encontrarse bien. Si no, mañana será un infierno para usted, créame. Beba.

Elvira tomó el vaso y olisqueó su contenido con cierto disimulo. Puso una mueca de desagrado y lo alejó de su vista.

— ¿Por qué despide ese repulsivo hedor?

Mik sonrió. Tomó el vaso entre sus manos y lo dejó sobre la alfombra raída.

— Es una bebida hecha de hierbas machacadas en agua de rosas. Es el perfecto remedio contra el mal que le aqueja.

— ¡A mí no me ocurre nada!

— Entonces, ¿por qué no es capaz de mantener el equilibrio? ¿No siente náuseas y adormecimiento en sus extremidades?

Ella se cruzó de brazos y negó con la cabeza.

— No me... aqueja... ningún mal — a Elvira no le salían las palabras, su lengua no hacía más que tropezar consigo misma —. En seguida... estaré repuesta. Tan solo... necesito... un minuto...

Se mecía como una hoja de palmera al capricho del viento. Mik trató de contenerse, pero finalmente sucumbió a la risa. Ella lo fulminó con la mirada.

— ¿Cómo osas burlarte de mí?

— Eres obstinada y terca como una mula — murmuró, todavía sonriente —. Como

desees, mañana asumirás las consecuencias.

Elvira se fijó en que su sonrisa era preciosa. Definitivamente, nada que ver con la dentadura medio podrida de Leopoldo. Y además, Mik tenía mejor planta también. Sacudió la cabeza y lamentó que sus pensamientos fueran por libre, que no los pudiese atar en corto. Una dama, por más que hubiese perdido su posición, jamás debía sentirse atraída por un antiguo esclavo. A pesar de que ese que tenía delante fuese instruido y estuviera mostrando una caballerosidad a la que seguía sin acostumbrarse.

Mik dio dos pasos en dirección a la puerta. Una débil voz lo detuvo:

— Por favor, no te vayas.

El antiguo pirata resopló. Ni siquiera se molestó en dar media vuelta.

— Solo si se toma el remedio que le he preparado.

Ella dudó. Dudó por unos instantes que se terminaron alargando demasiado. Mik se dirigió de nuevo a ella, pero esa bonita sonrisa había desaparecido.

— Elvira, no trato de envenenarla, ni de engañarla para causarle mal alguno. ¿Por qué le resulta tan difícil de creer? ¡Confíe en mí!

Desafiantes, ambos fijaron la mirada en los ojos del otro. Elvira perdió el pulso y abandonó su despótica actitud. No deseaba seguir a expensas de sus mermadas facultades. Disfrazado como gesto de buena voluntad, se bebió de una sentada el contenido del vaso. Frunció el ceño y los labios al degustar el repulsivo sabor. Tragó y estiró la espalda, de pronto muy digna.

— Ya he cumplido. Ahora, quédate.

Mik asintió con solemnidad y tomó asiento a cierta distancia de ella.

— ¿Qué estás haciendo?

Mik perdió la concentración por completo. Se volvió para encontrar a Elvira a su espalda. Mantenía las manos juntas a la altura de su estómago en un gesto muy poco natural, probablemente enseñado y ensayado mil veces desde que era niña. Sin embargo, en sus ojos Mik vio refulgir un destello de curiosidad que ni siquiera años de sofisticada educación habían logrado domesticar.

— Un ungüento — contestó al cabo de un rato.

Se acercó y observó la pasta amarillenta que Mik batía en un mortero. Más tarde añadió unas semillas marrones a la mezcla y un poco de agua para que el resultado no quedara demasiado espeso.

— ¿Para qué sirve?

Elvira se adentró en una parte de la cocina a la que no se había asomado hasta entonces. Para su sorpresa, encontró decenas de líquidos encerrados en botellas sin etiquetar. El vidrio era turbio y su contenido, también. ¿Por qué no se había fijado antes en todo aquello? Quiso indagar más allá, pero no se atrevió a situarse tan cerca de él.

— Para... ¿de verdad quiere saberlo?

— Por supuesto.

Contra todo pronóstico, Elvira amaneció a la mañana siguiente de su tremenda cogorza sin ningún síntoma de resaca. El remedio que le preparó Mik funcionó a la perfección. Se encontraba de maravilla y con la cabeza más despejada que nunca. Se creyó incluso capaz de tomar una determinación en lo que a su futuro concernía. Sin embargo, lo que le faltó fue valor para llevar a cabo ese plan que, de cualquier modo, no terminaba de resultarle convincente.

Para acallar la voz que le instaba a abandonar aquella casa ruinoso, Elvira insistió.

— Dime, ¿qué propósito tiene? Es muy diferente a lo que me preparaste... anoche — observó.

Mik arqueó una ceja y la miró con una extraña sonrisa instalada en su rostro. Era pícara, pero también comedida. Sacó la punta de la lengua y la posó en su carnoso labio superior. Elvira se quedó prendada de ese gesto, muy a su pesar.

— Este ungüento se aplica en... cierta parte del cuerpo... de los hombres... que presentan complicaciones a la hora de... ya sabe... a la hora de yacer con una mujer y... esto lo... posibilita.

Elvira asintió, ruborizándose. El calor subió hasta sus mejillas y ahí se quedó, para teñirlas de rojo. Se preguntó si Mik necesitaría esa clase de potingues para poder intimar con el sexo opuesto. Quiso que alguien le aflojara los nudos de su vestido para poder respirar con normalidad al imaginárselo en uno de los sofás donde se besuqueaba con la criada.

Se separó para que no notase su intensa turbación. Para entonces, toda su cara, cuello y escote estaban contaminados por la rojez que provocaban sus pecaminosos pensamientos. Si aquel era el secreto que hacía gemir de placer a Gabriela casi todas las noches, Elvira comprendía por qué Mik estaba poniendo tanto afán en preparar dicho ungüento.

Una parte de ella quiso censurarle por tener la desfachatez de explicarle sin tapujos el fin de aquel remedio, pero se refrenó. Había sido ella quien insistió hasta que él no tuvo más alternativa que ofrecerle una explicación.

Optó por derivar la conversación hacia otros derroteros.

— ¿Dónde aprendiste?

El sonido que provocaba el roce del pistilo contra el mortero resultaba hipnótico. Toda la atención de Mik estaba puesta en la tarea que lo mantenía ocupado desde hacía horas. Elvira sonrió al percatarse de que debía ser más específica. Quiso entonces preguntarle dónde había aprendido a leer, a escribir, a hablar su idioma y, por último, a elaborar esos remedios. Por no hablar de todo lo que ya sabía referente a su pasado más conflictivo, ese que lo había convertido en un deudor. Pero no se atrevió a desvelarle que había leído esa carta tan íntima, tan reveladora.

— Hace años que siento interés por la alquimia — respondió Mik, de pronto modulando su voz hasta hacerla gruesa y grave —. Así es como he podido sustentarnos durante estos días.

— ¿Podrías... — Elvira se detuvo a mitad de la frase.

Se mordió la lengua entre los dientes y, cuando recordó que aquello no era propio de una dama, dejó de hacerlo. Unas cuantas semanas en compañía de ese proscrito la estaban convirtiendo en una criatura asilvestrada, sin modales, sin criterio.

— ¿Podría qué?

Mik dejó de moler la mezcla y comprobó que las semillas anteriormente añadidas habían provocado el esperado cambio de color en la pomada. Ya no lucía amarillo mostaza, sino marrón oscuro. Aquella era la señal que andaba aguardando; supo entonces que estaba lista y que surtiría efecto una vez el caballero se la aplicara.

Notó a Elvira moverse tras él. No se inmutó, aunque sus años en el mar, sus coqueteos con la muerte y su instinto depredador le hiciesen permanecer alerta. Ni siquiera se giró para ver cómo la antigua dama boqueaba con las mejillas todavía encendidas y los ojos brillantes, lo cual ella, en secreto, agradeció.

— Deseo que me instruyas en esto — susurró al final de un largo silencio.

Mik no contestó.

— Por favor — suplicó ella.

— No veo en qué manera puede resultarle útil la alquimia a una dama — espetó él, sin pizca de ironía en sus palabras teñidas de un extraño acento.

Elvira suspiró. Odiaba experimentar la sensación de rebajarse, pero si debía suplicar, lo haría. Algo le decía que aquello era importante y que era preciso convencerlo de algún modo.

— Ya no soy una dama — anunció —. Tú me arrebataste mi antigua vida, por lo que habrás de procurarme una nueva —. Hizo una teatral pausa, para añadir a continuación —: Estás en deuda conmigo. ¡Sáldala!

Mik dejó los utensilios sobre la mesa con cuidado. Se acercó a Elvira con una pose algo amenazante. Ella alzó el mentón y no se amilanó.

— Esto no es un juego, Elvira. Ni ha de ser un capricho. La alquimia no es sencilla de entender, mucho menos de orquestar, muy al contrario. Requiere años de instrucción y sacrificio. Un buen alquimista es aquel que aúna paciencia, sabiduría, pericia y talento para dedicarse a estos menesteres. Y usted...

— Yo, ¿qué?

A Elvira se le agitó la respiración. Mik acortó la distancia que los separaba y ella no tuvo más opción que sumergirse en el interior de esos profundos ojos negros.

— Desde que la conozco, usted no ha demostrado poseer ninguna de esas cualidades que acabo de mencionar. Ninguna en absoluto.

— ¡Cómo se atreve!

— ¡Atrévase usted a negarlo! — exclamó, harto de sus berrinches —. De momento, todo lo que me ha dejado ver de su persona no es en absoluto agradable.

Mik mentía. Por supuesto había muchos atributos en la señora de Diego que despertaban su interés. La mayoría relacionados con su apariencia física, pero también admiraba su tesón y su afilada lengua... pese a que esto último, en múltiples ocasiones, le acarrease dolores de cabeza.

Ella resopló y refunfuñó, pero no replicó sus palabras.

— Ni la ciencia ni la medicina son cosa de mujeres — sentenció Mik, tratando así de disuadirla.

— Tampoco cosa de antiguos esclavos — replicó ella.

— ¡Yo jamás he sido un esclavo! — bramó, rabioso —. ¡Jamás!

Ella frunció el ceño, sorprendida por su intensa reacción, y apretó los dientes.

— ¡Estás en deuda conmigo! ¡¿Cuántas veces he de repetírtelo?!

— ¿Cuántas veces se va a escudar usted en eso para seguir despreciándome? — le preguntó, arrinconándola contra una pared —. ¡No luche más, Elvira, porque esta guerra la va a perder!

Elvira rio sin ganas y se cruzó de brazos como pudo. Mik estaba peligrosamente cerca y lo último que deseaba era que sus cuerpos volviesen a rozarse.

— ¡No me hables de perder! ¡Lo he perdido todo debido a las artimañas, tretas y pactos que sellaste con el... canalla de Leopoldo!

Él se pasó la mano por la cara, enjuagándose el sudor que había comenzado a perlar su frente.

— ¡Le salvé la vida! ¿Cuántas veces debo explicárselo? Cuando la rapté, su situación era pésima. Ahora solo debe tomar una decisión, ¡la libertad ya es suya!

De pronto, los ojos de la antigua dama se aguaron. La voz le salió rota.

— ¿Es que no entiendes que yo sin mi esposo... no soy nada?

— Eso es lo que Leopoldo dijo, pero no estoy de acuerdo — arguyó, bajando el tono, harto de que aquel rufián se siguiera inmiscuyendo en la cabeza de Elvira —. Usted es mucho más que una esposa. Usted es algo por lo que muchos hombres y mujeres han luchado por los siglos de los siglos.

Elvira bufó.

— ¿Qué soy?

— Libre — susurró Mik, tan cerca del oído de Elvira que la piel se le erizó al sentir su aliento rozándole el cuello —. Libre para vivir su vida cómo y dónde le plazca. Puede irse cuando desee de aquí. Nada la retiene en contra de su voluntad y yo no tengo por qué estar a merced de sus caprichos — él se apartó, muy a su pesar, y continuó hablando en un tono que ya no imitaba a las confidencias —. Comprendo que se sienta perdida, Elvira. Está sola y eso no es fácil de asimilar para una dama que lo ha tenido todo a su alcance, pero... yo no soy nada de usted. El señor de Diego me encomendó acabar con su vida y me apiadé de usted. Le he proporcionado cobijo y sustento durante días. No le debo nada. Ya no. Al contrario, creo que he sido muy generoso al permitirle que...

— ¡Está bien! — Elvira alzó la voz, interrumpiéndole —. Admito que esta situación me ha vencido. Y que estoy retrasando lo inevitable. Y que... siento desprecio pero al mismo tiempo gratitud hacia ti.

Los ojos de Mik se toparon con los suyos. El silencio que compartieron resultaba estremecedor e íntimo al mismo tiempo.

— Por fin, Elvira — murmuró, complacido —. Por fin dice la verdad.

— La verdad... — dijo ella con cinismo —. La verdad nunca trajo nada bueno.

— Para mí es esencial. Sin ella, no somos nada, no somos nadie.

Elvira se cansó de la grandilocuencia que encerraban sus palabras.

— Yo no soy nada, ni nadie. Esa es la verdad y no hay nada de grato en ello.

— Si sigue regodeándose en sus desgracias, no llegará lejos.

— Mi orgullo está herido así que, por favor, no hagas más sangre.

— ¿Por qué iba a hacerlo? No pretendo causarle ningún mal. ¿Cuántas veces he de repetírselo? — cansado, se pasó una mano por la cabeza rasurada —. Escúcheme bien: le propongo un trato.

— ¿Un trato?

Mik asintió.

— Siempre que usted diga la verdad con respecto a sus sentimientos y emociones, llegaremos a un entendimiento. Haré todo cuanto esté en mi mano para...

Elvira apartó la mirada y no quiso seguir el hilo de sus palabras. Una idea cruzó su mente. Había sido fácil escupir sus deseos, sacarlos a la luz. Y al mismo tiempo fue la cosa más difícil que había hecho en muchos días.

— Déjame ayudarte — le pidió —. Deseo ser tu aprendiz.

Mik negó con la cabeza. Se quedó pensativo durante un tiempo. Tomó una gran bocanada de aire y sentenció:

— Debe demostrarme que realmente anhela esto. Si logra convencerme de que sus intenciones son genuinas, le dejaré asistirme. Poco a poco, le enseñaré cuanto sé. Pero solo si veo en usted un interés genuino.

Elvira sonrió sin mostrar los dientes.

— Tenemos un trato. Si fuésemos caballeros, le daría la mano para sellar nuestro acuerdo — dijo ella.

Mik sonrió de lado, de un modo que a Elvira se le antojó difícil de resistir.

— No importa, procedamos así de igual modo.

Y, sin aguardar a que ella le concediera permiso, el antiguo pirata tomó su mano derecha y la estrechó con rigidez. Elvira ahogó un gemido y procedió a seguirle el juego simulando que aquel instante no la estaba turbando hasta hacerle temblar. Sintió esos dedos largos y varoniles contra su piel fría y un escalofrío le recorrió la espalda. No se atrevió a bajar la mirada y observar el contraste de sus pieles, ni las cicatrices que salpicaban la mano de aquel hombre con un pasado turbio y un presente que, innegablemente, seguiría unido al suyo. Al menos, durante unos días más.

*

A partir de entonces, Elvira se esforzó por demostrarle a Mik cuán interesada estaba en aprender los secretos de la alquimia. Se despertaba al amanecer y aguardaba a que él se introdujera en la cocina para comenzar a preparar juntos todo tipo de pócimas y brebajes encargados en secreto por la flor y la nata de la sociedad nuevatricense.

Algunos días, Elvira aguardaba en vano la presencia de Mik. Se quedaba dormida en una silla con la espalda apoyada en la pared y el cuello torcido en una postura incómoda. Otros, en cambio, Mik irrumpía de pronto para ordenarle que barriera el suelo, que enjuagara los utensilios, que cortara unas hierbas o que machacara unas flores en el mortero hasta convertirlas en polvo. Tuvo que mostrarle cómo se realizaba cada tarea porque, hasta entonces, doña Elvira

de Diego jamás había tocado una escoba o un trapo.

No era demasiado habilidosa, pero lo compensaba con una actitud que sorprendió al antiguo pirata: ni una sola queja salió de sus labios. Era buena observadora, poseía una excelente memoria y atinaba bien con las dosis. Mik estaba impresionado por los avances que realizaba Elvira día tras día, aunque se cuidaba mucho de expresarlos en voz alta.

Las noches, sin embargo, eran harina de otro costal. Elvira solía desvelarse al escuchar los jadeos procedentes del piso de abajo. Miraba al techo tendida boca arriba sugestionándose, incapaz de volver a conciliar el sueño. Y se descubrió deseando saber qué era exactamente aquello que hacía gemir a Gabriela con semejante ímpetu. ¿Acaso sería alguna de las pócimas que había ayudado a preparar a Mik aquella mañana?

Se propuso averiguarlo cuando, varias horas después, Gabriela seguía deshaciéndose en lamentos placenteros. Elvira hincó las uñas en el camastro. Estaba tensa y se debatía entre sentir envidia u odio extremo hacia esa escandalosa criada. Era imposible que aquellas sesiones de lujuriosa lascivia durasen tanto tiempo.

Los pecadores arderían de seguro en el infierno, aunque parecía que les importaba bien poco. Quizá, incluso, mereciera la pena vivir en pecado cuando tenían la oportunidad de arrepentirse unos instantes antes de exhalar el último aliento, en su lecho de muerte.

Con el corazón posicionado en su garganta, Elvira apartó la fina sábana que cubría su cuerpo y se dispuso a recorrer sigilosamente el pasillo. El camisón se le pegaba a la piel como si quisiera fundirse con ella. Bajó unos pocos peldaños y la luz de los candiles le indicó que no le hacía falta dar ni un paso más: desde su posición podía observar la escena con todo lujo de detalles sin temor a ser sorprendida.

Se llevó las manos a la boca y sintió cómo se le aflojaban las rodillas. ¿Cómo podían estar haciendo aquello sin pudor, sin esconderse? Lo que vieron sus ojos era lo más escandaloso que, sin duda alguna, había presenciado a lo largo de sus casi tres décadas de vida.

Elvira estuvo casada diez años, por lo que sabía bien lo que sucedía entre Mik y la criada. Sin embargo, era tan distinto a lo que ella conocía por experiencia propia que tuvo que convencerse de que el acto en sí era el mismo, aunque la manera en que se ejecutaba resultara totalmente novedosa.

Al contrario de lo que le sucedía a Elvira con Leopoldo, Gabriela gemía de placer y no de dolor. Ella jamás se desnudó para recibir a su marido. En cambio, el cuerpo de la criada no llevaba ropa encima y su piel brillaba por efecto del sudor. Mantenía las piernas bien abiertas y Mik estaba encajado entre ellas. El rostro de Gabriela permanecía relajado, en lugar de tenso y

deseoso de que todo terminara. Su amplia sonrisa delataba que lo estaba pasando bien.

¿Acaso era posible disfrutar de aquello? Elvira, escéptica, tragó saliva. Sabía por algunas de sus conocidas menos pudorosas que eso era una quimera. Era el hombre quien forzaba los encuentros puesto que él recibía placer. La mujer, en cambio, debía aguardar el milagro de la vida para experimentar la dicha.

Elvira apretó los ojos. Se obligó a mirar instantes después. Mik se hallaba encima de Gabriela y se movía despacio, con una cadencia rítmica. Su anatomía era perfecta: espalda ancha, hombros abultados, cintura estrecha y piernas esbeltas. Besaba el cuello de la criada con devoción, como aquel día en que les sorprendió agasajándose en el sofá.

Las manos de Mik recorrían el torso de Gabriela con delicadeza. Elvira jamás vio algo semejante. Parecía disponer de todo el tiempo del mundo y le concedía a su compañera unas atenciones del todo impropias. Elvira torció el gesto y recordó que Leopoldo, cuando intimaban, realizaba el acto rápido, sin apenas tocarla. La penetraba provocándole escozor y dolor. Se movía intensamente sobre ella y, al cabo de un rato breve, soltaba unos cuantos gruñidos que precedían al final. En cuanto sucedía, se apartaba tan presuroso que la antigua dama se deshacía en agradecimientos silenciosos cuando todo había terminado.

Tener que cumplir con sus obligaciones conyugales le resultaba a Elvira incómodo y desagradable. Sus partes íntimas dolían incluso días después de haber recibido a su esposo en la cama. ¿Acaso lo que sucedía entre Mik y la criada era fornicación? ¡Claro! Debía tratarse de eso. Mantener relaciones carnales sin la bendición de Dios era algo abominable. ¿Por qué entonces Gabriela parecía la mujer más dichosa sobre la faz de la tierra? ¿Por qué parecía algo que estuviera disfrutando, como si resultara... sumamente placentero?

Los jadeos de la criada se convirtieron en aullidos que interrumpieron las cavilaciones de la señora de Diego. Sintió un cosquilleo entre las piernas cuando Gabriela soltó por su boca abierta el estertor final. A continuación, Mik la besó en los labios y se dejó ir también. Seguidamente, se apartó de ella sin dejar de besarla y ella rio durante un buen rato.

Elvira, confundida e irritada, se retiró de nuevo a su habitación sin parar de reflexionar sobre lo que acababa de observar. Tenía las risas de Gabriela incrustadas en los oídos.

Continuó así días enteros, sin concentrarse, sin apenas hablar. Mik trató de sonsacarle la razón de su mutismo, pero Elvira no soltó prenda y él no supo descifrar el origen de su nueva turbación. Descartó indagar en sus cuitas. Bastante tenía él con ignorar el hecho de que Elvira acudió a su mente la noche anterior, mientras yacía con Gabriela.

Sin sospechar que el antiguo pirata fantaseaba con ella, se negaba a mirarlo a los ojos.

Presa de una repentina timidez, esos avances que el acercamiento producido en las semanas anteriores hubo propiciado fueron echados por tierra en cuestión de minutos.

Cuando por fin tuvo el coraje de enfrentarse a la verdad, Elvira se hallaba sola. Las manos le temblaron y el corazón se aceleró tanto que su respiración se revolvió. Salió al pasillo y aprovechó que Mik no se encontraba en la casa para dirigirse al despacho. Revolvió cada rincón hasta que encontró lo que estaba buscando: la botella de ron. Por fortuna, todavía quedaba alcohol en ella.

Bebió para asimilar que tenía celos de una mujer de piel oscura, claramente inferior a ella. No podía dar crédito a lo que acababa de descubrir. Todo aquello en lo que creía se pudría bajo capas de envidia, rencor y soledad.

Cerró los ojos y dio nueva vida a sus recuerdos, sustituyendo el cuerpo de Gabriela por el suyo debajo del de Mik. Completamente desnuda, sin pudor ni remordimientos, experimentando un placer sin igual que salía expedido de su cuerpo a modo de jadeos. Un hormigueo recorrió el dorso de su mano. Un escalofrío le puso el alma del revés.

Continuó bebiendo hasta bien entrada la noche. Para aquel entonces, ya había trazado un plan. Recogió todos los candiles que encontró en la casa y los prendió en el salón principal, unos juntos a otros. Aguardó acomodada en un sofá a que Mik regresase. Cuando lo sintió al otro lado de la puerta principal, se levantó tan de prisa que se mareó.

Él, sorprendido, cerró y se acercó a Elvira pensando que algo malo sucedía. Pero pronto percibió el olor a ron que la antigua dama despedía. Frunció el ceño, molesto.

— ¿Por qué ha vuelto a beber? Le dije que no lo hiciera.

Ella sintió repentinamente ganas de llorar, como cuando su padre le pillaba cometiendo una travesura. Juntó los labios hasta convertirlos en una sola línea y disfrazó su inseguridad de orgullo.

— Lo sé, pero debía armarme de valor para proponerle algo — anunció —. Si estuviese sobria, no podría atreverme jamás...

Espoleado por la curiosidad, Mik se acercó a ella.

— ¿Qué es lo que va a decirme? ¿Por fin ha decidido qué hacer con su vida? ¿Quiere que la lleve a algún sitio? De ser así, yo...

Elvira negó con la cabeza y movió los brazos en un movimiento tajante.

— No se trata de eso, sino de otra... cuestión.

Mik la contempló. No llevaba puesto el camisón, sino el sencillo vestido que había pertenecido a Gabriela. Tenía las mejillas encendidas y los ojos brillantes. Estaba más hermosa que nunca. Él comenzó a respirar por la boca y se propuso salir a buscar a Gabriela en cuanto terminaran la conversación.

— Usted dirá.

De pronto, Elvira estaba nerviosa. Torció sus manos y se pasó la lengua por los labios.

— Verás, yo... me gustaría que tú... Deseo, quiero que...

Las palabras no acudían a su boca. Acortó la distancia que los separaba hasta sentir el calor que emanaba aquel hombre tan alto y tan negro. Lo miró a los ojos y se atrevió a desplazar las palmas de sus manos por los brazos de Mik en un movimiento descendente. La suavidad de su camisa le sorprendió. Finalizó el recorrido en las manos del extranjero, y las acompañó hasta que estas quedaron fijas en su cintura.

Mik abrió la boca sin mesura y siguió respirando agitadamente. Una sacudida hizo vibrar su entrepierna.

— Elvira, está usted confundida. Creo que no sabe lo que...

— Sí lo sé — lo interrumpió con un tono de voz excesivamente ronco —. Deseo que me hagas lo mismo que a esa criada — anunció, sintiendo cómo una ola de calor ascendía desde su estómago hasta su rostro, incendiándola entera —. Quiero... sentir lo mismo que ella.

Mik se apartó tras escuchar su confesión. Fue como si la apetecible cintura de la señora de Diego de pronto quemase, y en realidad quizá fuese así. Elvira era puro fuego, tentación, una bella demente que había perdido definitivamente el juicio.

— Tengo casi treinta años — señaló con un ligero temblor albergado en su voz —. Mi experiencia en el ámbito que estamos tratando es extremadamente... limitada. Y mejorable. Ya que he dejado de ser una dama, no entiendo por qué no puedes... tomarme, al igual que a ella.

— ¡Por todos los demonios, Elvira! — exclamó él, pasmado.

— ¿Ahora vas a escandalizarte y blasfemar? — rio ella —. Hace un tiempo me dijiste que, si acudía a ti con la verdad, todo estaría bien. Precisamente esta noche estoy compartiendo contigo la verdad, mi verdad. ¿Así es como me lo pagas, con desprecio?

Mik se deshizo del sombrero, que aterrizó en las sombras del pasillo, y pasó sus manos por la cabeza afeitada. Acababa de cumplir una misión arriesgada para otro de los amigos del gobernador, pero esto que trataba ahora con Elvira se le antojaba muchísimo más peligroso.

— Su propuesta es lo más indecente que he oído y yo jamás podría acceder a ella — dijo de corrido, sin mirarla.

—¡Lo dudo! Eres un asesino por encargo, un alquimista... no creo que para ti esto sea indecente en absoluto — dijo Elvira, dolida en su ego.

— Sí lo es, puesto que una dama nunca se había dirigido así a mí antes — contestó con sinceridad, volviendo a acercarse a ella.

— No soy una dama. Ya no. Lo único que soy es...

— Creí que usted me despreciaba.

Elvira no contestó. No quiso mostrar sus cartas a la primera de cambio y su orgullo le tenía atada la lengua.

— ¿Sabe usted lo que podrían hacerme si descubren que yo...? Si las autoridades llegaran a saber que he deseado a una mujer como usted...

Elvira se situó tras él y se puso de puntillas para extender las manos por los anchos hombros del antiguo pirata. Saboreó en el paladar el alcohol y la valentía que le subían por el esófago y lo disfrutó pasando la lengua por los labios. Ya no era ella misma, sino una versión mucho más osada y desinhibida.

— ¿No te gustaría que yo... que nosotros?

— Sí. ¡No! ¡Esa no es la cuestión! — declaró Mik, apurado.

Era una descarada, una casquivana, poco menos que una ramera al ofrecerse en bandeja a semejante proscrito. Si su padre levantara la cabeza, la abofetearía hasta quedarse sin fuerzas. Si Leopoldo la viera, la querría muerta de nuevo. Su prima Angustias le retiraría la palabra de inmediato y sería el hazmerreír de la alta sociedad en cuestión de horas.

Se apartó nuevamente. Suspiró, rendida. Le temblaba el labio inferior.

— ¿Vas a rechazarme, entonces?

Mik dio media vuelta para encararla. Rio amargamente y sus perfectos dientes refulgieron a la escasa luz de las velas.

— Créame, no me resulta en absoluto sencillo rechazarla.

— Con ella sí parece sencillo. ¡Tan sencillo que no dudas en repetirlo noche tras noche!

Chasqueó la lengua.

— Gabriela y yo pertenecemos a la misma clase.

— Yo te estoy ofreciendo algo más.

A Mik le desagradó aquel comentario, pero no replicó. Lo último que deseaba era iniciar una guerra dentro de otra. Bastante tenía con no abalanzarse a sus brazos y tomarla contra la pared.

— Elvira, ¿es que se ha vuelto loca?

Ella ni siquiera lo miró. Compartieron un largo instante de silencio espeso y putrefacto.

— Si queda encinta, dará a luz a un hijo negro. Y dudo mucho que usted pueda soportar semejante... desgracia.

La dama arrugó la nariz, considerando efectivamente aquella posibilidad como algo repulsivo.

— Por fortuna, eso no sucederá. No puedo tener descendencia. Diez años de matrimonio sin hijos así lo avalan — concluyó con un deje triste en la voz —. Por una vez, mi desgracia me resultará beneficiosa.

Mik permaneció en silencio, quizá meditando la propuesta. Después, recogió el sombrero y pasó sus dedos por el borde del ala. Bajó la cabeza.

— Elvira, lo lamento, pero desea inmiscuirme en un asunto demasiado arriesgado tanto para usted como para mí. Debo rechazar su... petición — carraspeó, todavía tratando de asimilar que aquello estaba sucediendo en realidad y que no era producto de su imaginación —. Además, probablemente por la mañana vea todo esto desde una nueva perspectiva y le asqueará la mera idea de que ponga mis manos sobre usted.

Elvira se alejó de él, alineándose con las velas que había dispuesto alrededor del sofá donde había estado aguardando impaciente la llegada de Mik minutos antes. Dio media vuelta. Colocó ambos pies muy juntos, irguió la espalda y, sin dejar de mirarlo ni un instante, fue deshaciendo paulatinamente todos los nudos de su corpiño hasta que el vestido cayó al suelo.

No se lo iba a poner fácil. El orgullo de doña Elvira de Diego estaba magullado, insoportablemente herido. Mik sintió la garganta seca. Dejó de respirar durante unos instantes porque se había olvidado de cómo hacerlo. La tirantez que se había instalado en su entrepierna se hizo dolorosa. Quería apartar la mirada de Elvira, pero no podía.

— Eres... tan hermosa — susurró.

Elvira no escuchó sus palabras. Sin embargo, sí que pudo captar que en el rostro de Mik

quedaba patente cuánto la deseaba. Estaba claro que se moría por llevar a la práctica aquello que habían estado discutiendo.

Era la primera vez que la antigua dama se desnudaba ante un hombre y, pese a que el pudor era intenso, también lo era una nueva sensación a la que no dudó en darle la bienvenida: poderío. Tenía a aquel hombre a su merced, a sus pies. Y aquello le agradó sobremanera.

Cantó victoria para sus adentros. Dio dos tímidos pasos en su dirección abandonando el charco de tela en que se había convertido su vestido. La mirada de Mik resbaló por su piel expuesta. El repaso fue exhaustivo. Ella se dejó hacer, expectante, anhelando algo más que su aprobación. Ansiaba fervor, lujuria, pasión.

El antiguo pirata adoró sus curvas, sus pechos llenos y todavía firmes, de claras aureolas, sus piernas blandas y su estómago firme. Se relamió los labios y, por un instante, se permitió flaquear. Se dejó llevar por el deseo y fantaseó con enterrarse en ella hasta perder el poco juicio que todavía conservaba.

Sin embargo, sus pies estaban anclados al suelo. Ella dio un paso más. Mik alzó la mano.

— No, Elvira — dijo, cortante, frío.

Para otorgar más peso a sus palabras, desvió la mirada. Fue más difícil de lo que imaginó.

— ¡Te ordeno que me tomes!

— Por favor, vístase — le pidió entre murmullos.

En esta ocasión, Elvira sí que lo escuchó. De pronto, sentir el aire cálido de la estancia rozando su piel se le antojó algo abominable. Se ahogó en un mar de dudas e incertidumbre. Cubrió sus pechos con los brazos y bajó la mirada, apurada.

— Ni siquiera alguien como tú desea tocarme — dijo al tiempo que las lágrimas descendían por sus mejillas.

— No lo entiende. Es justo al contrario. Lo cierto es que me muero por tocarla, Elvira — se sinceró él.

—¿Y por qué no lo haces? ¡Maldita sea!

— Porque no deseo que mañana se arrepienta y me culpe a mí de esto — dijo Mik, tan nervioso como ella.

— Créeme, si me haces lo mismo que a ella, no voy a arrepentirme.

Mik atrapó su lengua entre los dientes. Se hizo daño, sangró. Por fin sentía algo más que

el irracional deseo de yacer con aquella mujer surcando cada porción de su cuerpo.

Un extraño hormigueo se instaló en las puntas de los dedos. Era como si echaran de menos a la mujer que tenía en frente.

Receptiva, dispuesta.

Mik soltó una blasfemia para sus adentros.

— Si desea seguir con esto, venga a mi habitación mañana por la noche. Pero no beba ni una sola gota de alcohol antes — le indicó —. ¿Le parece bien mi... contrapropuesta?

Elvira se encogió de hombros, insatisfecha con ese nuevo escenario que se dibujaba en su futuro.

— Por favor, vístase — le repitió Mik. No pudo evitar que le temblara ligeramente la voz y su acento se intensificó.

Ella no se movió. Al contrario, lo miró a los ojos, desafiante.

— ¿Por qué no ahora?

— Está ebria — arguyó —. Si se entrega a mí, no quiero que nada nuble su juicio. Quiero que sea usted y solo usted la que, por voluntad propia, acuda a mí con el fin de... ser mi amante.

La última palabra, escogida con tiento pero con precisión, tuvo un curioso efecto en ambos: se les erizó la piel al mismo tiempo. Elvira se sintió espoleada por aquella frase, por la voz del antiguo pirata que, en ese instante, le resultó francamente estimulante y sugerente.

Tardó, mas cuando por fin asimiló su discurso y se aposentó en su mente, dio media vuelta, recogió su vestido y se lo puso con apremio. Mik tuvo ocasión de echar un vistazo a su blanco trasero, y lo encontró de lo más apetecible. Tenía la misma forma que un melocotón maduro y prometía caracterizarse por una tersura similar.

— Está bien — concedió ella, subiendo las escaleras sin resuello, y no precisamente debido a que le costara dejar atrás los peldaños —. Mañana por la noche.

Mik no pudo conciliar el sueño. Ella tampoco. Al día siguiente, ella no lo estaba aguardando en la cocina para elaborar las pócimas y los ungüentos. Mik no se lo reprochó, no la buscó. Más bien la evitó durante todo el día. Quizá, el desencuentro de la noche anterior solo había sido un sueño. Uno placentero y tentador, pero que no traspasaba el plano onírico.

Horas más tarde, Gabriela tocó la puerta y él la mandó de vuelta a casa de sus señores con cajas destempladas. Mik trataba de sacar adelante una receta fácil de elaborar, pero no podía

concentrarse. Lo dio por imposible. Rendido, resignado, se apartó de la cocina y decidió asearse para calmar la agitación que sentía en su cuerpo ardiente y castigado por la falta de descanso. Sin pretenderlo, se le agitaba la respiración cada vez que recordaba el cuerpo de Elvira desnudo ante sus ojos. Porque no lo había soñado, ahora estaba seguro.

La antigua dama estuvo todo el día imaginando el momento en que se encontrara con Mik al caer la noche. Lavó su largo pelo rubio y destinó más recursos de los habituales a su higiene personal.

Había tomado una decisión y no había vuelta atrás: pronto se encamaría con el hombre que amenazó su vida tan solo unas semanas antes. Era una locura, un sinsentido, pero quien nada tiene, nada teme.

Doña Elvira de Diego iba a dejarse agasajar entre los brazos de un proscrito, iba a retorcerse bajo su cuerpo, iba a experimentar qué se sentía al gemir de puro placer.

Temía y deseaba que llegara el momento de una vez por todas.

Unos tímidos golpes en la puerta le pusieron sobre aviso. Se pasó una mano temblorosa por la cara, tragó saliva y carraspeó antes de hablar.

— Adelante.

Elvira apareció envuelta en penumbra. La habitación estaba a oscuras. La única luz existente provenía de la ventana, en la que se veía pequeña una luna menguante, moribunda y solitaria en un cielo desprovisto de estrellas.

Los cuerpos de Mik y Elvira apenas eran dos sombras. Sin embargo, sus ojos refulgían, bañados en expectación.

— Ha venido.

Cerró la puerta y dio un par de pasos en su dirección.

— Aquí estoy — A continuación, señaló —: no hay nada que altere mi decisión. Estoy aquí libremente y, si me aceptas...

— Estaría loco si te rechazara, Elvira. Loco de atar — le interrumpió Mik, acortando la distancia que les separaba, tanto física como de clase, ya que sin percatarse, había dejado de hablarle de usted.

Sus respiraciones agitadas se mezclaron en mitad de la estancia. Mik la tomó de la mano y ella se alteró. Él la soltó de inmediato.

— Disculpa. Yo... ¿estás bien?

Los nervios amenazaban con traicionarla. Tenía la garganta seca y un nudo en el estómago.

— Sí. Perfectamente.

Recordó su noche de bodas con Leopoldo, acaecida una década atrás. Entonces solo era poco más que una niña inocente desconocedora de lo que le aguardaba. Ahora, en cambio, era una mujer segura de lo que quería.

— ¿Qué debo hacer?

— Desnúdate — le pidió él con un débil susurro.

Un escalofrío le recorrió la piel. Un repentino ataque de pudor la paralizó. Mik se reprendió para sus adentros: estaba siendo demasiado directo y ella era una dama poco familiarizada con ese tipo de acercamientos.

— Elvira, si cambiases de opinión yo... jamás te lo reprocharía. Muy al contrario, supongo que más bien sería lo correcto.

Aquel mensaje disuasorio tuvo el efecto contrario al que Mik buscaba. Le insufló el valor suficiente a Elvira para que su camisión se deslizara por su piel hasta que tocó el suelo.

— ¿Ahora qué?

Se cubrió los pechos con las manos. Odiaba sentirse expuesta y vulnerable pero, al mismo tiempo, la valentía y la expectación espoleaban su corazón. Decidida a interpretar un papel que ocultara sus inseguridades, llevó las manos a la cabeza para deshacerse el recogido. Mik se lo impidió sin palabras.

Elvira agradeció estar a resguardo de la luz. Tragó saliva al ver cómo él se despojaba de la camisa. A continuación, tomó su mano. Esta vez Elvira no se apartó.

— Tócame — le pidió él.

Obedeció. Tímidamente, las yemas de sus dedos recorrieron el torso masculino. Se sorprendió al descubrir esas cicatrices que, como un mapa en relieve, surcaban su piel cálida. Leopoldo jamás le pidió que la tocara. Apenas había visto partes del cuerpo de su esposo expuestas en diez años. Leopoldo jamás le concedió una oportunidad para acostumbrarse a un cuerpo tan distinto al suyo.

Leopoldo no perdía el tiempo y esto que ahora hacía era invertirlo en algo que resultaba someramente estimulante. Novedoso y extraño, mas que le asparan a Doña Elvira de Diego si no estaba deseando zambullirse de cabeza en el pecado de la lujuria.

Cuando quiso darse cuenta, se había perdido por completo en la tarea encomendada. Pronto quiso más. Comenzó a restregar las palmas completas de sus manos por doquier. Lo que antes era lento, ahora era veloz. Lo que antes era incierto, ahora contenía un deseo oculto pugnano por expandir los límites, sobrepasarlos.

La respiración de Mik se agitó, gratamente sorprendido; la de Elvira también.

La tomó de las muñecas, obligándola a detenerse. Elvira supo que él estaba observándola

fijamente, pero no se atrevió a subir la mirada para toparse con sus ojos negros, tan oscuros como esas paredes que atestiguarían su encuentro.

Algo dentro de ella le indicaba que, si sus ojos caían en los pozos sin fondo que eran los del extranjero, Mik perdería el poco control que mantenía todo su ser en orden. Y se asustó, pero por nada del mundo se detendría. No ahora que estaba involucrada en aquel embrollo sin remedio, desnuda en los aposentos de ese asesino a sueldo que una vez tuvo el encargo de acabar con su vida.

Perdida en sus cavilaciones, no notó cómo Mik se alejaba para sentarse sobre el camastro. Apoyó la espalda en la pared y separó las piernas.

— Recuéstate aquí, junto a mí.

Se acercó a él temblando.

— Apoya tu espalda en mi pecho, Elvira.

Se agachó junto a él y obedeció. Un jadeo ronco salió disparado de su garganta en cuanto sus pieles entraron en contacto. Elvira fue consciente de ese otro cuerpo tras el suyo. Notó un bulto en su rabadilla que supo identificar pese a su limitada experiencia anterior. La sensación era extraña, pero reconfortante al mismo tiempo.

— Ahora seré yo quien te toque. ¿Puedo... puedo hacerlo?

Elvira se mordió el labio inferior y no pretendió engañarse con remilgos: lo deseaba. Lo deseaba plenamente.

— Sí.

Las manos le temblaban, la respiración quedó fuera de control. Esa tirantez que se marcaba en sus pantalones lo estaba matando. Mik se moría de una anticipación que lo iba a enloquecer, si es que no lo había hecho ya.

— Necesito preguntarlo otra vez. Necesito asegurarme de que...

— Sí, puedes tocarme — su respuesta se redujo a un resoplido.

Mik colocó las manos en las caderas de Elvira. Despacio, trazó círculos cada vez más amplios por el área. Después, subió hasta su cintura y volvió a descender por los límites de su cuerpo.

— Tu piel es tan... suave.

Elvira comenzó a respirar por la boca. Sentía el corazón latiendo apresurado entre las

piernas. Las caricias se fueron volviendo más osadas. Un tímido beso fue depositado en su hombro izquierdo, lo que añadió más leña al fuego. El aliento cálido de Mik impactaba contra su piel, incendiándola por dentro.

— Si en algún momento precisas detenerme, por favor hazlo.

No pudo responder a eso. Estaba demasiado ocupada diseccionando todo el gozo al que era sometido su cuerpo. Sintió esas manos callosas y ásperas deslizándose por doquier, sin límites. No eran delicadas como las de Leopoldo, pero definitivamente esas atenciones jamás se las brindó su esposo en diez años de matrimonio.

— ¿Te gusta... así?

Elvira tuvo que responder con la verdad. Y la verdad no era otra que una rotunda y contundente afirmación.

— Sí.

La punta de la lengua de Mik se desplazó por su omóplato al tiempo que unos dedos furtivos se despeñaban por la cara interna de sus muslos.

Instintivamente, Elvira separó más las piernas. La apertura fue lo suficientemente amplia como para invitar a Mik a explorar más profundo. En cuanto las yemas de los dedos índice y corazón del antiguo pirata rozaron su ingle, Elvira apretó los muslos, aprisionando la mano de Mik entre ellos.

— ¿Más despacio?

Ella negó con la cabeza y gimió, contradiciendo su sensatez. Mik supo leer las señales que iba dictando su lenguaje corporal. Más besos fueron depositados en la parte alta de su espalda al tiempo que las expertas manos masculinas se alejaban de la zona conflictiva.

— ¿Has hecho esto cientos de veces, no es así? — inquirió ella, casi un reproche.

Él rio y la vibración de su pecho llegó hasta Elvira amortiguada.

— Algunas menos.

La señora de Diego descubrió pronto que le agradaba la combinación entre besos, leves mordiscos, y esas caricias cada vez más osadas que iba propinándole aquel extranjero. Eventualmente se relajó y permitió que el peso de su cuerpo cayese por entero sobre el torso de Mik. Echó la cabeza hacia atrás, cerró los ojos, volvió a abrir las piernas y se abandonó al placer como una casquivana sin futuro.

Porque eso era en lo que se había convertido. Por voluntad propia y lidiando contra el más completo de los desamparos.

Cuando quiso darse cuenta, una de las manos del antiguo pirata se enterraba sin veto en su intimidad, explorando su carne trémula y húmeda con indiscutible pericia. Cuando esos dedos tocaron después el punto más sensible de su cuerpo, un extraño sonido salió de la garganta femenina. Su labio inferior comenzó a temblar y su respiración se agitó más todavía.

Jamás había experimentado un placer semejante, ni tenía idea de que aquello pudiera ser posible. Sus rodillas fueron presas de espasmos involuntarios. Su mundo entero se tambaleó: sus estandartes, su idiosincrasia, todo en cuanto había creído hasta entonces se lo cuestionó en un instante.

¿Cómo era posible que aquel hombre rudo y salvaje fuese tan diestro, tan delicado y tan ducho en el arte de satisfacer a una mujer?

Sin que le diera tiempo a asimilar lo que estaba sucediendo, la otra mano masculina voló por el torso de Elvira y escaló la curva de su pecho izquierdo. La boca de Mik no dejaba de agasajar su espalda, su cuello. Respiraba como un animal, como el salvaje que en el fondo Elvira sabía que era.

Mik se olvidó de que la señora de Diego era una dama y le hizo saber cuánto la deseaba sin hacer uso de palabras. Sintió orgullo al conseguir despertar todo ese placer que borboteaba en la superficie de su piel. La penetró con dos dedos. Los enterró bien hondo varias veces y salieron impregnados de su propia excitación. Se valió de esta lubricación para trazar círculos en el centro de su feminidad. Fue incrementando la velocidad a medida que Elvira pedía más con sus jadeos.

El antiguo pirata sonrió y frotó su miembro contra el trasero de Elvira sin poder evitarlo. Estaba tan excitado como ella, sino más. Aquel era un sueño hecho realidad. Sí, había intimado con mujeres de aspecto similar, pero siempre en los prostíbulos portuarios. Nunca con una hembra de postín, como ella. Rubia, de ojos claros, tan bella, tan entregada.

Simplemente no podía creer la suerte que tenía.

Elvira gimió como si el pudor hubiese saltado por la ventana. Mik la siguió. Porfió una blasfemia y un irrefrenable deseo de encajarse entre sus piernas. Sin embargo, no llegaría a tanto, no aquella noche. Continuó besando su espalda, mordiéndola, castigándola con los dientes mientras entre sus dedos apresaba la carne de sus pechos para hacerle temblar de deseo.

— Elvira... si supieras las veces que he soñado con tenerte aquí conmigo — dijo con voz

ronca.

Ella no contestó, ni siquiera asimiló esas palabras. Sus oídos zumbaban y la habitación en la que se hallaban dejó de existir. La antigua dama se había convertido de pronto en puro nervio, en deseo consumado.

Abrió más las piernas y se mordió el labio inferior cuando Mik volvió a estimularla entre las piernas. Bajó la mirada y, pese a la penumbra, observó el contraste entre su piel blanca y esas manos que exploraban su cuerpo. De algún modo, tener la absoluta certeza que estaban infringiendo varias normas sociales, morales y civiles le hizo abandonarse más.

Creyó entonces que todo su ser estaba en realidad hecho para el más puro de los disfrutes y comprendió por qué Gabriela se deshacía en jadeos entre los brazos del extranjero. Mik era un verdadero experto en la materia, un consumado ejecutor cuyos dones se expandían más allá de la alquimia, la piratería y los encargos turbios.

Blanca, negra, señora o criada, tanto daba. Elvira se rindió ante la destreza de aquellas manos que parecían adelantarse a sus deseos sin que tuvieran que ser guiadas. Los dedos de Mik agarraban, pellizcaban, acariciaban, abarcaban sus rincones más prohibidos, conquistándolos. En cuestión de minutos doña Elvira de Diego terminó por retorcerse de placer entre los fornidos brazos de un proscrito sin hogar ni patria. A sus treinta años de edad tuvo su primera explosión de placer.

Por puro instinto se limitó a dar rienda suelta a su satisfacción abriendo bien la boca y las piernas. Cada caricia entonces era más sentida que la anterior, más profunda, más placentera. No entendía qué estaba sucediendo, pero tampoco lo necesitaba.

Lo único que lamentaba era no haber abierto aquella puerta antes.

*

Justo después de que el leve hormigueo del orgasmo abandonara su cuerpo, Elvira, presa de un pudor sin parangón, corrió a vestirse. Ni siquiera se fijó en que se había colocado el vestido del revés. Se pasó las manos por el pelo con nerviosismo, temblando, sudorosa, y abandonó la habitación del antiguo pirata sin mirar atrás ni decir adiós.

Aquella noche supuso un antes y un después en la extraña relación entre doña Elvira de Diego y Mik Rogers.

Por las mañanas, coincidían en la cocina para preparar toda clase de pócimas y remedios. Mik continuó instruyéndola en el arte de la alquimia a medida que los encargos se acumulaban.

Extrañamente, se comportaban como si no hubiese sucedido nada íntimo entre ellos: Elvira no lo miraba a los ojos y procuraba que sus manos no se rozaran en la medida de lo posible. Mik se tomaba el trabajo muy en serio, por lo que agradeció en silencio la rectitud de su ayudante pese a lo confundido que lo tenía.

Elvira acataba con extrema diligencia cada mandato, poniendo especial atención en los ingredientes y sus dosis. Anotaba de cabeza cada paso que debía seguirse para obtener el resultado esperado y colocaba el resultado final en una balda. En ocasiones, el remedio arreglaba un problema. En otros, fomentaba cierta habilidad corporal.

Y, excepcionalmente, las pócimas otorgaban poder sobre otros. Estas constituían las mezclas más difíciles de preparar, también las más costosas.

Al caer la tarde, él solía abandonar la casa para atender sus negocios al otro lado de la ley. Regresaba en mitad de la madrugada, normalmente sobrio. Elvira, atenta a su llegada, aprovechaba entonces para introducirse en su habitación y en su cama. Cuando obtenía lo que deseaba, se marchaba presurosa, avergonzada y satisfecha.

Siete noches más tarde, cansado del mismo modus operandi, Mik le impidió huir tomándola del brazo. Había bebido, pero no lo suficiente como para que se le nublara del todo el juicio. Hasta entonces, solo la había tocado, regalándole una descarga de placer salida de sus dedos. No se había atrevido a ir más allá, pese a que lo deseaba con toda su alma.

— No te vayas — le susurró con voz ronca —. Aún no.

Elvira tomó una bocanada de aire que quedó custodiada en sus pulmones. Antes de expulsarla, tomó el vestido para cubrir su desnudez. Mik no se lo impidió. Ella regresó junto al extranjero con cierto temor a lo desconocido.

— ¿Podrías... tocarme?

El instinto le hizo a Elvira negar con la cabeza. No supo averiguar a qué se refería exactamente Mik con su petición y tampoco le interesaba averiguarlo.

— Por favor — susurró él, aquejado de un ansia que lo quemaba por dentro, que consumía su alma hasta convertirla en cenizas —. Elvira...

La manera en que pronunció su nombre robó el aliento a la antigua dama. Tragó saliva y juntó los labios para impedirse hablar. Envalentonado por la ingesta de alcohol, Mik se acercó a ella, tomó su mano y la colocó encima de su bragueta. Ahogó un suspiro, profundamente impresionada por lo que él le estaba obligando a palpar.

— No es justo que yo siempre... y que tú nunca...

Elvira no contestó porque la vergüenza en su forma más pura mantenía presas sus cuerdas vocales. Se quedó con ganas de indicarle que en ese pacto degenerado que habían establecido nunca hubo espacio para la reciprocidad.

Sin embargo, los segundos pasaban y ella seguía respirando agitadamente por la boca y manteniendo la mano en el mismo sitio, bien abierta.

Esto fue suficiente para Mik. Despacio, condujo a Elvira hasta el camastro. Se tumbó sobre él sin dejar de mirar esos ojos claros que casi brillaban en la oscuridad. Estaba estudiando sus intenciones como si fuese un jaguar de la selva. Ella hacía lo mismo. Igual de cautelosa, igual de esquiva.

Sin perder un segundo, Mik se bajó los pantalones y guió a Elvira para que volviera a palpar su carne, esta vez sin que ninguna tela la cubriera.

— Debes hacerlo como yo te indique — bisbiseó, casi sin aliento.

Ella aceptó. Cohibida y, al mismo tiempo, deseosa por saber cuál sería su papel en aquel escandaloso y novedoso acto, se dejó llevar. Sintió que algo más poderoso que ellos mismos, tan trascendental como la vida misma y tan oscuro como el deseo, se apoderaba de ella.

Con el corazón encogido y el pulso veloz, permitió que su mano rodeara el miembro de Mik. La carne era dura, pero la piel que recubría su sexo, sorprendentemente suave. Él dejó escapar un jadeo casi animal cuando Elvira comenzó a mover sutilmente su muñeca.

Arriba y abajo. Pequeños movimientos repetitivos e insoportablemente lentos.

Elvira quiso preguntar si su táctica era la correcta. Sin embargo, no lo hizo. En el último momento, su orgullo previno a su lengua que, asegurada entre los dientes, se tragó dicha pregunta. ¿Acaso le importaba? Sí. En el fondo, en el interior de su alma, anhelaba complacer.

Los gestos de Mik eran agónicos. Los ojos cerrados con fuerza. La boca abierta. Las aletas de la nariz, dilatadas. Respiraba como un toro a punto de investir con furia desbocada. A pesar de que experimentaba algo de temor, no se detuvo. Muy contrario, la mano de Elvira, por instinto, se movió con más rapidez.

Aquello era una completa osadía. Una locura. Un atrevimiento que pagaría caro a menos que pusiera remedio mediante decenas de penitencias y cientos de rezos.

De pronto, Mik exhaló un largo suspiro tras un gemido ronco. Una inesperada sustancia pegajosa comenzó a resbalar entre los blancos dedos de la dama que, asombrada, se preguntó

para sus adentros si aquel líquido era el mismo que se deslizaba entre sus piernas una vez Leopoldo se derrumbaba sobre ella.

No se atrevió a elevar dicha cuestión, por supuesto. Mik apartó su mano y la besó con ternura inesperada en la frente. Ella, repentinamente exhausta, relajó la espalda y se recostó junto a él. Pensativa, sin lograr arrepentirse del todo, se quedó contemplando el techo con la mente en blanco y la mano muerta, fuera del colchón.

Iba a arder en el infierno, ya no le cabía duda.

La actitud de Elvira confundía a Mik. En ocasiones, se mostraba esquiva y taciturna. En otras, daba rienda suelta a su pasión en el dormitorio en ruinas de los señores de la casa. Solía tocar casi todas las noches la gruesa puerta de madera carcomida a altas horas de la madrugada, tras desvelarse. Sus nudillos temblorosos e inseguros impactaban dos veces, solo dos, siempre. En la otra mano, ni siquiera llevaba un candil que iluminara su camino: lo conocía de memoria.

En cuanto la puerta se abría, un hondo suspiro abandonaba los pulmones de Elvira. Mik respiraba su aliento y la acogía entre sus brazos. Juntos, se tumbaban sobre el camastro y la ropa no solía durar mucho puesta. Ella procuraba no caer presa de esas emociones que en ocasiones la embargaban. Su empeño era seguir mostrándose como una dama remilgada y pulcra, sin sentimientos, que solo acude a obtener lo que ha ido a buscar: placer carnal.

No obstante, la pasión que Mik sentía por ella conseguía prenderla como la pólvora. Y entonces, Elvira era capaz de iniciar esa clase de actos que ni siquiera había imaginado eran posibles entre hombre y mujer mientras estuvo casada con Leopoldo. Se desprendía de sus inhibiciones como si fuesen parte de su atuendo. Se entregaba sin límites, sin reflexionar sobre las consecuencias, disfrutando como nunca del ahora, abandonada a la noche.

Al culminar, irradiaba esa clase de luz propia que hace resplandecer a una mujer.

No hubo besos compartidos, ni esa clase de intimidad que se manifiesta entre los verdaderos amantes. Solo cabían los roces, las caricias, las palabras susurradas de Mik en un idioma desconocido para ella, pero que sonaban extraordinariamente sugerentes, como música para sus oídos.

Algunas risas escapaban de los labios femeninos entre jadeos y suspiros robados a la madrugada. Mik experimentaba una satisfacción sin igual al saberse responsable de esa felicidad pasajera, efímera, pero rematadamente auténtica. Era tan difícil de lograr como de dominar el arte de la alquimia. No obstante, el extranjero se las ingeniaba para hacer su magia y conjurar para que Elvira regresara a la habitación noche tras noche. En ocasiones, se entretenían tan solo durante unos minutos. Otras veces, marchaba de vuelta a sus aposentos horas después, cuando estaba a punto de rayar el alba en el horizonte. Y lo hacía sonriente, satisfecha, con cierto cargo de conciencia.

Gabriela no volvió por allí. Quizá nunca había recibido una educación, mas no era necia.

En cuanto Mik eludió su compañía un par de veces más, supo que lo había perdido a favor de esa misteriosa rubia cuya presencia en aquel caserón abandonado jamás comprendió del todo.

Elvira renunció a sus planes en construcción para emprender una nueva vida. Los dejó aparcados indefinidamente. Escarbó en el fondo de su corazón y comprendió que no tenía más misión ni destino que el de permanecer junto a Mik. Al menos, por el momento. Su objetivo, sin embargo, siempre se mantuvo en firme: cuanto más afianzaba sus conocimientos en el arte de la alquimia, menos perdida se hallaba. La elaboración de pócimas, ungüentos y bebidas que erradicaran males o aplicaran remedios sería la llave que le conduciría a una nueva vida lejos de la ciudad.

Sin embargo, carecía de dos armas: valor y dinero.

Lo primero, jamás se lo habían inculcado. Lo segundo, sí. Había dispuesto de ello a raudales, mas ni siquiera era consciente del sacrificio que requería ganarlo. Y de lo fácil que resulta perderlo.

Con el paso de las semanas se fue convirtiendo en un pequeño prodigio de la alquimia. Elvira guardaba en su memoria decenas de recetas. No solo recordaba las dosis y los ingredientes, sino también el orden de los pasos, el precio que Mik cobraba por su creación y qué obtenía el cliente a cambio.

Él estaba francamente impresionado con las dotes de su ayudante. Jamás sospechó, mucho menos al inicio, que estaba ante una de las mejores aprendices que había permanecido bajo su tutela. Nunca se equivocaba en las dosis, no titubeaba en sus cálculos, e incluso a veces lo corregía. Si se descuidaba, pronto superaría al maestro.

Y aquello, lo enorgullecía. Lejos de enfurecerlo o de poner en aprietos su auto confianza, estaba realmente encantado con el hecho de que Elvira lo acompañara en aquel apasionado viaje. Tanto en el día como durante las acaloradas noches, en esos pequeños intervalos que procuraba alargar con vagos pretextos y nuevas insinuaciones.

Paulatinamente, iba conociendo a Elvira de Diego. En cuerpo y alma. E irremediamente, cayó en un pozo ciego que lo hacía flotar sin alas. No tenía salida, ni remedio. Caminaba en círculos por un bello jardín repleto de rosas cargadas de espinas.

Ninguna pócima lo libraría del hechizo al que estaba siendo sometido: el del amor.

*

— Elvira, ven. Quiero mostrarte algo.

Ella dejó lo que estaba haciendo y se secó las manos en un trapo viejo. Se deshizo del delantal y lo siguió fuera de la cocina, escaleras arriba hasta el despacho.

Había llegado el momento. Si bien en cuanto la idea cruzó su mente no las tenía todas consigo, al cabo de los días Mik se convenció de que era la mejor decisión que podía tomar. Confiaba del todo en la antigua dama y no solo eso: el vínculo afectivo que le mantenía unido a ella por una cadena invisible le obligaba a compartir la información que estaba a punto de revelar.

Elvira bajó la mirada al recordar las ocasiones en las que había entrado en esa estancia sin el conocimiento de Mik. Un pinchazo en su conciencia le removió las ideas. No obstante, terca como una mula, se mantuvo firme en su decisión de no arrepentirse. Si había fisgoneado entre las cosas del extranjero fue porque necesitaba respuestas a ese torbellino de preguntas que se movía libremente por su cabeza, creando caos y destrucción a su paso igual que lo haría un huracán.

Ajeno a los pensamientos de Elvira, Mik sacó una gran llave de la nada. Su aspecto era antiguo y parecía hecha de un metal pesado. Abrió uno de los cajones del escritorio creando un chirriante ruido del todo desagradable. Entre sus morenas manos, Mik sostuvo una caja con delicadeza. Sus largos dedos acariciaron la madera con algo parecido a la nostalgia. Elvira lo dejó disfrutar de ese momento íntimo hasta que la impaciencia carcomió sus buenas intenciones.

— ¿Qué hay dentro?

Mik dejó el objeto en la mesa y la miró a los ojos.

— Si alguna vez me ocurriera algo... — La voz se le quebró. Elvira retorció la tela de su falda entre las manos —. Quiero que tomes lo que hay aquí dentro y te marches lo más lejos que puedas.

Se le formó un pesado nudo en la garganta pensando en la posibilidad de que se viera en tal escenario. Mik nunca hablaba en vano, por lo que Elvira estuvo segura de que algo le estaría preocupando. Algo siniestro y que amenazaba su vida. Seguro había vuelto a enredarse alguna clase de asunto del todo turbio, rodeado de compañías peligrosas. Trató de disimular su pesar y se olvidó de reprocharle nada. Al fin y al cabo, el extranjero no le debía explicaciones. Estaba acostumbrado a existir y a operar al otro lado de la ley. A Elvira no le convenía saber sobre sus turbios asuntos, ni mezclarse con ellos. Por su propio bien, no fomentaría aún más su permanencia en ese círculo tan íntimo en el que se estaba, sin apenas percatarse, acomodando junto a él.

Frunció los labios antes de repetir la misma pregunta:

— ¿Qué hay dentro?

Mik pareció dudar, pero al fin se convenció de que lo mejor era no andarse con rodeos. Abrió la caja y mostró su contenido:

— Todo lo que he conseguido ahorrar durante estos duros años.

— Pero...

— Estoy en deuda con hombres peligrosos — le informó sin tapujos —. Tipos de dudosa reputación, aunque de posición privilegiada. Ni siquiera alcanzas a imaginar la escasez de escrúpulos que demuestran tener en las distancias cortas, Elvira. Para saldar mis cuentas, debo cometer actos horribles, criminales, como el que casi te cuesta la vida. Aun así, he logrado salvar esto. Por eso, si algo me sucediera... quiero que lo emplees en comenzar una nueva vida. Lejos de aquí.

Elvira asintió con solemnidad y posó sus ojos sobre el cuantioso fajo de billetes que Mik apretaba entre sus pulgares. Al fondo de la caja, decenas de monedas de oro lanzaban destellos que se clavaban en sus iris. Era incapaz de hablar, de mirar hacia otra parte. Su mente discurría a toda velocidad. Hacía planes adelantándose a mil hipotéticos futuros y trazaba alternativas para caminos que no se habían materializado ante sus ojos aún.

— Eso no es todo — la voz de Mik se volvió más grave, más solemne. Su acento se intensificó —. Hay algo más. Ven.

Se movieron por la estancia. Al llegar a una de las estanterías, oculto tras un doble fondo, Mik halló lo que estaba buscando.

— ¿Un libro?

La voz de Elvira era tan fina como un susurro. Para entonces, estaba tan intrigada que el misterio secuestraba sus sentidos, sus emociones y su voluntad.

— No se trata de un libro cualquiera —. Mik sonrió y lo hizo con cierta tristeza.

— ¿Qué tiene de especial?

No se sobresaltó por la repentina proximidad de Elvira, pero sí que lo sorprendió. La miró fijamente a los ojos antes de contestar.

— Aquí guardo todas mis recetas — le explicó finalmente —. Desde las que te ayudarán a elaborar la cura de un simple resfriado hasta las más complejas y difíciles de crear. Están todas las que conozco, todas las que me enseñaron y aprendí mientras surcaba los mares con mi tripulación. La sabiduría de África, la alquimia del viejo continente, la antigua medicina

tradicional China, la santería de las islas, los remedios de los sabios chamanes mayas e incas. Algunas, ni siquiera las he intentado una sola vez.

Elvira quiso palpar las gruesas tapas del libro que Mik le mostraba, mas no se atrevió. También quiso agradecer su gesto, pero las palabras no salieron de sus labios. Volvió a aprisionar la tela de su vestido entre sus puños y abandonó la habitación tan rápido como sus piernas le permitieron.

Su repentina huida fue ocasionada por una acusada revelación que le provocó un escalofrío funesto. Mientras caminaba escaleras abajo a toda velocidad, secó con violencia una traicionera lágrima. Si algo le sucediera a Mik, estaría perdida en un mar de dudas tan absurdamente vasto como los océanos que solía atravesar su amante cuando era un pirata. Le molestaba reconocerlo, pero así sería. Al menos, durante los primeros días. Lo extrañaría, probablemente lo lloraría en silencio. No quería contemplar la posibilidad de seguir adelante sin él. La mera idea de pensarlo, le aterraba.

Regresó a la cocina a terminar sus quehaceres con la respiración agitada y las emociones a flor de piel. Pero no podía detenerse a reflexionar sobre el incierto futuro. Los encargos se acumulaban día tras día. Los rumores se esparcían por cada calle de Nueva Trada. Tanto en los bajos fondos como en los barrios altos. Tanto en el puerto como en los límites de la ciudad.

Todo aquel que tuviera cuestiones por resolver y algunas monedas, terminaba acudiendo a Mik a través de intermediarios. Pronto, diversos truhanes y ladrones se disfrazaron de imitadores debido al aumento de la demanda. Pero solo las pócimas y los remedios del antiguo pirata llevaban impresos el sello de autenticidad. Solo lo que elaboraban sus propias manos y las de Elvira eran auténticos y eficaces.

Esto le permitió subir los precios para aumentar las ganancias, pero sus acciones acarrearón inesperadas consecuencias: los clientes habituales se molestaron y, en algunos casos, las entregas no iban según lo acordado. Algunos pagos eran insuficientes, o se retrasaban. Otros compradores, trataban de hacerse con la mercancía por la fuerza, sin albergar intención alguna de abonar su coste.

Una madrugada, el antiguo pirata retornó a la casona vieja tambaleándose. Apenas le dio tiempo a abrir la puerta, expedir una suerte de grito agónico y caer desplomado sobre el suelo del recibidor.

Alertada por el ruido y aquejada por un mal presentimiento, Elvira tomó un candil, salió corriendo de sus aposentos y bajó las escaleras a toda velocidad.

Cuando lo vio allí tumbado, inmóvil, se temió lo peor. Le temblaba todo el cuerpo

mientras daba la vuelta al cuerpo de Mik. No reaccionaba ante el sonido de su voz. Parecía inmune a su tacto.

— ¡Mik! ¡Mik! ¡Oh, Dios mío! ¿Qué ha sucedido?

Alarmada, cerró la puerta y le abrió la camisa en busca de la fuente del líquido oscuro que empapaba su camisa. Por supuesto, era sangre. Brotaba con la regularidad de sus acelerados latidos. Alguien lo había herido valiéndose de un arma punzante.

Pero seguía vivo y, por tanto, se podía mantener la esperanza.

Elvira trató de que él mismo bloqueara el escape ejerciendo presión con las manos. Sin embargo, Mik estaba tan débil que estas pronto quedaron laxas a ambos lados de su cuerpo. Sin perder un segundo, la antigua dama corrió a la cocina y tomó algunos ungüentos tratando de mantener la calma. También se hizo con unas gasas y trapos limpios. Puso un poco de agua a hervir y regresó junto a él.

Empleó unas cuantos minutos en adecentar la herida, taponarla y vendarla para prevenir una infección. Por fortuna, el corte era más o menos limpio, por lo que la dificultad de la tarea no fue excesiva. No obstante, ella en todo momento fue consciente de que la situación le sobrepasaba. Jamás había realizado aquello antes. Las manos le temblaban. El pulso le latía veloz. Le costaba respirar y los ojos, sin que se diese cuenta, se le velaron de lágrimas espesas que le dificultaron la acción de mantener a Mik con vida.

Inconscientemente, comenzó a murmurar unas palabras que, más que deseo, eran plegaria.

— Vas a reponerte. Eres un hombre fuerte. No puedes morir. No puedes dejarme sola. Ahora no.

Trajo unas sábanas y unas almohadas con las que procuró adecentar el lugar en el que yacía. Le resultaba siquiera imposible pensar en moverlo de lugar. No tenía la suficiente fuerza, y pedir ayuda era una opción que descartó al instante. No deseaba que Gabriela, o cualquier otro, atestiguara el deplorable estado físico del extranjero. Haría preguntas que no serían respondidas y, quizá, le diera por hablar.

Así que continuó en solitario dedicada por entero a la tarea de mantener a Mik con vida. Transcurrió el resto de la noche velándolo en la penumbra del recibidor, atenta a cualquier señal que pudiera ponerle en alerta. Por fortuna Mik era más fuerte de lo que ambos sospechaban. Apenas tuvo fiebre y le remitió por la mañana. Unas gotas de sudor cubrían su frente. Elvira se encargaba de enjuagarlas con un paño húmedo nada más hacían aparición. También cambiaba los paños y aplicaba de nuevo los ungüentos precisos para que la herida se cerrara.

Los escalofríos y el malestar propio de un hombre en su condición fueron erradicados a base de una sopa hecha con ingredientes especiales. Mik la ingirió a pequeños sorbos y fluctuó por dos días y dos noches en un duermevela extraño. Sin percatarse, dejó de distinguir qué era delirio y qué era realidad. Los límites se desdibujaron y comenzó a hablar en un idioma extraño entre susurros inconexos.

Cuando rompió el alba del tercer día, tomó la mano a Elvira y ella, que apenas se había movido, mucho menos descansado, se sobresaltó. En seguida, sin embargo, recuperó la calma. Incluso sonrió. Estudió su rostro durante lo que pareció una pequeña eternidad y se inclinó para besarlo suavemente en los labios.

Mik pudo jurar que aquel gesto fue la mejor medicina. La única que necesitaba. Sus efectos fueron casi inmediatos. En un par de horas pudo, por fin, levantarse. Elvira lo ayudó a subir las escaleras y lo condujo hasta la habitación en la que normalmente se producían sus esgarces.

Lo tumbó sobre el camastro y se acostó junto a él. Se abrazaron. Durmieron durante varias horas así, notando cómo el calor que producía su cuerpo irradiaba el del otro. Y no hubo manera más pura de comunicar así lo que sentían. Demostraron cómo su vínculo había sido reforzado tras aquella dura prueba.

Y todo, sin pronunciar una sola palabra.

Elvira despertó al notar los dedos de Mik enredados en su pelo. Este, sonrió en cuanto ella abrió los ojos.

— Eres mi ángel de la guarda — susurró él contra su frente, para después depositar un casto beso en ella.

— No soy tal cosa —le contrarió Elvira, algo sobrepasada por los sentimientos que experimentaba en ese momento.

— Sí que lo eres. Te debo la vida.

— Estamos en paz, entonces.

Se alejó hasta situarse en el otro extremo del camastro. Nunca supo muy bien por qué había hecho eso, hasta que las lágrimas volvieron. Esta vez, eran producto de la rabia y de la crispación.

— ¿Se puede saber qué te sucedió?

Mik no contestó. Se revolvió en el viejo colchón y la mueca que quedó impresa en su

rostro reflejó que su herida no había sanado del todo.

— ¿Quién te atacó? ¿Y por qué lo hizo?

Elvira quiso respuestas. Estaba hambrienta de ellas, desesperada por saber qué le había deparado el destino al extranjero aquella noche aciaga. Ni siquiera se molestó en preguntarse a sí misma de dónde brotaba esa avidez por conocer. No era curiosidad. Era otra cuestión mucho más profunda, que se enmarañaba en las profundidades de su alma y que le daba auténtico pavor diseccionar.

— Muchos desean verme muerto, Elvira. Es todo lo que debes saber.

— Quizá debería encargarme yo de las... entregas. Al menos, temporalmente. No debemos arriesgarnos a que vuelva a ocurrir.

Él rio y, con ello, la paciencia de la antigua dama se volatilizó. Le dolió que Mik no tomara en serio sus sugerencias, pero aquello jamás lo admitiría en voz alta.

— ¡Hacía tiempo que no escuchaba necesidad semejante! Sería demasiado peligroso que una dama vagara por las calles, especialmente en horario de entrega. La ciudad entraña toda clase de peligros. Y, en lo que a mi suerte respecta, la cuestión no es si volverá a ocurrir, sino cuándo sucederá.

A Elvira le costó pronunciar la siguiente frase. Sentía pesada la lengua y desasosiego en la boca del estómago.

— Si yo no hubiese estado aquí... podrías haber muerto.

— Por eso agradezco mi suerte. Y soy plenamente consciente de que algún día podría agotárseme.

— Quizá si contrataras a un aprendiz... A un chiquillo que entregara los pedidos y recogiera los recados...

Mik negó con la cabeza.

— No cualquiera vale para esto. Hay que saber moverse tanto en los ambientes selectos como en las tabernas del puerto, por mencionar dos ejemplos. Las calles son traicioneras y los círculos en los que me muevo, mucho más. No confío en nadie para hacerlo salvo en mí mismo. Además — añadió seguidamente —, no pondré la vida de un inocente en peligro.

— Entonces, ¡adelante! Aquí estaré, cada noche, ¡aguardando por tu regreso con el corazón en un puño y todo dispuesto por si regresas tambaleándote y en un estado deplorable!

Elvira estaba a punto de abandonar el lecho cuando una mano se lo impidió.

— ¿Es que todavía no lo entiendes? Soy un proscrito. Estoy maldito, Elvira. Para la mitad de la ciudad, soy un fantasma y, para la otra, un mero peón que, si desaparece, jamás echará de menos. Pero aprendes a vivir con ello. ¡No me he sentido seguro en ningún lugar desde que me arrancaron de mi tierra! Mi pasado me persigue. Mis deudas, tanto en este mundo como en el siguiente, me asolan. Me asfixian. Son una sombra alargada que llevo encadenada a mi existencia. Algo de lo que jamás podré librarme, por toda la eternidad.

Elvira ocultó sus lágrimas, mas Mik pudo verlas deslizándose, pesadas y gruesas, por las pálidas mejillas de la joven.

— Por eso deberías creerme cuando te digo que tú eres mi ángel —sentenció, comedido—. Un punto de luz entre la oscuridad que me guía por las tinieblas. Eres lo mejor que tengo. Lo mejor que me ha pasado.

Un sollozo abandonó los pulmones de Elvira. Mik lo captó al vuelo y se lo tragó al beberlo de los labios femeninos. Ella se dejó hacer. Nunca nadie le había hablado así. No se había sentido valiosa para su familia, ni para su marido, en ningún instante de sus tres décadas de vida. Irónicamente, el malhechor encargado de segar su existencia se había ido convirtiendo poco a poco en todo su mundo. Y viceversa.

No tenían nada, pero se tenían el uno al otro. Aquello, de pronto, era más que suficiente. Por eso, Elvira correspondió ese beso y el siguiente. Luego, otro más. Con cuidado, acarició su rostro, sus hombros, sus brazos. Cerró los ojos y continuó besándolo abandonándose al instante, poniendo su alma en bandeja para que Mik tomara cuanto quisiera de ella.

Y él así lo hizo.

— Esto no es más que fruto de un delirio, ¿verdad? No puede ser cierto.

Elvira no quiso que siguiera hablando. Lo silenció poniendo sus labios sobre los de él. Carnosos, suaves y apetecibles.

— Es una quimera. Pronto despertaré y todo habrá sido un sueño — insistió.

— Quizá esto sea un sueño —convino Elvira—, pero entonces no deseo despertar nunca.

Se miraron a los ojos y se desnudaron lentamente. Les temblaban las manos. Ella fue cuidadosa y comedida. En cambio, él se dejó llevar por la lujuria y terminó arrancándole las últimas prendas, desnudo salvo por las vendas que cubrían su torso y rendido ante el ardor que consumía su alma en forma de pasión.

Sus cuerpos calientes se unieron con una naturalidad tal, que ni siquiera se cuestionaron lo que estaba sucediendo. Era la respuesta perfecta a la tensión vivida los últimos días. El colofón a esa conversación profunda que acababan de mantener.

Sus caricias fueron más allá de la piel, traspasándola, hasta que rozaron el alma del otro. Fue la primera vez que hicieron el amor, y ¡qué diferencia! Nunca experimentaron nada semejante. Los sentimientos se desbordaron. Los corazones bombearon al mismo ritmo vertiginoso y en las pupilas del otro, se perdieron sin remedio.

Quedaron anclados a aquel instante. Aún lo desconocían, pero lo largo de los años venideros ambos volverían a recrear ese primer encuentro, cada uno desde una perspectiva distinta. Cupieron tantos sentimientos en tan poco tiempo que tardaron en ser conscientes de que sus almas se habían abrazado mientras duró su unión carnal. Su experiencia fue más allá del la que un hombre y una mujer mantienen para intercambiar un placer fugaz. Se disfrutaron con una intensidad que les asustó, aunque lo disfrazaron con gemidos y jadeos que rebasaron la habitación.

Después de repetirlo una vez más, la antigua dama se quedó dormida en los brazos de Mik. El contraste entre sus pieles perladas por el sudor era ya notorio a plena luz del día. Él la besó en la frente, cerró los ojos y dejó salir unas palabras que, si continuaban presas en su interior, amenazaban con abrasarle el alma.

Por eso, las dijo.

— Te amo, Elvira.

Un poco de aquella sustancia oleosa resbaló por el tarro de cristal. Plenamente consciente de lo que hacía, Elvira recogió la espesa gota con su dedo índice y se la llevó a la boca mientras miraba a Mik a los ojos.

Él tragó saliva.

— Conoces... el efecto... — carraspeó —, el efecto que tiene...

— Así es — replicó ella, muy tranquila.

Tuvo que reprimir la risa para que él no notase lo desternillante que le resultaba la situación. Hasta ese punto había arribado: se sentía tan cómoda a su lado que era capaz de cometer locuras como aquella. Siguieron trabajando como si nada, aunque el ambiente había quedado cargado entre las paredes de la cocina.

Elvira aguardó hasta que los ingredientes comenzaron a manifestar su poder. Un placentero hormigueo en las yemas de los dedos. Un agradable calor en el bajo vientre.

— Creo que estoy lista — susurró.

A continuación se quitó el delantal y se deshizo del fino vestido que llevaba. Lo hizo delante de Mik sin exhibir ningún tipo de pudor o vergüenza. La atenta mirada del extranjero siguió cada uno de sus movimientos sin perder detalle. Permanecía serio, con la mandíbula tensa y las manos encerradas en sendos puños, aunque tan solo se estaba reprimiendo.

Se moría de ganas por tocarla.

Ella se acercó a él con una sonrisa enorme que le achicaba los ojos azules. Lo abrazó y le murmuró al oído:

— Tómame aquí mismo, sobre esta mesa.

Trazó una fina línea de besos húmedos por el cuello masculino. La barba le hizo cosquillas en la piel.

— ¿Estás segura?

Ella rio y el aliento que transportó su carcajada le erizó la piel.

— ¿Acaso dudas de la eficacia de tus remedios?

Mik se relamió el labio inferior y posó sus ojos sobre la apetecible boca de Elvira.

— Normalmente este lo toman varones, no está destinado a las... féminas.

— Quizá eso no sea cierto — le reprochó con suavidad —. Vas a poder comprobar que no soy inmune a sus efectos, a pesar de ser mujer.

Lo besó con pasión. Se apoderó de su boca sin un ápice de remordimiento. Dejó que sus labios envolvieran los suyos y pasó las manos por su cuerpo, incluyendo partes en las que jamás se había atrevido a detenerse con anterioridad más que por un fugaz instante.

Mik la depositó con cuidado sobre la mesa tal y como ella le había pedido. Elvira abrió las piernas y permitió que él se acomodara entre ellas. Lo miró a los ojos mientras la penetraba lentamente y exhaló un suspiro de anhelo y alivio en cuanto lo hizo.

Bendijo su incapacidad para procrear. Aquello que hasta hacía unos meses había sido una pesada cruz cargada sobre sus espaldas, ahora se transformaba en una bendición, dadas las circunstancias. Podía retozar con Mik a todas horas sin temer las funestas consecuencias que acarrearía el acto.

Disfrutar, sin límites. Solo por el hecho de sentir la explosión de gozo final que la catapultaba hasta las estrellas. Bastante sufrimiento y desdicha había experimentado en sus primeros treinta años de vida. Tras saberse abandonada, repudiada y dada por muerta ante la sociedad, lo mínimo que se merecía era aquello: darse al placer.

Nunca se cansaban el uno del otro. Existía una química entre ellos que se manifestaba a la mínima ocasión. Ante una mirada cómplice, o tras un roce fortuito. Elvira jamás se consideró capaz de provocar sus encuentros. Tampoco creyó posible ser presa las sensaciones que acarrearía llevar la voz cantante, mucho menos después de haber convivido íntimamente con otro hombre con el que ni siquiera se prendió el ápice de una chispa. Ese mundo de posibilidades que se abría cada vez que Mik ponía una mano sobre ella era una experiencia completamente nueva.

Y le encantaba.

— Más — demandó.

Mik introdujo los antebrazos bajo las corvas de Elvira y ella se dejó caer de espaldas sobre la mesa. La penetración fue más profunda, más placentera. Él aumentó el ritmo e inclinó la espalda para besarle los pechos mientras pronunciaba algunas palabras en su idioma. Elvira

nunca parecía interesarse por conocer qué significaban. Por dentro, en realidad, se moría por saberlo, aunque también sentía miedo.

Miedo porque intuía la inmensidad que encerraba cada una de las frases de Mik, pronunciadas con desespero en ese idioma desconocido que le resultaba insoportablemente sugestivo.

El orgasmo la golpeó con fuerza. Sin reprimirse, dejó que sus gemidos llenasen la estancia. Sonrió satisfecha en cuanto sintió que Mik la seguía por el mismo camino. Era un amante increíble. Paciente, generoso y entregado.

— Deberíamos volver al trabajo — le dijo tras besarla brevemente en los labios —. Queda mucho por hacer.

Le tendió la mano y ella se incorporó. Los efectos del ungüento no habían remitido aún. Por eso, aunque volvió a cubrirse el cuerpo con sus ropas, dejó deliberadamente sin abrochar los botones que trepaban por su pecho. De ese modo, a veces insinuaba y otras mostraba lo que sabía que a Mik le volvía loco.

Pocos minutos después volvieron a la carga, esta vez entregándose placer con la boca mutuamente. Era inevitable y al mismo tiempo, tan deleitoso, que no les importó retrasarse con los pedidos.

Podría decirse que en aquella época ambos conocieron la felicidad plena. Convivieron con ella, invitándola a unirse a sus vidas sin pretenderlo. Los lazos que los unían se hicieron más fuertes. La complicidad que adquirieron se manifestaba a todas horas, en los detalles más nimios. ¿Cómo dos personas tan distintas, de orígenes tan dispares, habían podido establecer ese nivel de confianza mutua? Elvira prefería no pensar en ello. Bloqueaba aquella parte de su cabeza que insistía en contaminar su dicha lanzando preguntas para las que no tenía respuesta.

Pensaba en su familia, concretamente en su marido, en su prima, en su padre, y en lo que pensarían de ella al verla cometiendo tantos pecados al mismo tiempo. Hacía meses que apenas salía a la calle y que no veía a otro ser humano. Estaba recluida en una casona abandonada sin comodidades, sin servicio. Su futuro era incierto y su presente estaba proscrito.

Y, sin embargo, jamás había sido tan feliz.

*

— ¿A quién perteneció esta casa?

Mik sonrió. Tomó un poco de vino y se lo llevó a los labios.

— ¿De verdad quieres conocer la historia?

— ¡Por supuesto! Llevo haciendo conjeturas acerca de su dueño desde que me trajiste aquí...

— Entonces dime, ¿cómo imaginas a su legítimo propietario?

Mik miraba divertido a Elvira mientras esta paseaba sus preciosos ojos azules por el techo de la habitación.

— Como un caballero de alta cuna que se arruinó por una tragedia, cabeza de familia numerosa que no tuvo más remedio que huir de la noche a la mañana a causa de alguna terrible desgracia...

Mik rio echando la cabeza hacia atrás. Su blanca dentadura contrastaba enormemente con su piel oscura. Era uno de los rasgos que más le gustaba a Elvira ya que, cuando sonreía, todo su rostro se iluminaba.

— He de reconocer que posees una fértil imaginación — murmuró al cabo del rato.

— ¿Acaso no he acertado?

— ¡Para nada! La casa es mía. Legítimamente.

Elvira arqueó las cejas.

— ¿Cómo es posible?

— Su anterior dueño la apostó en una partida de dados hace unos años. La edificación ya estaba en un estado parecido cuando me traspasó las escrituras. Nunca indagué en qué sucedió para que terminara de este modo. Quizá por su condición no mostró pesar cuando tuvo que deshacerse de ella.

— Pero se supone que los... no pueden tener... posesiones — la antigua dama dejó que la frase muriera inacabada en sus labios.

Mik la alentó para que continuara, aunque no lo hizo. Bebió y le tomó de la mano.

— No soy un esclavo, Elvira. Nunca lo he sido. Estuve a punto de serlo, pero jamás lo fui, gracias a la intervención de...

— ¿Dios?

— De mi hermano — dijo, sin querer entrar en más detalles —. Soy nacido lejos de estas tierras, eso es evidente. No soy blanco, pero disfruto de varios de sus privilegios como si lo fuera — hizo una pausa para beber más vino —. Alguien me enseñó a moverme entre las sombras de

vuestro mundo. Aunque mi piel sea oscura, el notario hizo la vista gorda ante el vacío legal en el que se encuentra una persona como yo. Me transfirió las escrituras sin hacer demasiadas preguntas a cambio de una más que generosa propina por sus servicios.

— Reconozco que es una buena historia — Elvira sonrió y apretó la mano de Mik —. Mejor que la que había imaginado, sin duda.

— Quizá no mejor, pero menos común, seguro — concedió él —. No lo llamaría hogar, pero nadie va a reclamar esta propiedad, ni va a tratar de arrebatármela. Es mía y así lo atestiguan los documentos.

— ¿Por qué no lo llamarías hogar?

— Porque mi hogar era otro.

Mik permaneció callado. No quería desvelar información de más a Elvira. Cuanto menos supiera de su pasado, más protegida estaría de sus enemigos. Jamás le hablaría del *Servus*. No si podía evitarlo. Los días de saqueo y piratería habían quedado irremediamente atrás. En ocasiones, echaba de menos estar lejos de tierra firme, aunque sobre todo, extrañaba a Samuel. Sus largas charlas, sus consejos, su camaradería.

Sin duda, la presencia de Elvira entre aquellos muros hacía mucho más llevadero su presente. Su situación había dado un giro brusco de timón. Al tener a la antigua dama a su lado por voluntad propia, derritiéndose bajo sus caricias, sentía que su vida había vuelto a encauzarse, a tener sentido.

Los días fueron dando paso a los meses. La rutina quedó establecida entre ellos de manera que se levantaban al alba, preparaban los encargos del día y al caer el sol Mik los repartía sin detenerse a tomar un trago en las tabernas o a dejarse ver más allá de lo imprescindible. Escurridizo como una anguila, consiguió seguir lidiando con todo tipo de esbirros y hombres sin escrúpulos.

Su abultada deuda menguaba paulatinamente. Encargarse del trabajo sucio de los ricos y poderosos era algo que continuaba atormentándolo, más aquello se tornó soportable sabiendo que *su* Elvira lo esperaba impaciente en la casa noche tras noche para hacer el amor hasta que ambos, complacidos y sudorosos, caían rendidos al sueño en los brazos del otro.

*

— Lo lamento, pero es del todo imposible — decretó tajante.

La antigua dama hizo un mohín con los labios.

— ¡Pero quiero intentarlo! Al fin y al cabo, es un cliente poderoso.

Mik cruzó los brazos sobre el pecho y frunció el ceño.

— No. Entraña demasiado riesgo que no asumiremos. De ninguna de las maneras.

— Si seguimos la receta a pies juntillas, saldrá bien. Y después de esto, la ciudad por entero demandará tus servicios. ¡Nadarás en la abundancia!

Elvira dio un pequeño puñetazo sobre la mesa, algo impropio de su antiguo yo, pero no de la nueva versión que se moldeaba cada día. ¿Cómo podía ser Mik tan obstinado?

— Si cometemos un error, por insignificante que sea, la persona que ingiera la pócima morirá — explicó Mik —. Al destilar la raíz del ingrediente principal, la atormina, la toxicidad queda eliminada, pero si no se completa de la manera correcta... así quede únicamente un rastro nimio de veneno...

— Es la receta más compleja del libro — murmuró Elvira para sí, tocando las tapas del grueso tomo que había abandonado su lugar habitual en la biblioteca.

— La más peligrosa.

— Quiero intentarlo.

Mik se pasó la mano por la cara en un gesto de pura frustración.

— No dejaré que lo hagas. Sería una irresponsabilidad.

Elvira bufó.

— ¡Pero así jamás lograré ser una experta alquimista!

Dejó sus pupilas fijas en las de ella. Entrecerró los ojos y le dijo muy seriamente:

— Y dime, ¿por qué desearías serlo?

Elvira alzó el mentón y se enfrentó a él en un duelo que había iniciado su orgullo. Estuvo a punto de contestarle que sus motivos no solo eran ambiciosos, sino que también obedecían a un claro propósito. Quería tener una meta, una manera de ganarse la vida. Al lado de Mik o lejos de él, tanto daba.

Aquello último no era cierto. No imaginaba su existencia lejos de él. Retiró la mirada, aparcó su orgullo a un lado y trató de ser honesta consigo misma. Algunos días, los menos, estaba convencida de que tarde o temprano abandonaría a ese extranjero de piel oscura para emprender un nuevo camino por su cuenta. En cambio, en la mayoría de las ocasiones se arrepentía tanto de tener ese tipo de pensamientos que lo abrazaba bien fuerte en mitad de la

noche, incapaz de sentir por él nada que no fuera gratitud, lealtad y... afecto.

— Hay páginas de este libro en las que ni siquiera yo he puesto los ojos — anunció Mik, arrancándola de su mundo interior —. Aquellas recetas que provocan la muerte, o con las que se pretende fingir una muerte, están vetadas. También el llamado suero de la verdad.

— ¿Suero de la verdad? — repitió Elvira, repentinamente interesada.

Mik se arrepintió de haber abierto la veda.

— Existen varias maneras de prepararlo. Unas pocas gotas bastan para obligar a decir la verdad a quien lo ingiere, por mucho que el susodicho pretenda negarse. Luchar es inútil y sus efectos pueden durar horas.

— Será una pócima extremadamente demandada.

— Así es. Pero no es fácil crearla, más bien al contrario. Ni siquiera la mitad de los expertos alquimistas que he conocido en mis continuos viajes se atrevían a soñarla.

— ¿No basta con intentarlo hasta lograr la fórmula?

Mik sonrió.

— Sí, en principio esa sería la manera de alcanzar la maestría: con la práctica. Pero no es tan sencillo. Los ingredientes son variados, costosos, difíciles de encontrar. Hay muchos factores que se deben tener en cuenta: calidad, cantidad, temperatura, volumen de agua, guardar las proporciones y respetar los tiempos. Si alguna de estas variables se descontrola, el resultado puede ocasionar serias molestias al que lo ingiere. En algunos casos que llegaron hasta mi conocimiento, incluso la muerte.

Elvira sintió cómo un escalofrío le recorría la espalda.

— Por eso dicen que el filo de la verdad corta como un cuchillo — sentenció Mik —. A veces, no merece la pena el riesgo que entraña conocer esa información oculta. Además, hay métodos menos... ortodoxos.

— ¿Cómo cuáles? — preguntó ella, inocente.

— Chantaje. Soborno. Tortura — la mirada de Mik se volvió más oscura —. No pretendo asustarte, pero son cuestiones que están a la orden del día. Mejor quedémonos con nuestro catálogo. Breve, pero rentable y seguro. Jamás me perdonaría el hecho de volver a ponerte en peligro.

Elvira dejó que sus ojos vagaran por la cubierta del libro. Suspiró resignada y asintió con

la cabeza, aunque no lo hizo con el corazón.

Elvira dejó la taza encima de la mesa bruscamente. Resopló y trató de serenarse. Acababa de quemarse la lengua. La infusión estaba demasiado caliente aún. Permitió que reposara mientras observaba cómo el vapor salía despedido de la superficie del oscuro líquido.

Llevaba varias semanas encontrándose mal. Cansada, somnolienta, incapaz de concentrarse sin emplear un considerable esfuerzo. Las náuseas eran el peor síntoma de todos, ya que le impedían concentrarse en su trabajo. Lo último que deseaba era que la calidad de las pócimas que preparaba se viese en alguna manera afectada. Por eso, trataba de ponerle remedio ingiriendo unas hierbas que le hacían sentir mejor hasta el día siguiente, momento en que el ciclo se repetía de nuevo.

Volvió a tomar la taza entre las manos. El calor que desprendía no le reconfortó. Quizá estaba trabajando demasiado. Por eso su cuerpo manifestaba tales males. O tal vez había ingerido algo que le había sentado mal. Se llevó la palma de la mano a la frente y dejó escapar el aire que apesaba en los pulmones poco a poco. Se convenció de que su estado era temporal y no entrañaba gravedad. Además, tenía la cabeza en otra parte, asentada sobre preocupaciones importantes y mundanas.

Por ejemplo: se les habían agotado las existencias de raíz de orobico.

Administró bien las últimas dosis, pero eventualmente el problema se materializó. Al principio, la antigua dama buscó alternativas en ingredientes que podían pasar por sucedáneo. El proveedor de confianza de Mik había salido de la ciudad y llevaba días sin dar señales de vida. Debía haber regresado con nuevas adquisiciones, pero por el momento y para desgracia de sus clientes, se encontraba en paradero desconocido.

Las alternativas también se terminaron extinguiendo. Para colmo de males, Mik llevaba unos días en los que apenas aparecía por la casa. Salía con los pedidos preparados por Elvira el día anterior y regresaba a altas horas de la madrugada con las manos vacías y los bolsillos llenos. Se echaba en el camastro y cerraba los ojos antes de que Elvira pudiera lanzarle cualquier reproche. Ella no sabía en qué asuntos andaba inmiscuido, pero le aterraba conocer la verdad. En ocasiones, cuando no podía conciliar el sueño, se encontraba a sí misma rezando. Pedía a Dios

por él, para que estuviera sano y salvo allá donde se hallase.

Regresó a sus cuitas del presente. Debido a la escasez del preciado ingrediente anteriormente descrito, no podría llevar a cabo los encargos que Mik le había indicado el día anterior.

Perder clientes era un lujo inasumible, y menos por algo que tenía fácil remedio. Solo debía salir al mercado y hacerse con algunas materias primas. Laurel, algo de hierbabuena y flores de dedalera.

La idea le aterró en un inicio. Hacía meses y meses que no pisaba la calle, tan solo el patio interior de la propiedad, cercado por altos muros que le resguardaban de las calles y que prevenían cualquier contacto con la realidad.

No echaba de menos su antigua vida. Al menos, desde que asumió que su matrimonio había sido una farsa. Nadie se acordaría de ella y de su papel en la alta sociedad nuevatricense y ya no le importaba el escaso poso que había dejado en las vidas de los que una vez significaron algo.

Era feliz, más que en ningún otro momento de su vida. Sin embargo, tampoco le seducía la idea de quedarse encerrada para siempre. No había hecho nada malo. No era la prisionera de nadie. Era una mujer libre, más libre que nunca.

Echó un vistazo a sus ropas y suspiró. El vestido estaba arrugado, zurcido por varios puntos y le quedaba algo más estrecho que antes. Confeccionado con una tela de baja calidad, parecía una criada, una sirvienta. Negó con la cabeza y estuvo a punto de desechar la idea de abandonar la mansión, mas se lo pensó de nuevo. Vestida con esos ropajes, menguaban las posibilidades de que alguien la reconociera.

Decidida, tomó algunas monedas y se dirigió hacia la puerta. Tuvo que tomar aire al asir el picaporte. Salió al exterior y la luz del sol la cegó momentáneamente. Recorrió algunos metros y se giró en derredor. No reconocía la zona pese a haberse criado en aquella ciudad. Solo cuando llegó a una de las plazas más concurridas de Nueva Trada, pudo ubicarse y poner rumbo al mercado.

Un leve mareo le instó a detenerse. Los ruidos alrededor le provocaron dolor de cabeza y cierta ansiedad. Sin embargo, desechó la información que le llegaba de sus alterados sentidos y se centró en ubicarse. Conocía vagamente la zona. Aquel lugar era más propio de personas ajenas a su clase social, por lo que le costó dar con el tendero que tuviera entre su género lo que andaba buscando.

Satisfecha con la compra y por haber regateado el precio, algo que jamás se le habría ocurrido practicar hasta entonces, salió del área de bullicio con la cabeza alta y la satisfacción propia de quien cumple un objetivo marcado.

Solo debía regresar a casa y seguir preparando los pedidos.

— ¡Elvira! ¡Dios mío, no puedo creerlo! ¿Eres tú?

No fue capaz de esquivar los ojos de quien le miraba de frente e inquiría una respuesta por su parte. La señora De Diego sintió un latigazo en el corazón al escuchar su nombre en la boca de aquella vieja. La reconoció al instante: era una antigua amiga de su progenitora, que en paz descansara.

— Lo lamento — susurró, dirigiendo la vista al suelo —, me temo que se ha confundido.

Siguió su camino para enmascarar la turbación que el fortuito encuentro le había producido.

— ¡Eres tú! — la vieja no se dio por vencida —. Reconocería esa cabellera rubia en cualquier parte. ¡Cada día te pareces más a tu madre! Dichosos los ojos, niña. ¿Acaso no habías muerto? ¡Qué disparate toparme contigo!

La señora fue aumentando el volumen de su voz a medida que Elvira se alejaba calle abajo. Varias personas voltearon sus cabezas para poner su atención en la antigua esposa de Leopoldo. Escuchó murmullos y comentarios alrededor. Dedos que la señalaban. Codazos de criadas a sus amas, que se saltaban las convenciones sociales a cambio de compartir la visión de un fantasma.

Elvira huyó. Comenzó a tener dificultades para respirar, aunque eso no le impidió recorrer el resto del camino a casa a paso ligero. Se enjuagó el sudor de la frente y cerró la puerta mientras trataba de controlar sus nervios.

— ¿Dónde estabas?

Otro sobresalto. El alma pareció escaparse de su cuerpo momentáneamente. Dio un respingo y apoyó la espalda en la hoja de madera.

— Tuve que salir.

Mik se acercó a ella. Dejó de estar amparado entre las sombras y se materializó en un hombre de carne y hueso que miraba a Elvira con gesto serio.

— Te dije que no lo hicieras. Es peligroso.

Ella asintió. Las palmas de las manos le sudaban. Las rodillas le temblaban. Su tez perdió color.

— ¿Estás bien?

— Me han reconocido — admitió tras cerrar los ojos con fuerza.

Mik se sumió en un denso silencio. Cuando retomó la conversación, su tono de voz no era duro, pero sí contundente.

— ¿Quién?

Tragó saliva antes de responder.

— Una antigua amiga de mi difunta madre — explicó —. Varias personas se volvieron a mirarme. Ha sido un espectáculo... bochornoso.

— ¿Qué te dijo?

— Me preguntó si no estaba... muerta.

Mik asintió, mas no dijo nada. Se dirigió hacia otra habitación y expulsó con rabia una serie de interjecciones en una lengua extranjera. Elvira fue incapaz de moverse. Respiraba por inercia. Los ojos se le empañaron de lágrimas. La garganta se le cerró.

— Recoge tus cosas — le informó Mik al cabo de unos minutos.

— ¿Cómo?

— Debemos irnos.

— ¡No!

La voz le salió tajante y sólida, al contrario de lo que sus emociones le hacían sentir. Le faltaba el aire y un denso mareo se apoderó de ella. Lo combatió como pudo. Salió disparada hacia la cocina y bebió un vaso de agua de una sentada.

— Solo es cuestión de tiempo que los rumores se esparzan por la ciudad. Tu marido, eventualmente, vendrá a pedirme explicaciones.

Mik la siguió hasta la cocina y anunció aquello sin levantar la voz. Estaba sorprendentemente sereno, como si supiera que aquello iba a suceder tarde o temprano.

— Yo no tengo marido — escupió Elvira con desdén.

— Si se demuestra su bigamia, podría estar en serios problemas. No solo él. Yo, e indiscutiblemente tú por extensión.

— No dará crédito a los rumores. Estará muy ocupado disfrutando de su nueva vida, con su nueva esposa.

— No conozco demasiado a tu marido, pero si algo tengo claro es que jamás estará tranquilo en lo que a ti respecta.

— No volveré a salir más, si eso es lo que te preocupa — dijo ella al borde de las lágrimas —. Ha sido una imprudencia que no volveré a cometer.

— Esa no es una solución viable. He reflexionado mucho sobre ello, no creas —. Carraspeó, pausando su discurso —. Lo cierto es que no puedes permanecer encerrada para siempre. No es una solución viable, ni resulta mucho menos justo para ti.

Las manos de Mik tomaron las de Elvira. Ella permaneció inmóvil, como una muñeca de trapo, sin voluntad.

— Odio que Leopoldo siga condicionando mi vida — reconoció con inquina —. Lo odio. ¡Lo odio!

Un sollozo salió sin permiso de sus labios. Se desmoronó por entero, rayando el desmayo, pero él la tomó entre sus fuertes brazos y no permitió que se desplomara.

— Es un ser despreciable, mas debemos olvidarnos de él. Nuestra situación es la que es — le susurró al oído con la voz preñada de cariño —. Estamos en peligro, Elvira. Una sola orden y mandará que nos maten a los dos.

No intercambiaron palabra durante largo rato. Cuando ella se hubo desahogado, apartó su rostro del hombro de Mik. Lo miró a los ojos y le hizo una sola pregunta:

— ¿Y acabar con quien te quiso arrebatarte la vida? Sería tan fácil pedírtelo que me aterra la posibilidad de ser como él...

Mik tragó saliva antes de contestar.

— Sería demasiado arriesgado acabar con don Leopoldo de Diego.

— Creí que no temías a nada, ni a nadie — Elvira negó con la cabeza. Su tez permanecía pálida —. Eres un superviviente, el hombre más valeroso que conozco...

— No lo soy — le interrumpió él —. Sería demasiado evidente, excesivamente predecible que acaba con la vida de Leopoldo. Las sospechas recaerían sobre mí ipso facto. Él nunca obtiene todo lo que desea de mí y yo siempre lo esquivo a la menor oportunidad desde que puso tu muerte en mis manos. Mi animadversión por él es de sobra conocida en la ciudad.

— Pero...

— Además, tengo deudas pendientes que saldar. Podríamos desaparecer tras eliminarlo, en efecto, pero será cuestión de tiempo que den conmigo. No soy un hombre común. Mi aspecto, mi acento... me identificarían al instante en cualquier lugar. Estoy maldito, Elvira. Es el precio que he pagado por... llevar encima una carga sobre mis hombros para la que no estaba preparado.

Ella automáticamente recordó la carta que había leído a escondidas mientras husmeaba entre las cosas del antiguo pirata en su despacho. Mik decía una verdad a medias. Sin embargo, no le reprochó su conducta.

Mik dio media vuelta y se llevó las manos a las sienes, tratando de pensar. De haber tenido a Sam cerca, la situación hubiese sido radicalmente distinta. Él siempre sabía caer de pie.

Cuánto lo echaba de menos.

— No puedes estar en deuda por siempre — murmuró Elvira —. No es justo.

Él se apartó, sumido en sus oscuros pensamientos.

— La vida de un hombre no tiene mucho valor en esta ciudad. Los ricos y poderosos poseen influencia suficiente para que la justicia brille por su ausencia en cuanto les conviene.

— Podríamos defendernos. Prepararnos para un posible ataque...

— No. Ya hemos vivido mucho tiempo entre las sombras. Yo lo hice por voluntad propia, pero tú... no mereces llevar este tipo de existencia.

— Pero...

— Eres joven. Y demasiado hermosa como para permanecer oculta ante los ojos del mundo.

Elvira no vio venir aquella sentencia tan halagadora y demoledora a la vez, dirigida directamente a su corazón. Por eso, no le pesó contestar con la voz temblorosa:

— No quiero que el mundo pose sus ojos sobre mí. El único hombre para el que deseo permanecer visible ya está mirándome.

Mik tomó el rostro de la antigua dama y la besó. No fue un beso galante o delicado, sino furioso y que pronto quedó fuera de control. Como las llamas de una hoguera que prenden una madera vieja y seca, provocando un incendio alrededor.

Acabaron tumbados en el suelo, con las ropas remangadas y las pieles encendidas. Las prisas los consumían y los sentimientos les desbordaban.

Aquella fue la última vez que hicieron el amor entre las paredes de la vieja casona.

*

Abandonaron el que había sido su hogar durante meses antes de que rompiera el alba. Cargaron con lo imprescindible y el resto, fue dejado atrás. Probablemente, jamás volverían a posar los ojos sobre aquellos muros entre los que habían sido felices y desdichados al mismo tiempo.

En un pequeño baúl y varios hatillos cupieron sus escasas pertenencias. Mik se hizo con un caballo fuerte y robusto con el que emprendieron un largo viaje por caminos desiertos y páramos alejados de la civilización.

— ¿Hacia dónde nos dirigimos? — preguntó Elvira tras unas horas de marcha.

Mik se tomó su tiempo antes de responder a la cuestión. Cuando lo hizo, un nudo tensaba su garganta.

— A visitar a un viejo amigo.

Mik llevaba un par de días comportándose de manera extraña. No solo se percibía en sus pocas maneras, en su esquiva mirada o en su lenguaje corporal. Apenas había abierto la boca más que para interesarse por el estado de salud de Elvira, algo precario. No hacía comentarios acerca de los increíbles paisajes que se desplegaban ante sus ojos, por mucho que a ella las palabras se le escaparan de los labios asombrados. La conversación brillaba por su ausencia. Tampoco hacía alusión al clima, cambiante e impredecible, ni a esos preciosos cielos cuajados de estrellas que les servían como manto con el que se arropaban para dormir.

El animal que les servía de medio de transporte requería descansos cada vez más frecuentes. Esto hacía enfurecer a Mik. Parecía tener prisa por arribar al destino, fuera cual fuese. Elvira estaba cada vez más intrigada por ver con sus ojos el lugar donde comenzaría su nueva vida junto al extranjero.

Contra todo pronóstico, no sentía miedo, ni dudas, ni le embargaba la incertidumbre. Confiaba ciegamente en el hombre al que se abrazaba con fuerza mientras surcaban los campos de trigo, los manglares, los desiertos de tierra seca y las plantaciones.

Tampoco echaba de menos la ciudad. Ya había asumido que apenas quedaban las ruinas de la remilgada dama que una vez fue. Había aprendido mucho sobre sí misma y sobre sus capacidades de adaptación. Enfrentarse a todas esas situaciones dolorosas le había convertido en alguien muy fuerte. Ahora, era una mujer mucho más segura de sí misma. Una versión más capaz, más liberada y más feliz.

Eso, por descontado.

— Pronto llegaremos a nuestro destino —anunció de pronto Mik sin ápice de emoción en la voz.

— ¿Dónde nos hallamos?

Echó un vistazo alrededor. Él manipuló las riendas para detener al animal. Se apeó del caballo bajo una sombra alargada que anunciaba el fin de la tarde. Los ojos claros de Elvira se toparon con los oscuros de Mik. En seguida apartó la mirada.

— En algún lugar cerca de Níngula —le informó—. Vamos. Me gustaría que pudiésemos llegar antes del anochecer.

A continuación, Elvira pretendió bajarse de los lomos del equino, mas Mik se lo impidió. Con movimientos rápidos y ágiles, volvió a subir. Propinó un par de palmadas cariñosas en las crines del caballo, casi como si estuviera pidiendo permiso al animal para continuar. Un par de relinchos indicó que estaba dispuesto, aunque a regañadientes. Reanudaron la marcha y Mik giró el cuello en dirección a Elvira:

— Disculpa, sé que estás agotada y que querías estirar las piernas, pero no nos queda mucho trayecto. Podrás descansar todo lo que necesites en cuanto arribemos.

— Háblame de ese lugar —le pidió, acercando su boca al oído—. ¿Cómo es?

— Pronto podrás verlo con tus propios ojos.

Elvira torció el gesto ante aquella respuesta, pero lo dejó correr. Giró el rostro y lo apoyó en el omóplato de Mik. Cerró los ojos y lo rodeó con fuerza ayudada de sus brazos. El monótono repiqueteo de los cascos del caballo contra el suelo hizo que se adormilara en cuestión de segundos.

¿Por qué últimamente estaba tan cansada? Probablemente debido a la tensión acumulada durante los últimos días. Los encargos fallidos, el funesto suceso en el mercado que desencadenó su huida, el largo viaje.

Acababa de anochecer cuando Mik tiró de las riendas con brusquedad. El caballo relincho y se detuvo. Elvira se frotó los ojos y echó un vistazo alrededor.

— ¿Hemos llegado?

— Así es.

Frente a ellos, se erigía una extraña edificación. No era una casa, ni tan siquiera una mansión. Parecía, más que nada, un palacio fortificado. La construcción se hallaba en lo alto de un acantilado. Las vistas al mar debían ser increíbles. Todo alrededor lo era: el valle que habían dejado atrás se mostraba en todo su bello esplendor, verde y fértil. Las llanuras de hierba alta que servían de pasto a los bovinos quedaban interrumpidas por un manto verde de árboles cargados de fruta, pájaros ruidosos y monos que aullaban en la lejanía.

Mik desmontó y ayudó a Elvira a hacer lo propio. Un leve mareo le invadió. Recordó que no habían ingerido nada desde hacía horas. Sus tripas rugieron. Este sonido hizo reaccionar a ambos: Elvira se llevó las manos al estómago y él le dedicó esa sonrisa que estuvo desaparecida

desde hacía días. Le dio un tierno beso en los labios y le rozó la mejilla con el pulgar.

— Justo a tiempo para la cena.

Parecía otro. Gran parte de su taciturnidad parecía haberse disuelto de repente. Elvira se alegró y vio cómo se alejaba de ella con andares firmes y seguros. Contempló su figura a placer. ¡Era tan alto! Algo más delgado que semanas anteriores, pero seguía siendo un hombre imponente y bien parecido, aunque de rasgos singulares y exóticos.

Mik aporreó y pateó la enorme puerta de madera. Gritó en un idioma extraño durante tanto tiempo que se desgarró las cuerdas vocales. Elvira pensó que nada de aquello surtiría efecto. La moribunda luz del crepúsculo hacía imposible entregarse a los detalles, pero hubiese jurado que entre aquellas majestuosas paredes que se elevaban al menos tres pisos no parecía habitar nadie.

Ninguna vela prendida, ninguna ventana abierta. Nada.

Se preguntó a quién buscaba Mik. Supo que debía ser alguien de su pasado, alguien con quien compartía su lengua materna. Pero, ¿quién?

Comenzó a inquietarse. La respiración se le agitó. Estuvo a punto de rogarle que se marcharan por donde habían venido. Eran perfectamente capaces de buscarse la vida en otra parte. No necesitaban a nadie.

Pero antes de que ninguna palabra atravesara sus labios, una voz femenina emergió en la oscuridad.

— Mik, ¡Mik! No puedo creerlo, ¿eres tú?

El aludido aulló con voz ronca. Una gran carcajada atravesó su pecho, impidiéndole dar una respuesta en condiciones. Unos engranajes comenzaron a moverse para, lentamente, activar el mecanismo que abría la pesada puerta.

Una mujer emergió de entre las sombras. Engalanada con un vestido color crema que se ceñía a su estrecho talle, salió al encuentro de Mik. Lo recibió con los brazos abiertos y una sonrisa de oreja a oreja.

Elvira estudió a la mujer con cierta inquina. No le agradaba la cercanía con la que sus cuerpos se estrechaban, ni la calidez que, de seguro, podría ver reflejada en sus pupilas si pudiese observarla más de cerca y a plena luz del día.

Era hermosa. Su cabello, castaño con reflejos rojizos, quedaba recogido en lo alto de su cabeza en un elegante moño. Sus sonrisa iluminaba la noche y su cuerpo era esbelto y bien

proporcionado. ¡Por no hablar de sus elegantes ropas! Elvira fue presa de unos celos que no supo diagnosticar a tiempo. Se preguntó cuál sería la identidad de aquella mujer, y en qué momento su camino y el de Mik se unieron.

La mente le jugó una mala pasada, e imaginó que sería una antigua amante a la que el antiguo pirata también perdonó la vida en su vasta misericordia.

Mientras él se enarzaba en una charla alegre junto a la anfitriona de la casa, Elvira volvió a fijar su atención en los ropajes que portaba la mujer. Sintió envidia. Menguó dentro de su vestido de criada, tan viejo y remendado como mugriento tras el viaje. Apenas había podido asearse. Solo tenía otro de repuesto en el viejo baúl, pero su condición era aún peor que el que llevaba puesto.

El caballo relinchó y ella lo interpretó como una suerte de burla dirigida hacia su persona. Recordó a Gabriela y los celos regresaron. ¿Cómo hacía Mik para embrujar a todo tipo de mujeres, independientemente de su clase, color de piel y condición?

Bajó la cabeza y se mordió la lengua para contener unas estúpidas lágrimas que pugnaban por mojar sus mejillas.

— Mik, ¿quién es ella?

La voz de la mujer era vivaz y estaba afectada por la alegría. Era palpable pese a la distancia que separaba a Elvira del reencuentro. Sus ojos estaban clavados en ella. El duelo de miradas no duró mucho.

— Es... una larga historia —dijo Mik.

— ¡Tenemos toda la noche para que nos relates todas tus aventuras!

Dándose por aludida, Elvira caminó a paso firme hacia ellos con la cabeza bien alta.

— Buenas noches, señora. Soy Elvira de Diego, de Nueva Trada.

Mik torció el gesto al escucharla presentarse con su nombre de casada en un tono tan frío. Sin embargo, no objetó nada. Desvió la mirada hacia el interior de la propiedad.

— Encantada de conocerte, Elvira —contestó la señora de la casa con una amplia sonrisa, negándose a seguir el protocolo y levantar las barreras sociales —. Yo soy Victoria Rogers. Bienvenida a nuestra morada.

*

Un criado condujo al caballo a los establos mientras que otros dos ayudaron a descargar el

baúl y los petates. Por fortuna, tanto a Mik como a Elvira se les concedió un espacio para que pudieran asearse y descansar durante unos minutos. La cena pronto estaría servida.

Elvira sintió unos nudillos en la puerta, por lo que se recompuso en seguida, carraspeó y dio permiso para entrar. Sin embargo, cuando se percató de que era Mik, su gesto se relajó.

— ¿Cómo estás?

— ¿Por qué no me lo dijiste?

A él no le gustó aquel reproche. Odiaba cuando Elvira respondía a sus cuestiones con más preguntas. Sus oscuras ojeras se hicieron evidentes bajo la luz de las velas.

— ¿Qué debí decirte, Elvira?

Ella lo desafió durante unos instantes con la mirada. Echaba chispas. Entornó los ojos y apretó los dientes.

— ¿Quién es esa mujer?

— La esposa de mi hermano —respondió sin ganas.

— Creí que recurrirías a un buen amigo. Eso fue lo que dijiste.

— Es mi hermano de distinta madre. Mi mentor, mi ejemplo a seguir. Mi mejor amigo.

Elvira recordó de nuevo la carta que leyó a hurtadillas. Las piezas del puzle comenzaron a encajar.

— Por lo que acaban de ver mis ojos, a ti y a esa mujer os une una relación mucho más... estrecha que la que describes.

Mik se encogió de hombros.

— Victoria y yo atravesamos momentos muy complicados en el pasado. Eso nos unió mucho. Hay tanto que no sabes...

La conversación fue interrumpida por uno de los criados. Anunció que la cena estaba lista y les pidió amablemente que los acompañara al comedor.

Atravesaron un largo pasillo y se dirigieron a una de las estancias más espaciales de la casa. Allí, una enorme chimenea alumbraba cada rincón de la sala, además de otorgar calidez al ambiente. Una mesa de madera noble, preparada para la ocasión, ocupaba casi todo el espacio. En una esquina, sentados sobre una alfombra oscura y a todas luces confeccionada muy lejos de aquellas tierras, tres niños y un hombre miraron a los recién llegados con curiosidad.

— ¡No puede ser cierto! — gritó el adulto —. ¡Por todos los diablos! ¡Dichosos los ojos que te ven, Mik!

Se levantó con una agilidad pasmosa, pese a que algunas canas adornaban su sien y su barba salvaje. Eso daba pistas con respecto a su edad, algo más avanzada que la de Mik. Elvira repasó el aspecto de aquel hombre concienzudamente. Su piel no era tan oscura como la de Mik, pero claramente compartían rasgos que delataban su herencia africana. Pese a que estaba sonriendo de oreja a oreja, Elvira se sintió intimidada por sus cicatrices, su párpado caído y su altura y corpulencia.

Se fundió con Mik en un estrecho abrazo. Ambos comenzaron a palmearse las espaldas con fuerza. Reían y hablaban a voces en ese mismo idioma con el que Elvira llevaba meses familiarizada, pese a que siguiese resultándole del todo ajeno.

— ¡Sam! Permíteme presentarte a alguien — dijo Mik cuando se hubo separado de su amigo —. Ella es Elvira, una mujer... muy especial para mí.

La susodicha se ruborizó hasta la raíz del cabello. Bajó la mirada y la cabeza al unísono. Con ello, no trataba de realizar un gesto de respeto hacia el anfitrión, sino que pretendía ocultar lo inquieta que este le hacía sentir.

— Así que especial, ¿eh? ¡Qué callado lo tenías, bribón! — exclamó, dirigiéndose a su amigo. A continuación, carraspeó —. Samuel Rogers. Encantado, señorita.

— Señora. Mucho gusto.

No se arrepintió de sus punzantes palabras, pero tampoco estuvo orgullosa de ellas. Sin darle más vueltas, la antigua dama por fin pudo poner cara al hombre al que Mik escribía misiva tras misiva, a pesar de que jamás las enviara a su destinatario. ¿Qué clase de pasado compartían aquellos dos hombres? ¿Por qué Mik se avergonzaba de su presente hasta el punto de ocultárselo deliberadamente? ¿Acaso sus acciones eran imperdonables?

Pronto lo descubriría, o quizá no lo haría nunca.

— Padre, ¿es que no vas a presentarnos?

Una niña alta y espigada se acercó a los adultos. Era hermosa, muy hermosa. De rasgos finos y delicados, hasta cierto punto elegantes, pero de piel cobriza. Ello delataba su ascendencia mestiza y por tanto, alejada de cualquier linaje noble. Sus profundos y gigantes ojos verdes observaban a Elvira y a Mik con inocente curiosidad.

— ¡Qué modales los míos! Dispense usted, señorita Rogers — se burló Sam, y mirando a

sus invitados, continuó hablando —, permitidme que os presente a mi hija mayor, Patricia.

La niña hizo una reverencia que evidenció la gracilidad que poseía. Sonrió.

— Vaya, hermano, es preciosa. Una pequeña Victoria.

Elvira no despegaba sus ojos de la niña, por lo que pasó por alto el comentario del antiguo pirata.

— Así que este es Mik... — murmuró Patricia.

— El mismo.

— Jamás lo imaginé así.

— ¿Cómo lo imaginabas?

La pequeña soltó una carcajada.

— Más bajito. Y... ¡enjuto! — se tapó la boca con los labios y los mordisqueó para contener la vergüenza.

— Hija mía, es que la última vez que lo vi fue hace unos cuantos años — admitió Sam —. Por eso, mis recuerdos no guardan apenas relación con la realidad. El tiempo, como ves, no pasa en balde para nadie, y a algunos les sienta mejor que a otros. Estos son mis otros dos hijos — anunció, al verles corretear alrededor —. Benjamín y Teodoro. Muchachos, ¡portaos bien esta noche, tenemos invitados de honor!

Los críos salieron corriendo despavoridos. Estuvieron a punto de chocarse contra su madre, que accedía en ese momento al salón.

— No lo consiguieron en el parto, pero cualquier día... ¡mis hijos van a acabar conmigo!

Sam rio ante su comentario. Se acercó a su esposa y le dio un cariñoso beso en la frente. En seguida Mik deseó poder tener ese mismo gesto hacia Elvira, pero se contuvo. Era algo insignificante, pero al mismo tiempo, hubiese sido una locura tan siquiera intentarlo. Dudaba que aquella mujer reaccionara con tanta naturalidad delante de extraños.

— Habéis creado una familia fantástica — reconoció, sintiendo admiración absoluta por los padres —. Me alegro de que la suerte os haya sonreído todos estos años.

— En ese aspecto no nos podemos quejar — Victoria se encogió de hombros. Justo en ese momento, tres criados comenzaron a traer bandejas y fuentes humeantes —. Sentémonos a la mesa.

Tanto Elvira como Mik comieron con fruición. Tenían un hambre canina después de su

largo periplo por las tierras que separaban Nueva Trada de Níngula. Apenas abrieron la boca y dejaron que el matrimonio Rogers llevara todo el peso de la conversación. Hablaban de todo y nada al mismo tiempo. Patricia, una adolescente de trece años por aquel entonces, se sentó con los adultos a la mesa y disfrutó de sentirse como toda una dama en compañía de aquella pareja tan singular como extraña.

— ¿Qué es de tu vida, hermano? — quiso saber Sam —. Veo que el destino no te ha sido desfavorable tampoco todo este tiempo...

Mik lo miró a los ojos, pero en seguida desvió la mirada.

— Ha sido impío a ratos y benevolente en otras ocasiones — informó, escueto.

— Pero ya no eres capitán del *Servus*.

— Hace mucho tiempo que no.

— Una auténtica lástima. Desempeñabas tu labor de manera impecable.

— Estoy de acuerdo — dijo Victoria —. ¿Qué fue del barco?

Transcurrieron varios segundos. La tensión fue escalando posiciones hasta que por fin Mik, suspiró y dijo:

— Ojalá lo supiera.

De nuevo, nadie habló durante unos instantes. En seguida Mik retomó la conversación. Necesitaba dejar ir todo lo que guardaba dentro.

— Nos tendieron una trampa. La tripulación insistía en que nuestro informante no era de fiar, pero yo presioné para que siguiéramos una pista que prometía. Para mi desgracia y vergüenza, resultó ser falsa. Como capitán, tomé una mala decisión que... sentenció la vida de la tripulación. Vi cómo los mataban. Uno a uno. A casi todos.

Tomó todo el vino que albergaba su copa de un solo trago. Elvira, sentada a su lado, hizo lo propio, azorada por la historia y con un nudo en la garganta.

— ¿Cómo lograste escapar? — quiso saber Victoria.

— Pedí audiencia con el gobernador. Traté de negociar. Le rogué que perdonara la vida de los que quedaban. A cambio, tendría la mía en sus manos. No lo aceptó, obviamente. Le supliqué. Me puse de rodillas y supliqué una y otra vez — le temblaban las manos y la voz. Vertió más vino en su copa —. Desesperado, le juré que haría lo que fuera necesario si detenía la masacre que pretendía desatar con lo que restaba de la tripulación del *Servus*... y entonces, la

expresión de su rostro cambió. Me preguntó si yo era aquel pirata hechicero del que había oído hablar. Asentí, y fue como si vendiese mi alma al diablo.

Otro trago, más prolongado otra vez. Elvira juntó las manos bajo su barbilla, como si rezara. Después, se sirvió un poco más de vino. Entonces, reparó en Patricia y se preguntó cómo sus padres podían permitir que estuviera presente, sentada a la mesa y escuchando sin perder detalle mientras Mik contaba esa escalofriante historia.

— Me convertí en el alquimista del ilustre gobernador de Nueva Trada — sentenció con un deje maldito en su voz —. En asesino por encargo de sus amistades. En su fulana.

Elvira se escandalizó. ¿Así que detrás de esa inmensa deuda que martirizaba a Mik se hallaba ni más ni menos que Don Joaquín Ventura? ¡Vivir para ver! Sin dar crédito a sus palabras, trató de asumirlas poco a poco.

Patricia abrió desmesuradamente los ojos y la boca, mas no dijo nada. Victoria miró a Mik con condescendencia. Sam propinó un puñetazo en la mesa.

— ¡Demonios, Mik! ¿Cómo no me lo dijiste? ¡Podría haberte ayudado, hermano!

— Tú te habías convertido en un padre de familia honrado. Con una hija y...

— ¡¿Y qué importa?! Jamás te hubiese abandonado. ¡Jamás!

Victoria apaciguó la ira de su marido poniendo una mano sobre su hombro. Elvira se maravilló ante la calma que mostraba la mujer. Tenía nervios de acero y coraje, eso era evidente. De su marido, no podía decirse lo mismo. El ojo sano de Sam quedó fijo sobre Mik de un modo que cualquiera hubiese calificado de intimidante. Elvira bebió un poco más, sintiéndose más y más pequeña en su presencia.

— ¿Dónde está el resto?

— En prisión. Otros, fugados. Otros, muertos. Hace siglos que no los veo.

El silencio que planeaba sobre la mesa podía cortarse con un cuchillo. Eso es lo que hizo Elvira, en sentido figurado, claro. Dio buena cuenta del asado mientras bebía más vino del que hubiese sido prudente. La habitación pronto comenzó a darle vueltas. Tenía calor y sus mejillas de seguro lucirían sonrosadas bajo aquellas luces sinuosas que provenían de la chimenea y de algunas lámparas y candiles.

— Dejemos de hablar de cosas tristes, por favor — pidió Patricia, de pronto tomando el rol de anfitriona —. Señora, ¿de dónde dice usted que proviene?

Elvira tardó en percatarse de que la pequeña se estaba dirigiendo a ella. Levantó la

mirada, pero no sonrió.

— De Nueva Trada.

— ¿Su familia es de allí?

— Mi madre sí. Mi padre vino del viejo continente.

— Tiene usted unos rasgos muy poco comunes. Muy de... princesa.

— ¡Patricia! — le regañó su madre —. Esas cosas no se dicen.

— No se preocupe. Tiene toda la razón. Soy consciente de que mi aspecto no abunda en lugares como este.

— Y dígame, ¿cómo conoció a Mik? — quiso saber Victoria.

— Bueno, yo...

— Eso no importa — le interrumpió él, depositando su mirada en Elvira —. Lo único que es relevante es que algún día se convertirá en mi esposa... si ella me aceptase, por supuesto.

Hubo revuelo en la mesa. Patricia y Victoria se miraron sonrientes. Sam alzó las cejas, divertido.

Elvira tomó más vino.

— Me alegro mucho de que hayas encontrado a tu alma gemela — sentenció Victoria con los ojos empañados, ajena a la fría reacción de Elvira —. Es cuanto mereces. Desde el momento en que te conocí supe que eras un muchacho noble con un gran corazón. Ahora te has convertido en todo un hombre. Elvira es una mujer, sin duda alguna, afortunada.

La aludida sonrió sin ganas. Fue un gesto impulsado por la ingesta de alcohol, para nada espontáneo. No le gustó la manera en que la señora de la casa aduló a Mik. En absoluto. Pero calló y siguió comiendo.

— Él fue quien nos casó — comentó Sam, con la mente perdida en sus recuerdos —. Espero que nos quieras tener presentes en tu boda.

— ¡Por supuesto!

Brindaron y rieron. Toda la crispación que hubo en el ambiente minutos antes pareció desvanecerse de pronto.

— Eso sí, ¡deseo que vuestra luna de miel sea menos accidentada que la nuestra!

Sam y Victoria se miraron y rieron. Estaba claro que la complicidad existente entre ellos

seguía ahí, conectándoles con tanta intensidad como el primer día.

Mik sonrió. Estaba feliz por el reencuentro y deseoso de que lo suyo con Elvira se pareciera a lo que tenía en frente.

— Van Derryk no nos lo puso fácil, ¿recordáis?

De nuevo, más risas. Más vino. Elvira alzó la cabeza, ordenó a su corazón que siguiera latiendo y prestó mucha atención.

— Me arrebataste el placer de asesinarlo con mis propias manos — siseó Sam, dirigiéndose a Victoria.

Ella agitó la mano en el aire.

— ¡No era ninguna damisela en apuros! Me encargué de enviar a ese miserable al lugar que le correspondía: ¡el infierno!

Los tres chocaron sus copas en un gesto espontáneo. Rieron a pleno pulmón.

— ¿Van Derryk? ¿Tú lo... mataste? — inquirió Elvira con un hilo de voz

De algún modo, entre el bullicio, Victoria la escuchó. Asintió con orgullo. Con una sonrisa de suficiencia que contaminaba sus rasgos armoniosos y casi aristocráticos. Incluso tiró de la tela de su vestido para mostrar una antigua cicatriz producto de la pelea que mantuvieron. Y, con esta prueba, todo cobró un cariz aún más real en la mente de la antigua dama.

Patricia era la única que se percató de la transformación que estaba sufriendo Elvira. Primero, su rostro quedó desprovisto de todo color. A continuación, sus ojos se entrecerraron. Parecía que echaban chispas, fijos en Victoria. Por último, las sienes de la antigua dama se empaparon de sudor frío. Sus cejas se unieron con furia y rabia.

Ya había tenido suficiente.

El nivel alcohol que presentaba en sangre lo hizo todo más fácil. Se envalentonó y ni tan siquiera se lo pensó dos veces. Agarró el cuchillo con el que uno de los criados trinchó el asado y se levantó con calma de su silla. Se dirigió lentamente hacia Victoria y, expulsando un alarido tétrico, se abalanzó sobre la señora Rogers.

Por fortuna, ella seguía teniendo buenos reflejos. Se apartó, aunque no a tiempo y el filo agujijoneó la tela de su vestido. Samuel corrió hacia Elvira como lo haría una pantera y la inmovilizó llevando sus manos a la espalda.

— ¿Qué demonios, mujer?

Mik y Patricia fueron los únicos que no reaccionaron.

— ¡Tú! ¡Tú lo mataste! ¡Maldita seas una y mil veces!

La voz quebrada rasgó el aire con contundencia. Dos gruesos lagrimones descendieron por el rostro de Elvira. No fueron producto de la tristeza, sino de la cólera que sentía. Comenzó a insultar a Victoria de mil maneras diferentes, nada propias de la clase social a la que una vez perteneció. Se revolvía como una demente entre los brazos de Samuel, que hábilmente consiguió arrebatarse el arma y arrojarla al suelo, lejos de su alcance.

— Mik, será mejor que vengas aquí, hermano — le pidió Sam, alzando la voz por encima de los alaridos que porfiaba Elvira.

Aquello hizo reaccionar al susodicho, que consiguió salir del trance en el que permanecía desde que observara el ataque frustrado de Elvira. Con el corazón encogido y mil cuestiones danzando en su mente, logró tomar en volandas a la que pretendía convertir en su futura esposa. Las últimas palabras que esgrimió Elvira antes de que abandonara el comedor por la fuerza quedaron grabadas en los tímpanos de la familia Rogers para siempre:

— ¡Van Derryk era mi padre! ¡Tú mataste a mi padre!

Aquel arrebato de ira pura consumió las fuerzas de Elvira hasta agotarlas por completo. Mik se encerró con ella en una de las habitaciones de la primera planta y, aunque ella trató de echarlo a gritos e insultos, él no se movió. Tampoco se prestó a consolarla, sabía que era inútil; ya empezaba a conocerla de sobra. Necesitaba que se tranquilizase previamente para poder conversar con calma sobre lo que acababa de suceder.

Pero todavía faltaba mucho para que aquello sucediese. Elvira alternaba los sollozos e hipidos con el llanto descontrolado. La habitación estaba a oscuras. Mik no se atrevió a encender una vela. Se dedicó a contemplar la luna por la ventana mientras se preguntaba por los caprichos del destino, por las fatalidades del azar. Elvira había reaccionado de un modo totalmente irracional. No era propio de ella comportarse así, pese a que resultara lógico que la noticia le hubiese conmocionado hasta tal punto.

Apenas hablaba de su familia, mucho menos de su padre. ¿Tanto apego sentía por un hombre malvado y cruel? ¿Quizá Elvira desconocía hasta qué punto su progenitor podía llegar para lograr sus objetivos! Por ello, no podía evitar experimentar una lástima infinita por la antigua dama. Quería abrazarla y prometerle que todo estaría bien, aunque no estuviera seguro del todo.

— ¿Cómo has podido traerme aquí, a la casa de esos dos asesinos? — le preguntó entre dientes —. ¡Te odio! ¡Te odio con todas mis fuerzas!

Mik calló. Le dolieron las palabras de Elvira, afiladas como el cuchillo con el que minutos antes había pretendido herir a Victoria. Lo que sentía por la antigua señora De Diego era algo imposible de explicar con palabras en cualquiera de los idiomas que hablaba. La amaba profundamente y en cambio ella no tenía reparos en escupir el odio que poseía hacia su persona. No quiso defenderse, no en aquel momento. Deseó que no hablara su corazón, tan solo su alma herida. Al fin y al cabo, Mik no tenía conocimiento del parentesco que unía a la rubia con el señor Van Derryk... hasta ahora.

¡Que le asparan si alguna vez lo hubiese sospechado!

Estuvieron un largo instante sumidos en profundos silencios. Ambos permanecieron enclaustrados en la bruma de sus pensamientos. Ambos se preguntaron qué clase de bendita casualidad los había reunido a todos aquella noche en la morada de los Rogers, pero la respuesta, como siempre, nunca llegó.

Cuando por fin los quejidos de Elvira enmudecieron, Mik se dirigió hacia ella y la abrazó.

— Te juro por Dios que no lo sabía, Elvira. Debes creerme. ¡Lo lamento tanto!

Había desesperación en su voz. De algún modo, ella asumió que sus palabras eran ciertas. Quizá debido a su intuición femenina o, tal vez, porque resultaba demasiado doloroso pensar en la posibilidad de que Mik la hubiese traicionado de aquella manera.

Imposible.

Aceptó que sus dedos le recorrieran las mejillas empapadas. Aceptó el beso que le propinó en la frente y todos los que vinieron después. Mientras Mik la agasajaba, Elvira trazó un plan. Nació de una mente repentinamente fría cuyo combustible era el alcohol. Esto, sumado a un vacío de sentimientos traicionados que la dejaron exhausta, convertida en una muñeca de trapo sin conciencia ni escrúpulos, crearon un coctel perfectamente mortífero.

Supo disimular muy bien que su determinación le alejaba de la serenidad. Buscó la boca de Mik con la suya. Lo desnudó sin contemplaciones, con prisas, sin permitir que las palabras supusieran un obstáculo entre ella y su objetivo. Mik, por supuesto, se dejó hacer. Extasiado, creyó que ella lo perdonaba. Se convenció de que estaba a salvo de su ira y que esa era su particular manera de pedir perdón por haberlo odiado anteriormente: como su orgullo le impedía hablar, su cuerpo era el que se disculpaba.

Nada más lejos de la realidad.

Pronto estuvo tumbado bajo ella, que llevaba las riendas a su antojo. Primero lento, después veloz. Elvira parecía tener un hambre voraz, una sed que solo podía saciar con él. Esto los condujo a una pasión desenfrenada. Ninguno de los dos detuvo sus gritos. Ninguno calló los gemidos y los aullidos de placer que se arrancaron mutuamente. Fue un encuentro apoteósico, repleto de dolor y redención; de amor y desdicha; de amargura y deleite. La manera en que hicieron el amor era desesperada, agónica y única.

Irrepetible.

*

La luz del alba se filtraba por las ligeras cortinas. Se mecían al capricho de un viento

helado que trajo consigo el presagio de una tormenta. El aire olía a ozono y estaba cargado de la electricidad estática que provocan los rayos. Mik se tapó con la manta hasta la barbilla y trató de dormir un poco más. Giró sobre sí mismo y estiró el brazo para encontrar el otro lado de la cama vacío y solitario.

Sobresaltado, se incorporó y buscó por toda la habitación. Ni rastro de Elvira.

Se levantó y exploró por doquier. Se puso encima la ropa del día anterior prescindiendo del calzado y cruzó a paso ligero el pasillo. Bajó hasta el comedor y no halló una sola alma. Ni los criados, ni ningún miembro de la familia Rogers.

Un escalofrío funesto se apoderó de la piel de Mik, erizándosela. De pronto, la posibilidad de que Elvira hubiese perdido el juicio y decidiera, en mitad de la noche, ejecutar su particular venganza contra Victoria se materializó como una posibilidad muy real, pese a que, en el fondo, le costara verla en el papel de fría asesina.

Para descartar sus temores, corrió de nuevo al primer piso y abrió todas las puertas. Los tres niños dormían en sus respectivas habitaciones. Sam y su esposa, en la suya. Abrazados, sin apenas dejar espacio entre sus cuerpos.

A Mik le dio tiempo a envidiar la escena antes de cerrar la puerta y volver sobre sus pasos, algo más sosegado. Regresó a la estancia en la que había compartido cama con Elvira y se sentó sobre el colchón. Se llevó las manos a la cabeza y se preguntó por el paradero de la antigua dama una vez más.

El desasosiego vino para quedarse cuando Mik alzó la cabeza y reparó en que su baúl estaba abierto. No había reparado en aquel detalle antes. Se levantó como si un resorte hubiese activado sus piernas de inmediato. Se agachó ante él y registró sus pertenencias.

En cuanto comprendió lo que había sucedido, supo que su amada se encontraba ya muy lejos de allí, de él. Maldijo por lo bajo, en su lengua y en otras tantas. Bufó y blasfemó hasta que se le agotaron las fuerzas. Hizo un esfuerzo sobrehumano por no gritar. Un par de lágrimas, lentas, perezosas, orondas, bajaron por sus mejillas hasta posarse en las comisuras de su boca.

Faltaban el gran fajo de billetes y las monedas de oro que con tanto esmero había estado ahorrando durante años. Tampoco halló el grueso libro de recetas en el que se apoyaba para llevar a cabo los encargos de alquimia.

Elvira se los había llevado. Lo había traicionado abandonándolo. Allá donde estuviera, no podría protegerla.

Se había marchado. Sola.

Segunda parte

Elvira resopló, levantando con el aire que salía de sus pulmones un mechón de cabello que caía por su frente perlada de sudor. Llevaba un buen rato concentrada en uno de los encargos más complejos por lo que corría el riesgo de que el tiempo se le echara encima.

Sin embargo, el esfuerzo y la perseverancia dieron su fruto en cuanto la fórmula cambió de color, claro síntoma de que los ingredientes se habían mezclado con éxito. No le hacía falta probar en su piel el remedio: sabía que funcionaría.

Sonrió con jactancia y se dispuso a envasar el contenido de su mortero. Mientras lo hacía, recordó cómo hacía tan solo un par de años aquella receta se le resistía, junto a otras del grueso libro que se llevó consigo una aciaga madrugada en la que vio a Mik por última vez.

Mantuvo la mirada baja, poco orgullosa de su empresa, muy a su pesar. Un escalofrío recorrió su espalda al imaginar a un desolado Mik, buscándola angustiado a la mañana siguiente de su abrupta partida. Más temprano que tarde habría descubierto la ausencia de sus dos pertenencias más preciadas.

Con toda probabilidad, habría dedicado horas a maldecir incansablemente el nombre de Elvira de Diego con la rabia alojada en su voz. Sin embargo, un lustro después, la antigua dama mentiría si dijera que no había merecido la pena el riesgo, el abandono y la consecuente soledad.

Había logrado llegar hasta una ciudad fronteriza, remota, alejada de Níngula y, por supuesto, de Nueva Trada. Allí, los comienzos fueron muy duros. Gracias a los ahorros del antiguo pirata, le fue posible adquirir una casita baja, medio en ruinas. Tardó mucho tiempo en acondicionarla y en reunir todos los utensilios necesarios para realizar su trabajo de alquimista, pero lo consiguió.

En ocasiones, tuvo que hacer uso de su imaginación para suplir las carencias que iba hallando por el camino debido a la escasez de ingredientes y suministradores, pero esos obstáculos, lejos de amilanarla, le convirtieron en una persona más fuerte, más resolutiva.

Aunque, sin duda, lo más laborioso fue labrarse una reputación. No fue sencillo teniendo en cuenta que se trataba de una mujer sola, sin contactos ni demasiada experiencia en el campo

de la alquimia. Por eso, inventó para ella misma un pasado triste, pero creíble. Nieta, hija y viuda de elaboradores de pócimas y ungüentos, se vio repentinamente sola en el mundo y por ello, no tuvo más remedio que comenzar de cero en una ciudad desconocida. La desgracia, decía a todo aquel que quisiera escucharla, se había cernido sobre ella y su familia. Pero, al menos, le quedaba un consuelo: seguiría adelante en honor a sus antepasados y a su difunto esposo, que en gloria estuviese.

Algunos, compadecieron a la joven viuda. Otros, trataron de acercarse a ella para hacerle toda clase de proposiciones indecentes. Un par de hombres respetables trató de proponerle matrimonio, pero Elvira rechazó tajantemente sendas ofertas en cuanto percibió sus intenciones. No quería volver a depender de más hombres. No deseaba confiar de nuevo en alguien, ya fuese un socio comercial o afectivo. Ella sola era fuerte y capaz. Se bastaba y se sobraba. Todo lo que precisaba comenzaba y terminaba en sí misma.

Elvira tuvo que prácticamente regalar sus servicios las primeras veces. Más tarde, a medida que aumentó su cartera de clientes habituales, pudo permitirse alzar los precios de sus tarifas. Ahora, casi cinco años después, su fama era más que notoria no solo en la ciudad, sino en toda la comarca. Criados, señores y tipejos de dudosa reputación recorrían largas distancias para realizar los encargos más variopintos.

No había nada que se le resistiera a Elvira. Elaboraba con pericia todas las recetas, incluso había añadido otras de cosecha propia, fruto de la experimentación más laboriosa. Sus ahorros eran considerables y había expandido su negocio. Pudo permitirse el lujo de adquirir otra propiedad más grande. La planta baja era ocupada por su taller y su botica, en la que despachaba los encargos. El piso de arriba era su casa.

Desde que su negocio había despegado, algunos en la ciudad le retiraron el saludo. Sobre todo, damas nacidas en el seno de familias pudientes. La odiaban por ser la autora de remedios que utilizaban sus maridos para retozar con mujeres de mala vida por tiempo ilimitado, entre otros escandalosos ejemplos. Otros, la envidiaban por ser capaz de elaborar pócimas de calidad. Timadores, usureros, imitadores y alquimistas de poca monta trataron de dañar su reputación, sin éxito.

Era la mejor en la ciudad y aquel era un hecho indiscutible.

Elvira no dio importancia al hecho de que otros la mirasen por encima del hombro. No se arrepentía de haber tomado la impulsiva decisión de abandonarlo todo esa aciaga noche acontecida años atrás. Gracias a ello, había comenzado su nueva vida, esa en la que la independencia y la autosuficiencia le habían permitido seguir adelante. Estaba orgullosa de sus

logros, pese a que estos se sustentaran sobre cimientos poco honrosos.

Torció el gesto en cuanto su mente evocó el rostro de Mik. Su sonrisa, sus palabras encerradas en un acento extraño. Sus caricias. Su paciencia y pericia a la hora de instruirla. Leopoldo de Diego fue un marido horrible, un ser despreciable que la traicionó de la peor de las maneras. Sin embargo, Mik, siempre tuvo deferencia con ella. Le perdonó la vida, se preocupó por su bienestar.

Y la amó.

Elvira se lo había negado a sí misma durante años, hasta que una noche en la que el insomnio le impedía dormir, se rindió ante la evidencia. Lo llegó a echar de menos con un ansia que casi le quemaba la piel. Recordaba con viveza las noches de pasión que compartieron y sentía entonces un ligero calor entre las piernas.

Llevaba mucho tiempo sola y no se planteaba la compañía de ningún otro hombre. Lo quería a él, pese a que sabía que jamás volvería a disfrutar de su compañía. Y, justo entonces, se odiaba a sí misma por albergar sentimientos por ese asesino pirata; por ese malhechor extranjero que no lograba arrancarse del corazón.

Y es que la conciencia, al igual que la verdad, es un arma de doble filo.

Dejó reposar la mezcla y cubrió con un trapo limpio el recipiente que la contenía. Se quedó observando la espesura y consistencia. Satisfecha, salió del taller y accedió al mostrador. Un hombre que no se había molestado en anunciarse aguardaba su turno.

— Buenas tardes, Elvira. ¿Tiene el encargo que le pedí?

Su voz grave no amedrentó a la dueña del lugar. Más bien al contrario: esta enderezó la espalda y no se dejó amilanar por la mirada lasciva de aquel caballero, si se le podía considerar como tal, ya que sus modales dejaban mucho que desear.

— Ya lo hemos hablado previamente, Don Rodrigo...

La paciencia de Elvira estaba llegando a su límite. El hombre siguió escrutándola con la mirada. Se detuvo más de la cuenta en sus pechos. A continuación sonrió.

— ¿Cómo voy a mantener a raya a mis rivales si no juego con cierta ventaja?

Era una sonrisa cargada de malas intenciones, de esas que erizan la piel. Ella arqueó una ceja.

— Seguro que podrá hallar mil maneras de vencerlos. No tiene por qué recurrir a medidas tan... extremas.

Don Rodrigo no se inmutó ante la indirecta.

— Debes cumplir con los deseos de tu clientela. Si no, corres el riesgo de ahuyentarla.

Ella se cruzó de brazos y frunció el ceño en respuesta. Sin embargo, lo pensó mejor y decidió dedicarle unas palabras para que las cosas quedaran claras de una vez por todas:

— Hay límites que no estoy dispuesta a cruzar — señaló, tajante — . No voy a ser cómplice de asesinato.

El caballero se carcajeó. A continuación, se acercó más a ella. Apoyó sus codos en el mostrador y estiró la mano para atrapar un mechón de cabello rubio. Elvira no se esperaba este movimiento, por lo que no logró apartarse a tiempo. Don Rodrigo acarició el trofeo entre sus dedos mientras le clavaba la mirada y le susurraba al oído:

— Una mujer sola al frente de un negocio... eso no puede salir bien. Nunca se ha visto, salvo en los burdeles.

Elvira se apartó bruscamente. Respiraba con dificultad, pero de algún modo logró serenarse e incluso sonreír.

— Si desea cualquier otro encargo...

El caballero rio con sorna, sin dejar de mirarla.

— Lo que deseo no tiene nada que ver con la alquimia. ¿Estarías dispuesta a proporcionármelo, Elvira?

Por fortuna, fueron interrumpidos por el criado de confianza de uno de los más prósperos mercaderes de la ciudad. Este se quitó el sombrero y se inclinó para saludar al ilustre caballero que, sorprendentemente, se hallaba en la propiedad de la alquimista.

Don Rodrigo, contrariado por el tercero en discordia y temeroso de que este se fuese de la lengua, abandonó el lugar sin despedirse, con cara de pocos amigos. Elvira entretuvo al recién llegado adrede para dilatar el momento. Fingió que trasteaba en el taller y regresó para pedirle que volviese más tarde. La mezcla que acababa de preparar necesitaba al menos otra hora de reposo.

El criado torció el gesto. Aquel contratiempo, sin duda, no entraba en sus planes.

— Dentro de una hora mi señor me necesita para vestirlo. ¿Por qué no envías al crío, como la otra vez?

Elvira negó con la cabeza. Ni siquiera tuvo que pensárselo.

— Todavía es muy pequeño y está a punto de anochecer. Sería peligroso.

El criado frunció los labios.

— Es el hijo de tu esclava, ¿qué importa?

Elvira resopló.

— Iré yo misma a entregar la pócima a casa de tu señor — murmuró para sí.

— No. Podrían reconocerte. Necesitamos discreción — hizo un extraño aspaviento con la mano mientras resolvía a toda velocidad —. Ya me las apañaré. Regreso en una hora.

Dicho esto, se marchó por donde había venido.

Elvira dejó escapar el aire retenido en sus pulmones y regresó a la trastienda. Comenzó a recoger los utensilios que había dejado desperdigados por su mesa de trabajo. Estaba cansada y tenía ganas de retirarse a dormir. Sin embargo, todavía quedaban muchas obligaciones que atender.

Se encontraba repasando la lista mental de tareas pendientes cuando, de pronto, sintió algo frío y afilado en el cuello. Una mano en su boca ahogó un grito de puro terror. Un brazo inmovilizaba su cintura. Con la cadera encajada en el borde de la mesa, escapar era simple y llanamente imposible.

Estaba atrapada.

Se revolvió y trató de gritar, mas no consiguió nada. Solo que ese brazo le sujetara más fuerte, hasta hacerle daño. El filo del puñal se clavó en la suave y delicada piel de su cuello, provocando que un par de gotas de sangre resbalaran hasta el escote de su vestido.

Aterrorizada, recordó la emboscada en pleno bosque, cuando todavía era la señora De Diego. Solo que esta vez todo era distinto. Pensó que Don Rodrigo iba a forzarla. O peor aún, a matarla.

Rezó por primera vez en mucho tiempo. No le pidió a Dios por ella. O, al menos, no solo por ella.

— Dame un solo motivo por el cual no deba cumplir ahora mismo con el encargo que me hizo tu esposo hace tantos años.

Esa voz.

Ese acento.

Era imposible. ¿O no?

Elvira exhaló una suerte de gemido agudo que venía a expresar la profunda impresión que acababa de llevarse. La mano del atacante aún se cernía con fuerza sobre su mandíbula, impidiéndole hablar.

— Necesito una razón que me impida quitarte la vida ahora mismo, Elvira.

Lágrimas de terror escaparon de sus ojos. Cerró los párpados con fuerza y sin proponérselo, dedicó sus últimos pensamientos a la persona que más amaba en este mundo. Se preparó para sentir la hoja del arma blanca hundiéndose lentamente en su gaxnate.

De pronto, una voz aguda y familiar se abrió paso entre el zumbido de sus oídos.

— ¿Mamá?

La reacción fue instantánea. El cuchillo dejó de presionar su cuello. Su agresor aligeró la fuerza que aplicaba para retener a Elvira, hasta que por fin quedó libre.

La antigua dama sollozó y se dejó caer al suelo de rodillas. Sus abultadas faldas amortiguaron el golpe. Temblaba sin control. Unos pequeños brazos la rodearon.

Y después, todo se volvió negro.

Era un niño mestizo, de eso no cabía duda. De piel cobriza, cabellos rizados de puntas doradas y grandes ojos color caramelo que lo atravesaban con titubeo. Era casi como si estuviese viendo un fantasma.

Elvira le susurraba palabras dulces al oído. Parecía que su intención era calmarlo, pero en realidad la que intentaba serenarse era ella misma. Había vuelto en sí segundos después de su desmayo.

— ¿Qué está sucediendo? ¿Quién es ese niño?

No quería enfrentarse a él. A sus ojos. A su mirada cargada de odio y reproches. Prefería mantenerlo en el pasado, como si solo fuese una sombra agazapada en una esquina que permanece al acecho, pero inofensiva. Así, la amenaza no traspasaría el plano real. Así, él todavía viviría entre sus más bellos recuerdos, amándola aún.

Por eso, no abrió la boca. Se limitó a abrazar más fuerte a la frágil criatura que le susurraba palabras dulces.

— ¿Cuántos años tiene?

Tardó, pero por fin Elvira se armó de valor para contestar a aquella pregunta. Era sencilla, podía hacerlo.

— Cuatro.

Sintió sus pasos acercándose, a su espalda. Él se detuvo en seco. Elvira contuvo la respiración. Pudo percibir cómo el cuerpecito del niño se tensaba sobre sus brazos.

— ¿Es mío?

En su voz, Elvira no halló ningún rastro de emoción. Aquello provocó el efecto contrario en ella. Sin poder evitarlo, comenzó a llorar desconsoladamente.

Él ni siquiera se inmutó.

— ¡Responde!

Transcurrieron unos tensos segundos en los que compartieron el silencio, tan solo interrumpido por los lastimeros sollozos femeninos. Elvira se recompuso cuanto pudo y, con el pequeño aún en brazos, se puso en pie. Luchó contra los primeros signos del mareo. Se tambaleó, pero recuperó el equilibrio.

— ¿Es que acaso consideras otra posibilidad? — le escupió con desprecio.

El corazón de Mik dio un vuelco. Observó los rasgos del niño al lado de su madre. Apenas se podía apreciar el parecido. En realidad, su aspecto era en demasía similar al suyo propio. Parecía estar contemplándose en un espejo mágico a través del tiempo. Su mandíbula, sus cejas, su estructura ósea, su complexión. Todo era igual, salvo la piel y los ojos, mucho más claros, y el pelo, menos crespo y con reflejos dorados.

Carraspeó.

— ¿Cómo te llamas? — le preguntó.

El niño por toda respuesta apartó la cara, enterrándola en el pecho de su madre.

— Se llama Yani. Como su abuelo, que en paz descance — murmuró Elvira, con altiveza.

Mik se pasó las manos por el cráneo rasurado. Resopló. De todos los desenlaces posibles, el que acababa de producirse era el menos esperado.

Tenía un hijo.

No podía creerlo. Era imposible... ¿o quizá no? Localizó una jarra de agua y la apuró de una vez.

Elvira susurraba palabras al oído de su hijo al tiempo que lo mecía suavemente entre sus brazos. Yani, debatiéndose entre proteger a su madre y esconderse del temible desconocido, cerró los ojos con fuerza. Sus facciones se fueron relajando poco a poco, no obstante. Era un niño grande para su edad, lo suficiente como para que se fuera a la cama él solo.

Aun así, su madre no cejó en su empeño de acunarlo hasta asegurarse de que se quedaba dormido de nuevo. Empleaba para ello un tono de voz dulce, empalagoso, con el que terminó por canturrear una suerte de nana. Mik recordó cómo solía hablarle de manera parecida entre las sábanas. Los recuerdos lo atizaron como si de un latigazo se tratara.

— ¿Por qué desapareciste así, Elvira?

No respondió en seguida. Subió las escaleras y tumbó a Yani en su cama como si dispusiera de todo el tiempo del mundo para hacerlo. No quería enfrentarse a Mik y a sus preguntas, y ambos lo sabían.

En cualquier caso, la conversación era inevitable. El antiguo pirata apareció tras ella, sigiloso como un halcón a punto de cernirse sobre su presa.

— Vamos, habla.

Elvira lo mandó callar.

— Está dormido, baja la voz.

Mik se acercó para deleitarse los ojos con la visión de su hijo descansando. Parecía estar en paz. Lo envidió y no solo eso: una punzada de ternura lo atravesó sin piedad de la cabeza a los pies.

— Hablemos abajo, en la trastienda — lo apremió Elvira —. No quiero despertarlo.

Mik asintió, conforme. Descendieron las escaleras despacio, sintiendo en sus hombros el peso de un instante que se prometía revelador. Elvira tomó asiento en un taburete con la espalda tan recta como si se apoyara en un respaldo imaginario. Él permaneció en pie, amparado por las sombras de un rincón.

— No tienes ningún derecho a aparecer así — lo reprimió Elvira, creyéndose a salvo del puñal con el que Mik amenazó su vida minutos antes.

Sabía que la existencia de Yani modificaría sustancialmente los planes del extranjero. Y no se equivocó.

— Huiste de mí. Me despojaste de todo cuanto tenía y me ocultaste que esperabas un hijo. ¡Mi hijo!

— Entonces no sabía que me encontraba... en estado — se justificó ella.

Ira. Rabia. Decepción. Dolor. Mik fue atravesando todos y cada uno de los estados de ánimo más funestos que existen. Durante los cinco años que transcurrieron desde la desaparición de Elvira creyó haber superado la peor parte. Pero se equivocaba. La travesía había vuelto a comenzar y lo estaba dejando agotado.

— Llevo un lustro cuestionándome, Elvira. Noches en vela, quebraderos de cabeza, y siempre un por qué sin respuesta. No imaginas las ocasiones en las que estuve devanándome los sesos, repasando los motivos que hubieses podido albergar para abandonarme — se le quebró la voz, aunque enseguida se repuso —. Sigo sin hallar alguno. Te di todo cuanto me pediste. Te enseñé todo lo que sabía, te entregué mi corazón...

Elvira alzó la mano para interrumpirlo.

— ¿De veras no entiendes por qué hice lo que hice?

Mik tragó saliva. Sintió el gáznate seco de nuevo. Negó con la cabeza con tanto ímpetu que se hizo daño en el cuello.

— Bien, te diré lo que va a suceder: expondré por qué huí en plena noche de aquella infame propiedad. Y, en cuanto escuches mi relato, te marcharás. ¿Ha quedado claro?

Mik rio con acidez.

— No adelantemos acontecimientos.

Elvira se cruzó de brazos.

— Si no tengo tu palabra, no abriré la boca.

— ¡Me lo debes!

Lamentó instantes después haber alzado la voz. Por Yani, no por su madre, por supuesto. A ella hubiese podido estrangularla con sus manos desnudas minutos antes, aunque esto solo acallaría el ruido sordo del dolor que experimentaba en el alma cada día desde hacía un lustro. Después, no le quedaría nada. Solo vacío.

— No soportaba estar bajo el mismo techo que esos dos asesinos. Los Rogers acabaron con mi padre de una manera muy cruel. ¡Y se jactaban orgullosos de ello! Si no hubiese partido, les habría quitado la vida. ¡Lo juro por Dios!

Elvira había ido aumentando el tono y la intensidad de su voz a medida que las palabras salían de su boca. Se había levantado del asiento y miraba de tú a tú a Mik.

Desafiante, altiva. La antigua señora de Diego en estado puro.

Era tal y como la recordaba.

Igual de indomable. Igual de hermosa.

— Tu padre era un desgraciado — apuntó Mik, sin miramientos —. Sus manos estaban manchadas con la sangre de sus antiguas esposas. ¿O acaso no te resultaba sospechoso que todas murieran al cabo del tiempo, siendo tú su propia hija?

Resopló y alzó el dedo índice mientras replicaba:

— ¡No te atrevas a juzgarlo! Precisamente tú, ¡un asesino a sueldo de la peor calaña!

— Dime, Elvira, ¿qué fue de tu madre?

Ella se negó a responder, pero se descubrió haciéndolo:

— Murió.

— ¿En qué circunstancias? ¡Al menos yo tengo valores! Escrúpulos. Moral — ella rio, sin tomarlo en serio —. Si no, jamás habrías llegado tan lejos, Elvira. Recuerda que me debes la vida.

— ¿Has venido hasta aquí para restregarme que sin ti no sería nada?

— Vine con la intención de mirarte a los ojos una última vez mientras suplicabas por tu vida — bisbiseó Mik, a pesar de que sus palabras no eran del todo ciertas.

— ¿Pretendes matarme? — clavó sus ojos en los de él. Se acercó tanto que Mik pudo oler el discreto perfume que llevaba —. Pues hazlo. ¡Vamos! Hazlo o sal de mi tienda. Ahora.

Mik respiraba por la nariz, tan alterado que las aletas se le dilataban a cada exhalación. Sostenía la mirada de Elvira sin inmutarse. Sus ojos parecían vacíos, como negros pozos sin fondo.

Sin embargo, por dentro ardía.

— ¿Le has hablado a mi hijo de mí?

La mención de Yani le hizo reaccionar. Se apartó de Mik y le dio la espalda. Comenzó a recoger los utensilios que yacían desperdigados por su mesa de trabajo, ignorándolo.

— Para él, no existes. No tiene padre.

— Sí que lo tiene — Mik susurró a su oído, erizándole la piel —. Eso que dices es una falacia. Y ahora que sé de su existencia, no tengo intención alguna de separarme de él.

— ¡Te alejarás o de lo contrario, no me quedará más remedio que denunciarte ante la Guardia del Rey! Seguro que Don Joaquín Ventura estará encantado de volver a contar con tus servicios.

Sintió las manos de Mik sobre sus hombros. El calor que despedían resultaba agradable, pese a que el agarre era demasiado fuerte y el tema de conversación fuera espinoso.

— ¡La Elvira que yo creí conocer no era tan sumamente despiadada!

Se dio media vuelta y lo encaró otra vez. Solo que en esta ocasión, apenas quedaba espacio para maniobrar. Su cuerpo quedó estancado entre el borde de la mesa y el cuerpo de Mik.

— Esa Elvira murió dos veces. La primera, cuando mi esposo quiso matarme. La segunda, cuando conocí la identidad de los asesinos de mi padre. ¡Tu querido hermano de distinta madre, al que tanto debes, y su encantadora esposa!

Algunas canas salpicaban su barba y sus sienes. Nuevas arrugas habían arraigado en torno a su boca y a su entrecejo. Unas profundas ojeras que antes no existían le llamaron la atención. Incluso bajo esa tesitura, Elvira halló algo hermoso en Mik. Recordó sus besos, sus caricias, sus palabras de amor. Y esos ojos oscuros en los que ya no había embeleso sino odio. Deseó borrar los años de un plumazo. Tan solo durante un instante.

Los recuerdos le agujonearon la piel hasta traspasarle el alma. Bajó la mirada y susurró con pesar:

— Nuestros caminos hace tiempo que se bifurcaron.

Mik permaneció en silencio durante unos instantes.

— Pensé que no podías tener descendencia.

Elvira sonrió.

— ¡Eso creí yo también! Supe que estaba encinta unas semanas después de mi llegada a esta ciudad.

— Me perdí su nacimiento y su más tierna infancia. No deseo estar ausente ni un minuto más, Elvira. Quiero darle mi apellido. Reconocerlo como mi vástago y...

— La gente cree que es el hijo de una criada que murió en el parto — sentenció —. Nadie sabe que en realidad es mío.

Aquella revelación irritó a Mik. Aunque Elvira tenía motivos de peso para actuar así de puertas para fuera, odiaba que tuviera que ocultar su maternidad. Yani era una criatura inocente que no se merecía el estatus de huérfano. No cuando a todas luces no lo era. Era un niño sano y fuerte con una mirada despierta. Su madre debería sentirse orgullosa de él.

— Quiero que se lo digas. Tal vez no mañana, pero sí cuanto antes.

— Eso no sucederá.

— Permaneceré aquí hasta que se lo hagas saber en mi presencia.

— No deseo exponer a mi hijo. Posees una horda de enemigos en cada maldita ciudad de este continente. Representas todo lo que está al otro lado de la ley y su vida podría correr peligro vinculada a la tuya.

— ¡No es únicamente tu hijo, sino nuestro hijo! Y a pesar de que soy un proscrito, nada debe temer a mi lado. Lo sabes. Lo sabes bien.

Elvira cerró los ojos. Harta de discutir, se dio cuenta de que Mik jamás se marcharía. Yani

abría un mundo de posibilidades ante ambos, escenarios en los que compartirían la paternidad. Estaba claro que Mik deseaba establecer un vínculo con él. Responsabilizarse.

Era inútil resistirse. E injusto también.

El niño merecía saber la verdad, pero no lo reconocería delante de él.

— ¿Cómo me encontraste?

Mik se cruzó de brazos. Sonrió sin ganas.

— No hay muchas alquimistas con el porte y la distinción que posees — le rebeló, dedicándole un repaso de arriba abajo —. Escuché hablar de una mujer rubia que despachaba recetas de muy alta calidad y complejidad. Enseguida supe que se trataba de ti.

Elvira asintió. Después se frotó los ojos. No se percató de que Mik seguía observándola detenidamente. Había ganado peso y sus curvas ajustadas se ceñían en torno a la tela que llevaba. Su escote era revelador, tal y como marcaban los cánones de la moda. La maternidad le había sentado mejor que bien a la antigua señora De Diego, de eso no cabía duda.

— Debo irme a descansar. Despierto al alba para encargarme de los pedidos. Y antes debo ocuparme de este desastre que no he tenido ocasión de recoger ante tu inesperada visita...

— Está bien — concedió él —, retírate. Yo lo haré aquí mismo.

Señaló el suelo. Elvira parpadeó lentamente.

— Mejor en una posada. Hay una dos calles más allá.

— No me moveré de aquí.

Halló en sus ojos negros toda la determinación que cabía en ellos, incluso más.

Suspiró. No lo recordaba tan terco.

— Te traeré una manta.

Elvira apenas pudo dormir aquella noche. No solo por todas las palabras que acababa de cruzar con ese fantasma del pasado reencarnado en Mik. Ni siquiera por los momentos de tensión que había vivido, sino porque su amante acababa de regresar a su vida y no albergaba intención de marcharse. Pretendía instalarse en el día a día de su hijo como una pieza permanente; verlo crecer.

Justo cuando sentía que podía arreglárselas sola. Que no necesitaba a nadie.

Lo odiaba. Sí, eso era: lo odiaba por haber llegado en ese preciso instante, justo cuando creyó que los débiles sentimientos que aún albergaba hacia él acababan de desvanecerse en el aire.

Escuchó al niño llorar. Hacía mucho que Yani no sufría una de sus pesadillas, pero aquella noche la costumbre se quebró. Se incorporó como si tuviera un resorte en la espalda. Apartó las mantas con violencia y llegó rauda hasta la cama donde dormía su pequeño.

Para su desgracia, Mik ya estaba ahí, contemplando cómo se revolvía con una duda de recelo en sus ojos.

— Apártate.

Fue una orden dada sin resquemor, ni malos modos. Mik obedeció y se quedó absorto observando cómo Elvira tomaba a su hijo entre los brazos y lo acunaba. La medida dio sus frutos, porque Yani se calmó casi al instante.

Mik sintió envidia. Quería poseer la misma conexión con su hijo. Anhelaba poder tranquilizarlo en cuestión de segundos, al igual que Elvira. ¡Se había perdido tantas cosas! Pero ya no más.

Era tarde para ser una familia unida, pero no para construir una relación con su hijo. Se imaginó a sí mismo instruyéndole en todo tipo de materias, enseñándolo a leer y a escribir. Su lengua materna, y también otras que había aprendido en sus continuos viajes por el océano. Y, cuando fuera más grande y fuerte, le daría clases prácticas en el noble arte de la lucha a espada.

Aprendería a disparar y a defenderse en un ataque cuerpo a cuerpo.

Perdido en sus ensoñaciones, no se percató de que el alba despuntaba. Elvira acostó de nuevo a Yani y se aseó en una palangana que llevó tras una puerta. A continuación, se dispuso a preparar todo lo necesario para afrontar el nuevo día.

Mientras tanto, Mik observaba en silencio. Algo encima de una mesa llamó su atención: una manzana. La tomó y fue arrancándole mordiscos silenciosos. El niño se despertó y, reticente, aceptó una pieza de fruta que su padre le tendía. Elvira fingió estar demasiado ocupada como para dar importancia a la escena que se desarrollaba en su trastienda.

Las horas transcurrieron en un suspiro. Elvira despachó a numerosos clientes que requerían todo tipo de servicios distintos. En ocasiones, debía apuntar los encargos porque se le habían agotado las existencias de determinado potingue, o brebaje. Las peticiones eran del todo razonables, algunas más extravagantes que otras, pero siempre dentro de unos límites.

Sin embargo, todo cambió cuando Don Rodrigo entró de nuevo por la puerta.

— Elvira, esta mañana estás... diferente.

— Buenos días, Don Rodrigo — devolvió con cortesía el saludo, mas sin ganas —. ¿Diferente? ¿En qué modo diferente?

Enseguida se arrepintió de haber formulado aquella pregunta.

— Tu rostro luce pálido y esas ojeras que se hunden bajo tus ojos no estaban ahí ayer cuando vine a visitarte.

— ¿En qué le puedo ayudar? — preguntó para cortar la conversación.

La sonrisa de Don Rodrigo se ensanchó.

— En varios menesteres, pero el que más urgencia acusa es...

— Si viene con lo mismo de ayer en mente, me temo que la respuesta sigue siendo la misma, señor. Es imposible.

Don Rodrigo se pasó la mano por la cara, un gesto que denotaba cuan rápido se estaba agotando su paciencia.

— ¿De veras una mujer como tú, sola en esta ciudad, tiene alguna posibilidad de negarse a cumplir la solicitud de un hombre como yo?

— No es cuestión de capricho...

— Dime, Elvira — le interrumpió sin consideración. Se acercó a ella y bajó la voz con la

intención de intimidarla —, ¿has pensado en qué le sucederá a ese pequeño mestizo que tienes viviendo contigo si algo te sucediera?

— Mi situación personal... y la del niño... no es relevante — manifestó ella, con la voz rota. Carraspeó.

— Pero Elvira, ¿por qué sigues alimentando una boca más cuando podrías mandarlo al orfanato? ¿Qué te une a él? No lo comprendo. ¡Es el hijo de una criada, por el amor de Dios!

La carcajada que siguió heló la sangre de Elvira en las venas.

— Le hice... una promesa a la madre del niño. Nos unía un lazo de amistad que se mantuvo durante años. No solo era mi criada. Ella...

— Elvira, no insistas — sentenció Don Rodrigo —, eres tan buena alquimista como pésima urdiendo mentiras. Y sé que ocultas algo, algo turbio relacionado con tu pasado. Si no aceptas el encargo que tantas y tantas veces he demandado, ¡juro por Dios que hallaré tus pecados y los sacaré a la luz! — vociferó —. Haré que tu reputación se hunda. No me detendré hasta que se prohíba vender tus pócimas. Me aseguraré de que ese niño acabe vendido como esclavo en el norte. Y después, tendrás que escoger entre convertirte en mi amante o marcharte de esta ciudad si no quieres acabar presa, o algo peor: muerta. Tú decides qué es más conveniente: complacerme o hacerme enfurecer. En tres días a esta misma hora vendrá uno de mis criados de confianza. Si no le entregas lo que te pido, cumpliré mi amenaza, Elvira. Tenlo por seguro.

Tras mencionar estas palabras, Don Rodrigo dio media vuelta y se marchó de la tienda sin añadir nada más.

Elvira suspiró y se llevó las manos a la cabeza. Detuvo las lágrimas alzando el mentón y depositando su mirada en el techo. Inspiró hondo. ¿Qué iba a hacer ahora?

— ¿Cómo puedes permitir que ese miserable te trate así? — rugió Mik.

Ella se sobresaltó. Las lágrimas, imparables, anegaban su rostro compungido.

— ¡No es asunto tuyo!

Abandonó el mostrador y salió despavorida hacia el interior de la casa. Subió rauda las escaleras y se abalanzó sobre la cama para dar rienda suelta a su angustia. Estaba agotada de lidiar con hombres tan mezquinos como Don Rodrigo. Acorralada, se vería en la obligación de doblegarse a sus deseos para que no arruinara su vida, o la de su hijo. Pese a ser una de las alquimistas más reputadas de la región, la realidad era que su situación se presentaba tan frágil como un castillo de naipes. Y su posición, tan vulnerable como una hermosa flor al capricho de

las inclemencias del tiempo.

Sintió que unas manos la tocaban. Pegó un respingo. Era Yani. Se dejó abrazar por él y eso le ayudó a serenarse.

— No llores, mamá. Todo va a salir bien. No te preocupes.

Una risa nerviosa escapó de los labios de Elvira. Eran las mismas palabras que ella a menudo empleaba para consolarlo a él.

— Ya lo sé, mi amor. Ya lo sé.

De pronto, esas mismas manos fueron sustituidas por unas más grandes y fuertes. El niño salió despavorido ante la presencia de su padre.

— Ese hombre, ¿qué es lo que demanda?

Se incorporó con los últimos coletazos del llanto aún resonando dentro de su pecho.

— Una pócima imposible — respondió Elvira al cabo de un minuto —. Carsalógina es el ingrediente principal, por lo que podrás hacerte una idea de...

Mik asintió.

— ¿Contra quién pretende...?

— Un rival. No sé si en los negocios, en la alta corte o en otros asuntos más turbios, pero pretende hacerme cómplice de asesinato y yo...

— Elvira — con dos dedos atrapó una de las lágrimas que barría el rostro de la antigua dama —. ¿Y si te dijera que existe una alternativa?

— Imposible — se retiró con calma, sin hacer movimientos bruscos. No se hacía a la idea de que Mik volviera a tocarla —. Estoy atrapada en una ratonera sin salida. O accedo a sus deseos o me destruirá. ¡Y no deseo marcharme! No pretendo seguir huyendo. No más.

— Existe una pócima muy similar — le explicó Mik, impasible —. No se prepara con los mismos ingredientes, pero el aspecto es el mismo, así como la consistencia y el color de la mezcla. El sabor también es parecido, pero los efectos no son los mismos — Mik hizo una pausa. Elvira lo miró a los ojos, deseosa de que siguiera hablando —. La persona que ingiere el líquido queda sumida en un estado catatónico muy similar a la muerte. Su corazón se ralentiza. Su pulso se paraliza casi por completo. Su respiración se vuelve débil y superficial. Y el efecto puede durar días.

— Como si estuviera muerto — concluyó Elvira.

Mik asintió.

— Me encargaré de que todo salga bien — prometió —. Y no solo eso: Don Rodrigo no volverá a acercarse a ti o a Yani nunca más. Tienes mi palabra.

— ¿Acaso pretendes matarlo? — Elvira no pudo evitar alzar la voz, indignada como estaba.

— No, pero voy a entregarle un poco de su propia medicina. Tendrá su merecido y su gusto por amenazarte cesará por completo.

Elvira asintió. Su mirada quedó vagando por la habitación, hasta posarse en su hijo, que jugaba distraído con un juguete de madera.

— A cambio, deseo algo — le indicó Mik.

Ella se puso en guardia. Tragó saliva.

— Imagino qué puede ser. Hablemos en otra parte...

Salieron de la habitación, bajaron las escaleras y se encerraron en la despensa. En ese pequeño cuartucho debían permanecer muy juntos, prácticamente a oscuras. Olía a humedad y a sal.

Elvira comenzó a desabrocharse los cordeles que mantenían la cintura de su vestido ceñida en torno a su figura. Sintió cierta electricidad en la punta de sus dedos y se sorprendió al percatarse de que su idea no le resultaba repulsiva. En absoluto.

— ¿Qué diantres haces? — le preguntó Mik.

— Darte lo que anhelas — respondió entre susurros —. Tómame.

Se acercó a ella. Rozó con sus labios la suavidad de su pelo rubio. Después gruñó y se echó hacia atrás. Chasqueó la lengua y convirtió sus manos en sendos puños.

— ¿Esa es tu forma de arreglar los conflictos... con todos los hombres?

Elvira se enervó. Resopló, indignada y contestó a voz en grito:

— ¡No! ¿Por quién me tomas?

Hacía tanto tiempo que no intimaba con un hombre, que lo echaba de menos. Cinco largos años. Desde que abandonó a Mik. Y el deseo solo había regresado para manifestarse con insistencia en cuanto él había aparecido.

¿Coincidencia? Lo dudaba mucho.

— Créeme, Elvira, no me gusta ejercer violencia contra las mujeres. Nunca lo he hecho y nunca lo haré. Eso no sería digno ni propio de un caballero y, aunque no me acerco ni remotamente a la definición de uno, es a lo que aspiro a ser. No obstante, tu actitud me tienta a cambiar drásticamente de opinión.

— ¿Acaso no es esto lo que quieres? — preguntó ella muy seria, deshaciéndose del vestido.

— No. No me interesa yacer contigo — afirmó, aunque aquello no era en absoluto cierto —. Deseo vivir aquí. Ayudarte con la tienda. Atender los encargos juntos. Ser socios, como antes. Y ver crecer a mi hijo.

— De ninguna manera...

La prenda resbaló por su cuerpo. Cayó a plomo en el suelo creando un sonido suave durante el proceso. Él tragó saliva. Agradeció estar amparado por las sombras. Así, no era evidente el grado de excitación que sentía, que no podía controlar. Su mirada quería alimentarse de la piel desnuda de la antigua dama. Sin embargo, su juicio se impuso. Cerró los ojos.

— Necesitas protección, Elvira — siseó Mik —. Bastardos como ese tipo estarán al acecho todo el tiempo.

— ¡Ya me las apañaré! — exclamó con rabia, haciendo que la tela escalara de nuevo por su cuerpo —. Mi hijo y yo nos las hemos arreglado sin ti durante años. ¡No te necesitamos!

— ¿Por qué tanto rencor, Elvira? — preguntó, roto, aunque simulando hastío —. Solo trato de ayudarte. ¡Nada más! No entiendo por qué rechazas cuanto te ofrezco después de cómo te comportaste. ¡Soy yo el que debería sentir repugnancia ante tu mera presencia!

Terminó de colocarse el vestido y abandonó la despensa con una impostada dignidad. No había tenido la ocasión de pronunciar última palabra, pero tanto daba. Ya todo estaba dicho.

Aquella noche durmió peor incluso que la anterior. Por la mañana, cuando se levantó al alba para retomar sus quehaceres y llevar a cabo la decisión que había tomado, encontró una nota encima del mostrador que lo cambió todo.

La leyó con el corazón en la garganta y un desasosiego en el pecho que le impedía respirar con normalidad.

Elvira,

Voy a recolectar los ingredientes necesarios para preparar el sucedáneo de la pócima que requiere tu cliente, tanto da si lo deseas o no. La vida de nuestro hijo está en juego y haré

cuanto esté en mi mano para protegerlo, incluso lo imposible. Me gustaría no actuar a tus espaldas, pero tu voluntad es irrelevante en esta cuestión. No se trata de ti, sino de él.

Si no he regresado en dos días, te ruego que abandones la ciudad junto a Yani. Escóndete. Cuida de él. La vida es más valiosa que la reputación. Sé que sabrías salir adelante con o sin mi ayuda, pero comprende que no puedo permanecer de brazos cruzados viendo cómo tu mundo, y por extensión el de mi hijo, se desmorona.

Mik.

Durante los siguientes días, Elvira no pudo concentrarse en sus quehaceres. Se equivocó con varios encargos, teniendo que empezar de nuevo en diversas ocasiones. Los nervios se le crisparon. La paciencia, ese bien escaso en la antigua dama, comenzó a menguar a rachas forzadas.

Procuraba que sus clientes no notasen su turbación. Hacía todo lo posible para no trasladar a su hijo las preocupaciones que iban cercándola paulatinamente. Pero cada vez le costaba más mantener el tipo. En cuanto escuchaba un ruido extraño, cualquiera, pensaba que Mik estaría a punto de atravesar la puerta.

Pero no fue así. El alba del tercer día despuntaba y él seguía desaparecido, haciendo quién sabía qué, con quién y dónde. Derramó un par de lágrimas de pura desesperación antes de abrir la puerta y recibir al primer cliente de la mañana, que acababa de tocar con sus nudillos insistentes la madera.

El picaporte cedió y una sombra se interpuso entre ella y el sol que despuntaba en el horizonte. Elvira entrecerró los ojos para evitar el deslumbramiento, pero fue en vano. Por eso no vio cómo dicha sombra caía sobre ella. Apenas tuvo tiempo de reaccionar al sentir el peso de la amplia figura abalanzándose sobre ella. Gritó y sus huesos fueron a parar al suelo.

Asustada y algo dolorida, no fue hasta segundos más tarde que se percató.

Se trataba de él. De Mik.

— Oh, Dios mío... Mik, ¿qué ocurre?

Era obvia la respuesta, pero aun así, se vio en la necesidad de obtener más información. Él, por su parte, se limitó a gemir mientras hacía girar su cuerpo y quedaba tumbado boca arriba en el suelo.

Lucía un aspecto terrible. Estaba herido y una mancha color ocre se esparcía lentamente por debajo de su camisa blanca, empapándola.

La antigua dama se incorporó haciendo caso omiso al dolor que sentía en la espalda. Al fin

y al cabo, Mik ofrecía un aspecto lamentable y la necesitaba. La necesitaba igual que aquella vez en la casona de Nueva Trada donde lo había curado tras el altercado sufrido con un arma blanca.

Se agachó junto a él y le puso la mano en la frente. Ardía. Sudaba profusamente.

— Voy a llevarte a un lugar más confortable, ¿crees que podrás levantarte?

Negó con la cabeza. Sin embargo, hizo un esfuerzo sobrehumano para ponerse en pie que se llevó gran parte de sus menguadas reservas de energía. Elvira lo instó a que le pasara el brazo por la espalda y juntos, avanzaron unos pasos hacia el fondo de la trastienda.

Expedía un olor desagradable. Era evidente que llevaba días sin asearse y, por desgracia, el olor de la sangre seca tampoco contribuía a mejorar la situación. Sin embargo, esto era lo último que le preocupaba a Elvira. No mostró signos de nerviosismo, pero por dentro un sordo temor comenzó a invadirla sin que pudiera evitarlo.

Con pericia, tomó al vuelo una manta que yacía mal doblada en la balda de una estantería y la tendió en el suelo.

Mik no se lo pensó dos veces y se dejó caer sobre ella emitiendo diferentes sonidos que delataban su delicado estado y cuánto le dolía moverse en semejantes condiciones.

— Déjame ver esa herida...

Con cuidado, Elvira levantó la camisa de Mik. Él respiraba con dificultad, profundamente. Todo su cuerpo estaba empapado en sudor y su piel oscura brillaba salvo en aquellas partes donde la sangre se había esparcido y coagulado.

El sonido que emitieron los labios femeninos fue revelador.

— No tiene buen aspecto, ¿verdad?

Ella cerró los ojos y se puso en pie para reunir, presurosa, los utensilios que le harían falta en los próximos minutos.

— ¿Cosiste tú mismo la herida?

Mik asintió.

— Hiciste un trabajo nefasto.

— Lo mejor que pude dadas las circunstancias.

Unos ruidos procedentes del piso de arriba los alertaron a ambos.

— No quiero que mi hijo... que me vea así.

— Ahora lo importante es que la infección no se extienda — contestó ella, ceñuda, agachada de nuevo junto a él —. Este ungüento es milagroso. Te va a escocer un poco, pero es el remedio más efectivo.

— Lo sé, lo he preparado cientos de veces — la voz de Mik sonaba distante, empequeñecida por el dolor —. Apresúrate.

— Después, tendré que arreglar este estropicio — dijo mientras le limpiaba la herida —. Y deberás guardar reposo.

Mik sonrió con tristeza.

— Me temo que eso es imposible.

— Todo el que sea necesario — insistió, haciendo caso omiso —. Después, podrás volverte a ir a donde te plazca para hacerme sufrir como una condenada — masculló.

Tras limpiar la zona afectada, Elvira procedió a aplicar la pomada, color verde aguamarina, sobre el estómago del antiguo pirata. Este sisaba, mas de su boca no salió una sola queja. Se dejó hacer como buen paciente mientras ella hurgaba en su carne abierta y cerró los ojos, más relajado, en cuanto sintió el tacto de una tela cubriendo su piel a modo de improvisado vendaje.

— Si permanezco mucho tiempo aquí — le explicó —, os pondré en peligro a ti y a Yani. Soy un proscrito. Me buscan. Mi situación no es en absoluto halagüeña, Elvira.

Esta lo vio tan indefenso, tan vulnerable en su estado, que no pudo resistirse por más tiempo. Acarició su mejilla repleta de vello facial con sumo cuidado y se acercó a su oído para susurrar:

— No importa. Ahora estás a salvo.

Como si estas palabras fuesen parte de un conjuro o pudiesen obrar un milagro por sí solas, Mik se quedó dormido al instante.

Unos tímidos ruidos tras ella le alertaron de que una presencia se hallaba cerca. Giró la cabeza tras ahogar un gemido de sorpresa y se levantó presurosa.

— Mamá, hay un cliente aguardando por ti — anunció el niño sin apartar los ojos de su padre.

Ella le tomó de la mano y lo llevó junto al enfermo. En un primer momento, Yani se resistió, pero su madre le acarició el pelo y se arrodilló para que sus ojos quedasen a la misma altura que los suyos.

— Por favor, cuida de él. Trae unas almohadas y más mantas. Vigila que la fiebre no le suba. Ahora regreso.

Se acomodó el cabello y cambió su delantal por otro blanco. No podía presentarse de cualquier guisa ante un futuro comprador, o correría el riesgo de espantarlo.

O peor aún: de que este alertara a la Guardia del Rey por sospechar que algo extraño se cocía en la trastienda.

Tomó aire y lo dejó salir con fuerza por la nariz antes de engalanarse con una sonrisa impostora. La eliminó en cuanto se percató de que quien la aguardaba curioseando los productos expuestos en las vitrinas junto al mostrador no era nada más y nada menos que Don Rodrigo.

— Buenos días tenga usted, mi señora — dijo con cierto tono de burla en la voz.

Se quitó el sombrero y volvió a colocárselo mientras repasaba su torso de arriba abajo con los ojos. Elvira se sintió plenamente incómoda en pleno escrutinio. Deseó exhortarle para que dejara de hacerlo, mas sabía que era inútil, así que se ahorró el esfuerzo.

— ¿Tienes lo que te pedí?

Ella asintió, solemne. Estaba actuando por pura inercia, movida por algún extraño resorte que le empujaba a mentir. La adrenalina comenzó a correr rauda por sus venas. ¿Por qué había hecho aquello? Estaba nerviosa y preocupada por la salud de Mik. Aquello, sin duda, había desajustado sus escasos planes. Los había volatilizado hasta convertirlos en cenizas. Debía pensar en algo, y rápido.

Pero nada acudía a su mente. Se había quedado en blanco. Sin hallar respuesta a tantas preguntas, volvió a asentir. ¡Había perdido definitivamente el juicio! Retorció sus puños entre la tela de su delantal para ocultar la animadversión que sentía por aquel hombre que se hacía llamar caballero.

— Voy a buscarlo a la trastienda.

Bajó la mirada y sus pasos le dirigieron hasta la mesa de trabajo donde había dejado preparado otro encargo. Tomó el tarro entre sus manos sudorosas. Aquel movimiento no serviría más que para ganar tiempo, pero, ¿qué otra cosa podía hacer? Rezó para que la suerte le sonriera de una vez. Rezó para que Dios le librara del influjo de Don Rodrigo, pero Él no quiso escucharla.

No aún.

— Sabía que me lo entregarías — susurró, casi relamiéndose en cuanto el tarro pasó de las

manos de la alquimista a las suyas —. Espero que esto sea suficiente.

— Lo será — le aseguró, más altiva de lo que pretendía.

Don Rodrigo volvió a clavar sus ojos en ella. Tragó saliva y esquivó su mirada.

— ¿Desea alguna cosa más, señor?

Tardó un buen rato en responder. Parecía estar disfrutando de poner a la antigua dama contra las cuerdas.

— No, de momento — contestó al final —. Pero volveré — su voz se tornó más grave, amenazante —. Desafortunadamente, me debo a mis asuntos y estos son graves y cuantiosos. La alquimia es tan solo un instrumento más a mi servicio, pero soy yo quien orquesta. No descansaré hasta ver cumplidos mis deseos. Uno a uno. Sin embargo, para desgracia de mis enemigos, se da la circunstancia de que nunca tengo suficiente. Siempre anhelo más. Y jamás me detengo ante nada, ni ante nadie. Recuerda mis palabras, Elvira, porque el que avisa no es traidor.

Y dicho esto, Don Rodrigo expidió una carcajada que puso a Elvira los vellos de punta. Depositó en el mostrador unas cuantas monedas de oro. Algunas, salieron rodando hasta el suelo. Ella no se molestó en recogerlas. De hecho, no apartó sus ojos de él hasta que no desapareció de su tienda tras propinar un sonoro puntapié a la puerta.

A continuación, algo más tranquila aunque no liberada de sus más hondas preocupaciones, dejó escapar un enorme suspiro que fue el preludio de un llanto silenciado, solitario y breve.

*

Por fortuna, los siguientes días transcurrieron sin incidentes. Resultaron un oasis de tranquilidad teniendo en cuenta la situación que se le venía encima. La salud de Mik mejoró progresivamente. Pese a la gravedad de su herida, era un hombre fuerte. Estaba consciente y despierto la mayor parte del tiempo y pronto se pudo incorporar para comer.

Traía en un zurrón el sucedáneo de ingredientes necesarios para preparar la pócima impostora. Esto tranquilizó a la alquimista, pues sabía que, sin Don Rodrigo regresaba enfurecido a su tienda con el objetivo de pedir explicaciones y reclamar responsabilidades, podría entregarle la nueva receta. Con ello, ganarían tiempo. De nuevo. Y quizá Mik estaría recuperado, al menos lo suficiente como para obrar su magia y, de ese modo, salvar una vida y librarse al mismo tiempo de Don Rodrigo para siempre.

Elvira comenzó a disfrutar en secreto de los momentos compartidos con él. A solas y en

compañía de su hijo. No recordaban viejos tiempos. No viajaban al pasado. Se limitaban a hablar de anécdotas acontecidas durante sus respectivas experiencias en el desarrollo de la alquimia; o a comentar lo formal y buen muchacho que era Yani.

Además, Mik ablandó el corazón de la antigua dama de otro inesperado modo: demostrando poseer cualidades para convertirse en una excelente figura paterna para su hijo. Parecía encantado de pasar tiempo con él. Se empeñó en enseñarle a leer y escribir. Pese a que su madre le había dado nociones básicas en esos ámbitos, Mik insistió en que debía aprender a desenvolverse correctamente en el mundo de la palabra escrita si quería llegar a ser alguien en la vida.

Con él, se mostró paciente y entregado. Pronto compartieron miradas cómplices a la hora de la comida y de la cena. Era como si lograsen comunicarse a través de telepatía, o algo similar a ojos de Elvira. Ceñuda, aunque encantada en el fondo, les reprochaba débilmente que no la incluyeran en sus juegos y trastadas.

Una noche, antes de caer rendida en la cama, se percató con incredulidad que Mik estaba ejerciendo de padre. Ni más ni menos. ¡Era inaudito! Nunca había conocido a un hombre así. Su progenitor, sin ir demasiado lejos, jamás le había dedicado demasiada atención. Ni a ella, ni al resto de sus hermanos o hermanastros.

Con lágrimas en los ojos, se dirigió hasta el jergón donde Mik descansaba tras obedecer un impulso movido por la nostalgia. Se cercioró previamente de que él estuviera dormido y susurró, sin ánimo de que él lo escuchara:

— Gracias a ti, poseo lo más preciado que nunca pude imaginar: un hijo. Durante años, había perdido la esperanza por completo y tú me la devolviste. A pesar de todo lo acontecido entre nosotros... siempre estaré en deuda contigo.

Sentenciadas estas palabras, dio media vuelta, dispuesta dirigirse al piso superior y fingir que ese episodio de debilidad no había tenido lugar. Se estaba enjuagando las lágrimas cuando, de pronto, escuchó una voz grave a su espalda:

— Eres muy buena madre. Estoy plenamente orgulloso de ti.

Ahogó un gemido y su instinto le pidió huir, mas algo se lo impidió: una mano agarró su brazo con delicadeza, aunque también con cierta fuerza.

— Y eres muy valiente, Elvira. Una de las mujeres más intrépidas que conozco, en realidad.

— ¡Cállate! — le exigió ella entre susurros.

Mik obedeció, pero no le dejó escapar. Al contrario, pegó su cuerpo al de ella y la abrazó sin que esta pudiera hacer nada por evitarlo. Las lágrimas cayeron de su pálido rostro sin control. Temblaba entre los brazos de ese hombre proscrito al que le debía la vida, y viceversa. Antiguos recuerdos y pensamientos lujuriosos crearon una mixtura peligrosa en su cerebro. Tales emociones, difíciles de distinguir, mucho más de gestionar, terminaron confundiéndola.

En semejante estado de vulnerabilidad, se permitió bajar la guardia. Por eso, cuando los labios de Mik terminaron posados sobre los suyos, no hubo vuelta atrás. Se acariciaron con furia, con cierta agresividad que obedecía a un fuego primitivo que debían apagar con tal de seguir respirando. Dieron la bienvenida de nuevo a la exploración de esos cuerpos que conocían tan bien, aunque hubiesen cambiado por el paso del tiempo. Sus bocas se saludaron de nuevo, se reconocieron y se afanaron por dejar claro cuánto se habían echado en realidad de menos. La camisa de Mik cayó al suelo. Protestó por el tirón que la herida casi curada le propinó tras el movimiento. El camisón de ella corrió la misma suerte.

Desnudos, liberados tanto de sus miedos como de sus rencores, se tumbaron en el jergón entre jadeos y murmullos ininteligibles. Hicieron el amor dos veces: la primera con urgencia, desesperación, hambre y ganas. La segunda, con pasión, honestidad y el deseo envuelto entre miradas ardientes que se perdían en la oscuridad.

Exhaustos, se quedaron dormidos tal y como Dios los trajo al mundo. Elvira despertó unas horas después. Recordó lo que acababa de suceder y una pátina de pudor y arrepentimiento lo tiñó irremediabilmente todo. ¿Cómo había podido ser tan débil? Traicionaba la memoria de su padre yaciendo con el hombre que defendía a aquellos que lo dieron muerte.

Se desembarazó del abrazo de Mik y no pudo evitar sentirse sucia al tiempo que cubría de nuevo su cuerpo con el camisón. Vistió su piel, mas su conciencia seguía expuesta, en carne viva, a la vista de cualquiera.

— ¿Ya te marchas?

La voz de Mik tras ella le hizo pegar un respingo. No le contestó. Se limitó a alejarse de él con la cabeza baja y los ánimos por los suelos.

— Quiero que seamos una familia — insistió Mik, tras incorporarse sobre el jergón con cierta dificultad.

Elvira rezó para que no fuese tras ella. No deseaba discutir, aunque en el fondo lo que anhelaba era que él volviese a tocarla como había hecho aquella noche. Que le susurrara palabras de amor al oído y le prometiera que, de ese momento en adelante, todo iría bien. Que haría lo imposible por ella y por su hijo. Que siempre los cuidaría.

Pero no podía ser. No con su aspecto, con su pasado, con todos esos remordimientos que él despertaba en su interior. Demasiadas cicatrices surcaban su relación. Era imposible sanarlas, o comenzar de cero. Sería demasiado ingenua si pensara que había un futuro para ellos juntos. Estaba cansada de lidiar contra sí misma, contra él, contra las posibilidades irreales que su corazón insistía en proyectar para confundirla.

Su sentido común batallaba constantemente con sus irracionales deseos. Toda aquella guerra era agotadora, además de un ejercicio inútil.

— Lo que acaba de suceder no va a repetirse — le dijo —. No podemos ser lo que nunca fuimos, lo que jamás seremos.

— ¿Qué más debo hacer para demostrarte que...

— Para comenzar, necesitaría respuestas. A cientos de preguntas. Algunas, llevo guardándomelas cinco años, y...

— Tendrás de mí todo lo que demandes.

— Solo quiero la verdad.

— Eso te daré.

Elvira negó con la cabeza. No era tan fácil.

— En cuanto te repongas del todo, te marcharás. Así lo acordamos — sentenció Elvira, cortante.

— ¡Jamás llegamos a tal acuerdo! No voy a abandonarte. Necesitas ayuda. Tú y Yani estáis en peligro y lo sois todo para mí.

De nuevo, las manos de Mik sobre ella. Esta vez, en sus hombros. Su piel, traicionera, reaccionó erizándose. ¡Cuánto lo había echado en falta! Como hombre, como amante, como compañero.

— Por favor, no lo pongas más difícil, Mik — le rogó ella con voz ronca.

Él no insistió. Se apartó de ella lo suficiente como para que pudiera, por fin, recuperar el resuello y acaparar la fuerza de voluntad necesaria para subir las escaleras que la alejarían de su potente influjo.

— ¿Por qué no puedo hacerlo? — inquirió Mik tras un largo silencio.

Ella resopló.

— Es mi negocio. Lo seguiré haciendo sola. Me ha ido bien así, sin la ayuda de nadie, durante años, por lo tanto, no estoy dispuesta a cambiar mi modo de proceder.

Él dejó caer con furia un paño con el que se estaba limpiando las manos tras crear una pócima de ingredientes sumamente variados y complejos. No quería molestarse, pero quizá ya era tarde para eso.

— ¿Acaso te avergüenzas de mí?

La pregunta quedó flotando en el ambiente como si fuese un virus. Elvira carraspeó y trató de ignorarla mientras mezclaba dos raíces de plantas con unas raras semillas cuyo aroma le recordaba al de la vainilla.

Llevaban conviviendo cerca de diez semanas. Jamás lo reconocería, pero se había habituado a su presencia, a su interesante conversación, a contar con su protección, a que se encargara de las tareas más pesadas y repetitivas del día a día.

El negocio iba mejor que nunca. Su hijo parecía más feliz y disfrutaba con la instrucción de su padre en el arte de las letras y de las ciencias. En cuanto a ella... estaba dispuesta a admitir que sonreía más. Se sentía segura, pese a que la sombra de Don Rodrigo planeaba tan cerca de sus preocupaciones.

— Elvira...

— ¿Avergonzarme de ti? ¿Por qué preguntas tal cosa? ¿Por tu pasado como capitán de un barco pirata? ¿Por esas amistades tuyas que estuvieron involucradas en el asesinato de mi padre? ¿Por haber sido tú mismo un homicida bajo demanda? ¿Por ser el títere del gobernador? ¿Por haber aceptado un encargo que consistía en acabar con mi vida? ¿Por todo lo que sucedió después?

Mik se pasó las manos por la cabeza.

— Ya hemos discutido todo eso. Te conté toda la verdad y...

— ¡Y me arrepiento cada día de haber demandado conocer tal información! — exclamó Elvira, sin mencionar el hecho de que ya sabía parte de los hechos narrados por Mik a través de las misivas que nunca llegaba a enviar a su hermano.

— Lamento que disguste, pero es lo que soy. No puedo cambiar mi pasado, ni mi destino.

Se había vuelto a afeitarse el pelo y la barba. Parecía más joven. La herida del torso cicatrizaba bien. Había ganado peso con los ricos guisos que preparaba una esmerada Elvira.

Y ella no dejaba de encontrarlo cada vez más atractivo, para su desgracia.

— Ojalá pudieras hacerlo. Solo de ese modo habría solución para esto...

— ¿A qué te refieres?

Elvira calló. No quiso admitir que, pese a todo, lo quería. El afecto que sentía por él era real, auténtico. ¿Cómo se las había ingeniado el extranjero para robarle el corazón? Quizá alguna extraña pócima... imposible. Cinco años separados no habían menguado sus sentimientos.

— No dejas que atienda a los clientes, ni siquiera cuando son varios los que aguardan su turno mientras estás ocupada en la trastienda.

— ¡Es mi negocio! Mío y de nadie más.

— ¡Lo levantaste con dinero que me pertenecía! ¡Yo solo quiero ayudarte!

Suspiraron con hastío casi al mismo tiempo. Mik se acercó a ella vacilante. Bajó la voz y finalmente, se atrevió a expresar en voz alta lo que pensaba:

— Tampoco permites que te toque salvo por la noche, si has bebido algo de vino durante la cena.

Elvira se apartó, asqueada por semejante comentario. Si bien era cierto, no le agradó que se lo echara en cara con tanta confianza y sin rodeos.

— ¡No es verdad! Yo nunca quise... he querido... — cerró los ojos con fuerza hasta que escupió la palabra —, yacer contigo.

Aquella era una mentira tan absurda que ninguno de los dos la creyó.

— Lo disimulas bastante bien — susurró entonces a su oído Mik mientras trataba de fingir que no le afectaba su enésimo rechazo —. Jamás he escuchado una sola queja, muy al contrario.

Considero más bien que siempre he logrado dejarte... satisfecha — la voz grave, tan masculina y sugerente, le puso la piel de gallina —. Atrévete a negarlo.

Elvira se apartó de él. Recordó las ardientes manos del extranjero recorriendo suavemente su piel. Rememoró el placer extremo que le provocaba esa lengua en los rincones más privados de su cuerpo. ¡Por supuesto que Mik le satisfacía! Con plenitud, además. Si no fuese porque se empeñaba en seguir odiándolo, no tendría reparos en despertarlo en mitad de la noche, cada noche, y suplicarle que le hiciera el amor.

Se sintió excitada. Para calmarse, tomó un vaso de agua. Así, evitó replicar y continuar esa guerra absurda que ambos mantenían.

Le concedió el honor de ganar porque tenía otras cuestiones en mente. Por ejemplo, el retraso en su periodo. Las nauseas matutinas. Los pechos hinchados. El sueño que le invadía a media mañana. Todos los síntomas que experimentó en las primeras etapas de su embarazo anterior se repetían, como si se trataran de una premonición.

¿Estaría de nuevo en cinta? No había manera de responder a tan aterradora pregunta al instante. Se culpó por ser tan débil, por ceder ante los instintos carnales que Mik le servía en bandeja de plata.

Si cometía el mismo error otra vez, nunca se lo perdonaría. A duras penas podía justificar su convivencia con un niño de piel oscura y cabello dorado ante su clientela. Si otro bebé de rasgos similares se unía a la ecuación, el resultado sería desastroso. Se traduciría en su ruina. Ni siquiera podría permitirse el lujo de comenzar de cero en otra ciudad: en cada lugar su suerte estaría echada. La gente hablaría. La gente ataría cabos y deduciría que aquellos dos eran sus propios hijos, alumbrados por ella misma, una mujer blanca.

Solo de pensarlo, Elvira se puso a temblar.

Se llevó las manos al vientre con disimulo. En el peor de los casos, tendría que deshacerse del problema. Si llegaba la gestación a término, no quería mirar la cara de esa criatura, o escuchar su llanto. Sabía que entonces no sería capaz de separarse de su hijo. O hija.

Debía actuar antes de verse en semejante encrucijada.

Por eso, aquella misma noche, se levantó en plena madrugada y, sin hacer ruido, se dirigió hasta la despensa para mezclar unas potentes hierbas. Lo hizo encerrada en aquella pequeña habitación, al amparo de una titilante vela. El calor era insoportable y apenas había espacio para maniobrar, pero se las apañaría. Había preparado cientos de veces el mismo encargo y ninguna de sus clientas tuvo quejas. El remedio era efectivo, eficaz. Sin duda, se libraría del problema.

Pese a todo, no estaba feliz por haber hallado una solución tan radical. Tampoco albergaba convencimiento con respecto a lo que se disponía a hacer. Amargos recuerdos de su juventud emergían a la superficie para recordarle todo lo que sufrió por no poder tener hijos con su esposo. ¿Acaso ahora iba a renunciar a semejante bendición de Dios?

Las palmas de las manos le sudaban cuando, tras terminar de preparar el combinado, disolvió la machacada pasta en un gran vaso de agua. Removió el contenido con un pequeño palo de madera. Debía ingerirlo todo, hasta la última gota. El mejunje olía a rayos y sabía peor, según lo que comentaron sus clientas. Conocía los efectos de las hierbas: un hondo malestar, seguido por calambres, náuseas, vómitos, mareos y dolores de cabeza. Solo así se purgaría por dentro hasta que no quedara ni rastro de esa nueva vida en su interior.

Aquel era el precio que debía pagar para que ella y su hijo pudieran seguir prosperando. Una vida a cambio de dos. Se permitió unos minutos para despedirse de ese hijo al que no quería alumbrar. Imaginó que lo acunaba, que lo besaba, que sentía un amor desbordado como el que experimentó cuando sostuvo a Yani entre sus brazos por primera vez. Las lágrimas no tardaron en aflorar.

Estaba segura de que en su vientre algo había germinado. Su instinto no hacía más que repetírselo. Reprimió un sollozo e intentó sacar fuerzas de flaqueza. Tras mentalizarse de que por fin iba a hacerlo, inspiró y se llevó el vaso a los labios temblorosos.

De pronto, la puerta de la despensa se abrió con ímpetu. Mik observó la escena por dos segundos y ató cabos a la velocidad del rayo:

— Elvira, ¡no lo hagas!

Paralizada, se llevó la mano a la boca y lloró con amargura. Sin que se diera cuenta, él le arrebató el maldito líquido y la abrazó con fuerza.

— Por favor, no lo hagas. Te lo ruego, Elvira. No lo hagas.

Estuvo suplicándole durante varios minutos. Ella, hecha un despojo humano, un mar de dudas, se dejó arrullar por la suave letanía de esa voz grave y con acento extranjero pero, al mismo tiempo, firme y aterciopelada.

— Se supone que yo nunca tendría hijos.

Mik sonrió con ternura. Le secó las lágrimas y la obligó a mirarle a los ojos.

— ¿No has pensado que quizá... fuese tu esposo, y no tú, el que presentaba... complicaciones para... concebir?

Retrocedió lo poco que pudo y abrió la boca en un gesto de sorpresa absoluta.

— No — concluyó rápidamente —. Jamás lo había contemplado de ese modo.

Mik asintió, mas no añadió nada. Permitió que Elvira asimilara sus palabras. La vela estaba a punto de consumirse y el ambiente se tensó con el fin de recordarles que estaban ante un momento crucial en sus vidas.

— Te conozco bien. Sé que harás lo que estimes oportuno para... resolver esta situación, por mucho que mis deseos sean otros — indicó —. Por lo tanto, solo te pediré que reconsideres si eso que estabas a punto de hacer cuando he atravesado esa puerta es la única solución para ti, para Yani. Si, por el contrario, existieran otras alternativas en tu horizonte, así fuesen mínimas, por favor, no lo hagas.

Elvira negó con la cabeza. Mik suspiró con una tristeza infinita.

— También se trata de mi hijo.

Hubo desesperación en su voz. Ella se sorprendió al verlo tan hundido, tan repentinamente vulnerable.

— ¿Y qué será de esta criatura en un mundo que no le pertenece? ¡Mira a Yani! No es completamente negro, ni blanco. Su piel no es, ni por asomo, tan pálida como la mía. Está en tierra de nadie. Apenas habrá oportunidades para él. Tampoco para su futuro hermano. Si puedo evitar que mis hijos sufran, eso haré. Como su madre, es mi deber.

Mik no reaccionó a sus palabras. Al menos, no instantáneamente. Pero lo hizo, cuando organizó sus ideas y estuvo preparado:

— Quizá tengas razón. Una solución podría ser esa: evitar que ese hijo tuyo, nuestro, venga a este mundo — concedió —. Pero consideremos otras alternativas...

— ¿Cuáles? Si piensas que por un segundo voy a aceptar que otra mujer críe a...

— ¡No, Elvira, jamás te pediría eso! — le costó mantener un tono de voz plano, pero debía hacerlo para no perder la compostura —. Lo que me gustaría proponerte es que los eduquemos bien. A Yani y a su hermano, o hermana. Los criaremos de tal modo que con esto — se señaló la sien —, puedan enfrentarse a ese mundo cruel que los espera fuera. Solo así vencerán los obstáculos, se harán fuertes y sabrán defenderse del sistema que los condena a ser ciudadanos de segunda. Si cuentan con nuestro afecto, con nuestro apoyo, serán capaces de sobreponerse a las circunstancias. Nosotros lo hemos hecho. No lo hemos tenido fácil y sin embargo, aquí estamos — se acercó para besar su mejilla —. Con tu terquedad y mi ambición, nuestros hijos tendrán el

mundo a sus pies.

Y dicho esto, salió por la puerta, dejando a Elvira sola entre aquellas cuatro reducidas paredes. El espacio se llenó de un millón de interrogantes. Las dudas le acecharon durante lo que pareció una pequeña eternidad. Imaginó distintos escenarios. Sopesó cada camino y lo recorrió con el corazón.

La luz de la vela se apagó justo cuando hubo tomado una decisión. Nuevas lágrimas discurrieron por el camino de las antiguas. Sin embargo, al menos, ahora tenía la mente más despejada, sin ese peso sobre los hombros.

Salió de la despensa, abrió una ventana y derramó el espeso líquido, que se perdió calle abajo.

— Que Dios nos ampare — murmuró a la criatura.

A Elvira cada vez le gustaba menos salir de casa. Odiaba tener que lidiar con las miradas, cuchicheos y habladurías que despertaba al pasar. Caminaba por el mercado o camino a la plaza con la cabeza bien alta y la barbilla en ristre, lista para la guerra. Nadie se atrevió a confrontarla con preguntas directas o comentarios malintencionados, no obstante. Y, en el fondo, lo agradeció: no deseaba enfrentarse a aquella oleada de suspicacia revestida de malicia.

A Doña Elvira de Diego los rumores le habrían afectado tanto como para mantenerla indispuesta en la cama día y noche. Sin embargo, a la nueva le daba igual. Solo pensaba en que la situación era mala para su familia y mala para su negocio.

— ¿Qué sucede? — le preguntó Mik tras escuchar el quinto suspiro consecutivo.

Ella se enjuagó el sudor de la frente y levantó la mirada con los brazos en jarras.

— No soporto las habladurías — se sinceró tras un silencio tenso.

— ¿Qué habladurías?

— Las aborrezco — continuó ella, sin responder su pregunta —. Me enfurecen y así no puedo concentrarme en sacar adelante las tareas pendientes. Además...

— ¿Por qué no tratas de ignorarlas?

— ¡Porque es imposible ignorar esto! — Elvira se acercó hasta él y se señaló el abultado vientre con ambas manos.

Mik recortó la escasa distancia que los separaba y le apartó un mechón de cabello.

— No habría tantos rumores si tú...

— Si yo, ¿qué?

Le costó continuar con la conversación. No quería batallar con Elvira. No cuando tenían tanto por hacer.

— Si tú no tuvieras problemas con el hecho de que ese hijo que crece en tu vientre sí tiene padre — su voz fue ganando seguridad a medida que terminaba la frase —. Y ese soy yo.

La antigua dama rio sin piedad y expulsó su veneno con el afán de quedar en paz consigo misma.

— Prefiero que la paternidad del hijo que espero quede en duda antes de que todos sepan la verdad.

Aquello le dolió tanto como el más certero de los golpes en una pelea cuerpo a cuerpo. Cerró los ojos y se apartó de ella con solemnidad. Regresó a sus quehaceres sin rebatir sus palabras. Elvira no deseó borrarlas, pero tampoco se sintió mejor después de dejarlas salir. Debatió consigo misma si debía disculparse o no, pero no terminaba de llegar a un acuerdo. Lo cierto era que Mik estaba exhibiendo un comportamiento ejemplar.

¿Por qué seguía comportándose de aquella manera tan cruel? Quizá porque, muy dentro de su corazón, era conocedora de una verdad que no estaba dispuesta a admitir. Insistía en alejar a Mik, aunque no lo quería dejar marchar nunca. Esa contradicción amenazaba su cordura cada día e iba a extinguir su integridad de un momento a otro.

Aún lo amaba, pese a todo, y eso era lo que más le irritaba. Quizá ahora más que antes. Y es que nunca dejó de hacerlo pese a la traición, pese a que su unión siempre fue imposible. Estaba proscrita y prohibida por las leyes. ¿Por qué entonces lo que habían vivido juntos, lo que aún vivían, había sido más real que los diez años que pasó al lado de su marido? Su matrimonio con Leopoldo resultó ser una farsa, mientras que esos sentimientos flotando en el aire de aquella habitación eran indiscutiblemente tangibles.

La puerta de la tienda se cerró de un sonoro portazo. Elvira salió rápidamente disparada hacia el mostrador. En cuanto vio a Don Rodrigo, un presentimiento funesto le invadió sin remedio. Entonces supo que el día iría a peor.

Iba a enfrentarse a las consecuencias de sus actos. Pagaría cara su osadía tras entregarle a Don Rodrigo un remedio inútil contra sus infames planes.

Se armó de valor y lo saludó mientras restregaba las manos sudorosas en el delantal.

— Buenos días, señor, ¿qué se le ofrece?

El aludido gruñó. Escupió en el suelo como si de pronto hubiese olvidado todos sus modales.

— No está muerto — anunció sin más.

Elvira insistió en forzar su sonrisa.

— No sé de qué está hablando...

— Lo sabes bien. El último encargo que te hice, Elvira, no lo cumpliste. El muy... bastardo sigue vivo y coleando tras probar tu remedio. ¿Acaso crees que soy estúpido?

Estaba claro que Don Rodrigo permanecía bajo la influencia de alguna sustancia que modificaba su ya de por sí voluble carácter. ¿Alcohol? ¿Opio? No lo sabía con certeza, pero debía andarse con mucho cuidado.

Pensó en urdir alguna estratagema, y rápido, antes de que él se percatara de que hubo gato encerrado en el encargo que le facilitó.

— Ya recuerdo: la pócima que se llevó usted...

— ¡Exijo una compensación por tu ineptitud! — gritó fuera de sí. Elvira rezó para que Mik no saliera de la trastienda dispuesto a interferir.

— ¿Ineptitud? Lamento contrariarle, señor, pero mi reputación me abala: yo no cometo errores.

Ya que había comenzado aquella farsa, seguiría adelante con la pantomima y asumiría todas sus consecuencias, hasta el final. Así la torturaran, defendería a capa y espada su inocencia.

Don Rodrigo rio.

— ¿Estás diciéndome que no fue culpa tuya?

— Quizá la dosis no fue acertada — trajo a colación, improvisando —. ¿Pudo disolver todo el contenido de la mezcla en agua, leche o vino?

Por fortuna para la antigua dama, el rostro de su cliente se contrajo en una mueca rabiosa:

— ¡Pardiez, no!

El alivio que sintió no fue comparable a ninguna otra sensación que hubiese experimentado recientemente.

— Era absolutamente necesario, señor.

— ¡No me lo advertiste!

— Sí lo hice — mintió ella —, de cualquier modo...

Su voz se extinguió al notar la sucia mirada de Don Rodrigo sobre su cuerpo de nuevo. Esta vez, concretamente centrada en su abultado vientre.

— Te creí más inteligente — bisbiseó con una mueca de repugnancia.

Elvira bajó la mirada y decidió no contestar. Se mordió el labio inferior y rezó para que

algún menester hiciera que su cliente abandonara el establecimiento de inmediato o que alguien los interrumpiera. Excepto Mik, por supuesto.

— Eres una pelandrusca muy desvergonzada — añadió con voz lasciva.

— Le ruego que si solo ha venido aquí a insultarme, se marche por donde ha venido, señor.

No supo de dónde sacó las fuerzas para pronunciar esas palabras, pero no se arrepintió de haber recuperado la dignidad. El bebé celebró la osadía de su madre dándole una patada en el vientre. Sin embargo, su euforia duró poco. Don Rodrigo se acercó hasta ella, se inclinó sobre el mostrador de madera y susurró:

— Para abrirte de piernas con cualquiera y acabar así, podrías haber sido más astuta y encamarte conmigo.

— Se lo advierto, señor...

— Yo te hubiera pagado bien — continuó él como si nada —. Más que bien. Mejor que por tus potingues, los cuales no son tan eficaces como proclamas, que no te quepa ninguna duda.

Tuvo suficiente. Casi movida por la rabia y la inercia, Elvira estampó la palma de su mano en la mejilla de Don Rodrigo. El mundo entonces pareció detenerse. Era tarde para arrepentirse, así que ni siquiera se lo planteó. Recuperó así su porte de dama, ese orgullo que nadie le podría arrebatarse jamás.

Entonces, una sombra funesta apareció tras los ojos de su cliente, que no dudó en atrapar su cuello con la mano abierta y contraer los huesos en un fortísimo agarre. Elvira, aterrada, dejó escapar un estertor de sorpresa al tiempo que luchaba por respirar.

Una sonrisa helada cruzó el rostro del caballero.

— Ninguna zorra se atreve a cruzarle la cara a Don Rodrigo De Espinosa y Cifuentes. Esto no quedará así, Elvira. Pronto regresaré para exigir lo que me debes. Y ni tus artes como alquimista ni tu belleza menguada te salvarán la próxima vez. ¡Vigila tus espaldas!

Dicho esto, apartó su mano del magullado cuello de Elvira y abandonó la tienda con aires de grandeza. La alquimista se llevó los dedos a la zona dolorida y luchó para respirar con normalidad. Un sudor frío brotó por los poros de su espalda. Percibió un líquido caliente deslizándose por sus muslos hasta empaparle los pies. Un leve mareo seguido de un agudo dolor en el bajo vientre le hicieron doblarse en dos.

Antes de que todo se volviera negro, la sombra de Mik logró atraparla justo cuando estaba a punto de tocar el suelo.

— Mi bebé. ¡Dios mío, mi bebé! — gimió entre sollozos que solo pudo oír ella.

*

Abrió los ojos y los volvió a cerrar. Se sentía mareada, débil, casi como si el alma fuese a salirse del cuerpo. Escuchó voces a su alrededor, pero tan ingravidas, tan lejanas, como si perteneciesen a alguna entidad de otro mundo. Un hombre y una mujer conversaban entre sí mediante murmullos. Las palabras no le resultaron familiares.

— ¿Voy a morir?

Nadie respondió a su pregunta, pero sus labios fueron mojados por unas cuantas gotas de agua que le ayudaron a sentirse mejor. Un paño húmedo en la frente le proporcionó un placentero escalofrío. Abrió los ojos, agradecida con quienquiera que le estuviese asistiendo en tan delicados momentos.

No vio a nadie, solo dos o tres sombras negras, difusas, opacas. La penumbra reinante contribuyó a que perdiese la noción del espacio, también del tiempo. Sin embargo, no tenía miedo. Una mano agarraba fuerte la suya. Era cálida, fuerte. Le insuflaba esperanza y valor.

— Lo estás haciendo muy bien, Elvira. Sigue así.

No supo distinguir a quién pertenecía aquel melodioso acento, pero sin duda se trataba de una mujer. Sus palabras tuvieron un efecto casi mágico en ella. Era como si su dueña tuviese la capacidad de sanar mediante el uso de su voz. Más tranquila, volvió a caer en un duermevela ligero que duró horas. Un quejido agudo le trajo de vuelta a la realidad. Identificó la fuente de la que provenía el sonido y se quedó de piedra al hallar entre su pecho a un bebé recién nacido.

— ¡Oh, Dios mío!

Acunó a la criatura y la besó con emoción. Dos lágrimas se deslizaron por sus ojos sin que pudiera hacer nada por evitarlo. En cuanto se serenó, su instinto maternal le obligó a descubrirse para darle de mamar. No lo consiguió ni mucho menos al primer intento, pero en cuanto esa diminuta boquita comenzó a succionar con brío siguiendo su más puro instinto, se relajó, algo más tranquila.

— Tuviste un parto prematuro, niña — le anunció una voz a su lado que le hizo pegar un respingo.

Reconoció al instante ese acento que había escuchado tan solo unas horas antes, mas los rasgos de la anciana no le resultaron conocidos. La luz de las velas jugaba a crear claroscuros con los ángulos de su ajado rostro. Tenía las mejillas hundidas y los pómulos altos. La piel

oscura, casi negra, y uno de sus ojos cubierto por una neblina blanca que le daba un aire fantasmal.

— Casi te nos mueres. Tú y la criatura. Perdiste mucha sangre. Por fortuna, tu esposo me llamó a tiempo y pude detener a los demonios que querían llevarte al otro mundo.

Estuvo a punto de contradecirla: ella carecía de cónyuge. Tampoco creía en esos entes malignos de los que aquella mujer le hablaba. Sin embargo, no abrió la boca. Sin duda, se trataba de una hechicera, una chamana o una santera. Quizá, las tres cosas al mismo tiempo. Poco importaba si le había salvado la vida, no obstante. Se disponía a agradecerse cuando sintió que unos pasos se aproximaban a ella. La figura se agachó a su lado y le besó la frente con devoción.

— Es una niña, Elvira. Y es perfecta.

Ella sonrió sin que pudiera evitarlo. Sus ojos quedaron presos de la mirada de su hija: eran grises, despiertos. Una pelusa rizada color marrón claro cubría su pequeño cráneo. Su piel, aun rosada, pronto se oscurecería, igual que le ocurrió a Yani, su hermano mayor. Precisamente estaba siendo testigo de la escena desde una distancia prudencial. Su padre lo invitó a acercarse. Le dedicó unas palabras suaves y afectuosas que provocaron una tímida risa en el niño. Los dedos de Mik, finos y largos, acariciaron la mejilla de la recién nacida con una ternura y devoción tales que Elvira tuvo que apartar la mirada para evitar emocionarse de nuevo.

La curandera recogió sus bártulos, emitió una serie de murmullos que sonaron a plegaria y se marchó tras bendecir a madre e hija en varios idiomas distintos. Ante la puerta, Mik le entregó unas monedas de oro en pago por sus servicios.

La casa quedó en silencio. Yani se retiró a su cama para dormir tras darle un beso a su madre y a su hermana. La bebé cerró sus ojitos. Elvira estaba a punto de sucumbir ante el cansancio. Giró la cabeza y ahí volvía a estar él: Mik. Le había salvado de morir y ahora no se apartaba de su lado.

Estuvo a punto de pronunciar unas palabras de gratitud. En lugar de eso, miró de nuevo a la cara de su hija y dijo entre susurros:

— Podríamos llamarla Valentina. Siempre me gustó ese nombre — La niña se revolvió y emitió un sonido agudo —. ¿Quieres sostenerla?

Mik ni siquiera se lo pensó. Tomó a la bebé entre sus brazos y la acunó suavemente. Su cuerpecito parecía incluso más pequeño al lado de su padre. Él sonreía embobado y miraba a la niña como si jamás hubiese visto algo tan hermoso antes. La besó y cerró los ojos con fuerza mientras sostenía su cabecita.

— Tuve tanto miedo de perderte... — la voz le salió quebrada, rota —. A ti y a ella. Valentina. Es hermoso, casi tanto como tú. Y como nuestra pequeña.

Elvira tragó saliva. No quería asimilar el hecho de que estuvo coqueteando con la muerte hacía tan solo unas horas. No sentía dolor, ni siquiera molestia. Tan solo un cansancio sordo que pronto pasaría. Comparado con su parto anterior, este había sido casi como coser y cantar. No obstante, para Mik la experiencia había sido totalmente diferente. Angustiosa, estremecedora, digna de figurar en sus pesadillas en los años venideros.

— Dame a la niña y ve a descansar — pidió ella con un hilo de voz.

— No. Tú debes descansar. Yo cuidaré de ti y de los niños.

Elvira asintió. Las palabras de Mik fueron aposentándose en su conciencia para hacerla estremecer. Jamás creyó posible que un hombre se comportara así y menos él, antiguo pirata y asesino a sueldo. Un escalofrío le recorrió la espalda. Ningún otro hombre que conociera de su vida anterior quiso inmiscuirse de aquel modo en el ámbito familiar. Ni su padre, que en paz descansara, ni mucho menos las amistades o los conocidos de su esposo, que solían beber hasta el hartazgo en una taberna celebrando su paternidad mientras la parturienta agonizaba en la cama.

Mik había demostrado su implicación a muchos niveles. Con Yani recientemente y ahora, con la pequeña Valentina. Su intervención les había salvado la vida. Elvira lo miró de nuevo con lágrimas en los ojos siguiendo la estela de sus pensamientos. Él miraba embobado a su hija haciendo gala de un amor genuino hacia ella. La niña le removía dentro sentimientos que traspasaban sus ojos. Era de esa clase que no se puede fingir, ni impostar.

Tras percatarse de todo aquello, las lágrimas fueron imparables. Procuró silenciarlas, borrarlas, acallarlas, pero él se percató de su frágil estado emocional. Por eso, le acarició con mimo el mentón y sonrió con afectación:

— Todo está bien, Elvira. No has de temer nada. Voy a cuidar de ti.

Asintió. De aquello no le cabía duda alguna, era otra cuestión la que nublaba su mente. Dejó pasar unos instantes que le sirvieron para poner en orden sus pensamientos.

— Llevo preguntándomelo desde que nos conocimos en esas circunstancias y sigo sin hallar la respuesta...

— ¿A qué te refieres?

— No sé si te merezco o, al contrario, eres tú quien no me merece a mí.

Mik frunció el ceño y clavó sus ojos oscuros en los de Elvira. Demandó con la mirada una explicación.

— Si he de guiarme por la educación que he recibido y las normas sociales que me han sido inculcadas, entonces...

— Elvira... — era un ruego agónico, sin embargo ella no se detuvo.

— En cambio, si he de guiarme por lo que veo, por lo que pienso y por lo que siento, yo...

— ¿Qué sientes? ¿Qué sientes por mí, Elvira?

Ella apartó la mirada, cohibida, expuesta. Tragó saliva. Notó en sus labios un roce y, dejándose llevar, correspondió al beso. Varios gemidos escaparon de sus gargantas. Los de él, anhelantes, vibrantes. Los de ella, redentores, entregados.

Mik supo entonces, casi por intuición, que la antigua dama por fin capitulaba, por fin alzaba la bandera blanca para terminar la guerra que hubieron iniciado hacía más de un lustro.

Se apartó, le tomó de la mano mientras que con el otro brazo acunaba al bebé y le pidió con voz trémula, cuajada de emociones y deseos enquistados:

— ¡Cásate conmigo!

Tercera parte

No fue tarea fácil, pero consiguieron lo que tanto se proponían. Tras la completa recuperación de Elvira, dedicaron gran parte del poco tiempo disponible que les restaba tras los encargos a entrevistarse con distintos párrocos, religiosos, curas y reverendos.

Todos estos encuentros fueron infructuosas. La mayoría, de hecho, desembocó en rechazos, en palabras y miradas poco misericordiosas al exponer la pareja sus intenciones tras las presentaciones de rigor. Afortunadamente, la perseverancia tuvo su recompensa y, al cabo de varias semanas, obtuvieron la bendición de un antiguo miembro de una orden proveniente de Herovia que se había establecido en el Nuevo Mundo varias décadas atrás. Se trataba de un hombre enjuto, delgado y paliducho, que tras escuchar su historia con ojillos brillantes les citó tres días más tarde en su ermita.

Así, casi rayando el atardecer y acompañados por sus dos hijos, Elvira y Mik accedieron a una remota edificación que se encontraba medio en ruinas y a punto de ser devorada por la densidad de la inmediata jungla. Pese a ello, había algo hermoso en aquella precipitada decadencia: la ausencia de techo permitía que los últimos rayos de sol penetrasen por doquier; impactaban contra las últimas vidrieras que quedaban en pie creando un espectáculo de luces de colores proyectados en el suelo creando un hermoso mosaico.

Era como si el misticismo de la religión y el poder de la naturaleza uniesen sus fuerzas en ese lugar tan especial.

— Es perfecto — declaró Elvira, sonriente.

— Tú lo eres — rebatió Mik con emoción en la voz —. La novia más hermosa que jamás haya visto.

Se ruborizó ligeramente mientras Yani se unía a los elogios. Su madre le dedicó un gesto afectuoso y le pidió que cuidara de su hermanita mientras la ceremonia tuviese lugar. Llevaba puesto un vestido de un amarillo apagado cuya falda acampanada creaba la ilusión de una cintura más estrecha. Las mangas abullonadas, tal y como marcaban los cánones de moda de la época, se ceñían a sus esbeltos brazos, y estaban bordadas con hilos dorados que creaban motivos florales.

La nuca, despejada, comenzaba a perlarse debido al sudor producto de los nervios. Era su segunda boda, pero las sensaciones que experimentaba no tenían nada que ver. Era como si fuese una persona diferente, una nueva mujer. La noche y el día.

Se dirigió hacia el altar y Mik la alcanzó poco después para situarse a su lado. Lucía una camisa blanca recién estrenada que contrastaba con su piel oscura y unos pantalones marrones. Calzaba botas altas de cuero negro. Recién afeitado, sus rasgos se percibían con mayor nitidez. Elvira le sonrió tras repararlo con la mirada y el mundo pareció detenerse por un segundo.

— Estás... muy elegante — susurró para asegurarse de que el religioso no la escuchaba.

— Si lo que pretendes es insinuar que te resulto atractivo, puedes decirlo sin rodeos — Le dijo al oído.

Encaró una ceja con vanidad y besó su mano mientras mantenía los ojos fijos en los de ella.

— Admito que esas ropas te sientan como un guante — sentenció ella, sin estar dispuesta a ir más allá.

— Y yo admito que estoy deseando quitarte ese vestido tan hermoso — murmuró él y, para su regocijo, consiguió que Elvira volviese a ruborizarse.

— Dios mío, Mik...

— ¿Acaso no puedo ser honesto y decir la verdad?

— Prefiero que guardes tus lascivos pensamientos para cuando estemos... en la alcoba.

El enjuto monje preparó el vino para officiar la misa y ambos interrumpieron su charla informal. Elvira tenía razón: no era de recibo mantener ese tipo de conversaciones en la iglesia. Y como el antiguo pirata no creía en ningún dios en concreto pero sí en todos al mismo tiempo, carraspeó y pronunció con solemnidad las siguientes palabras:

— Le estamos muy agradecidos de que haya accedido bendecir nuestra unión, padre. Somos una familia y significa mucho para nosotros que podamos formalizar el amor que nos profesamos ante los ojos del Señor.

Elvira asintió, lo tomó de la mano y apretó con fuerza. Lo miró con un arrobamiento que jamás le había dedicado hasta entonces. Mik en seguida se acordó de Samuel y Victoria. De lo diferente que fue esa boda improvisada a la suya. Rememoró los momentos de tensión provocados por las armas que portaban. Todo ello estuvo orquestado por su mejor amigo para impedir que la señorita de la Fuente se desposara con Van Derryk.

Nunca le convenció el plan de su capitán y así se lo hizo saber. Sin embargo, lo apoyó sin reservas y lo asistió para llevar a cabo su hazaña. Tras la boda, tuvieron que apresuradamente para salvar la vida. Sam juró que regresaría a por su esposa Semanas más tarde, Samuel cumplió su amenaza para raptar a Victoria.

Mik sonrió con nostalgia. Hasta aquel día, la señorita De la Fuente fue la novia más hermosa que había visto nunca. Sin embargo, ahora que tenía a su Elvira al lado, dispuesta a unirse a él en matrimonio por voluntad propia, la señora Rogers quedó relegada a un segundo lugar. No podía competir con las mejillas sonrosadas, ni con los ojos azules, ni con el cabello rubio de su futura esposa. Era preciosa y pronto sería suya, solo suya.

Valentina emitió un quejido que su hermano logró acallar. El religioso continuó dando misa en latín sin alzar la voz. Los futuros cónyuges se perdieron en el laberinto de sus pensamientos. Los ojos de Mik se aguaron cuando ella dio el “sí quiero” con un ronco susurro. Correspondió con las mismas palabras poco después. Una vez su unión estuvo bendecida ante los ojos de Dios, se besaron castamente y dieron media vuelta para mirar a sus hijos.

No hubo más testigos. Así lo dispuso el destino: no confiaban en nadie, ni deseaban que cualquiera estuviese presente. Mik sí tuvo la ocasión de estar presente en la boda de Samuel y Victoria Rogers. En ambas ceremonias. ¡Incluso presidió una de ellas como capitán del *Servus*! Deseó que ellos hubiesen asistido a la suya, pero Elvira se negó en redondo en cuanto Mik insinuó la idea y no volvió a insistir. Yani y Valentina, sus hijos, eran todo lo que necesitaban.

Elvira se agachó frente a los pequeños y se fundió con ellos en un sentido abrazo. Estaba agradecida con la vida por concederle la oportunidad de ser madre. ¡Y por partida doble! Se percató entonces de que ese día estaba siendo el más dichoso de su vida. Acababa de convertirse en la esposa de Mik, pese a los claroscuros de su relación.

Dedicó sin pretenderlo unos segundos de sus pensamientos a su primer marido: Leopoldo. El convencional, el elegante caballero, el destacado miembro de la alta sociedad nuevatricense. Un escalofrío le recorrió la espalda: quizá tenía que estar agradecida con él por haberle deseado la muerte ya que, debido a su funesta acción, Mik Rogers se topó en su camino.

Y ahora, era la señora Rogers.

Más tarde, tomaron un tentempié a orillas del mar con los niños. Volvieron a su hogar rozando la medianoche. El matrimonio acostó a los pequeños y se prepararon para la noche de bodas. No hubo nervios y sí muchas risas que el licor propició. No fue ni remotamente similar a la primera que vivió Elvira. En esta ocasión, se encontraba en parte ansiosa, sí, pero anhelante. Sabía lo que le esperaba y que era bueno. Su marido sabía cómo hacer que se estremeciera de

placer entre sus brazos y se moría de anticipación. Con una sonrisa algo achispada tras ingerir un poco de ese licor que sabía a cerezas dulces, se tiró a sus brazos para besarlos sin piedad.

Sin proponérselo, se dedicarían toda la noche a pertenecerse mutuamente, a cuidar del placer del otro sin otro ánimo que el de disfrutar sin límites. La única condición que puso Elvira antes de dar rienda suelta a su pasión fue que Mik preparase un remedio para evitar un nuevo embarazo. Por el momento, no deseaba tener más hijos y su recién estrenado marido, tampoco.

Él sonrió por enésima vez, la besó en la frente y salió de la cama con una rapidez pasmosa a preparar una mezcla de hierbas. Estaba deseando posar sus ojos en el cuerpo de su esposa. En esa piel nívea, esos pechos llenos y esas nuevas curvas que había ganado con los embarazos. Elvira se le antojaba la mujer más hermosa del mundo.

Cuando regresó, ella se tomó el contenido de un solo trago mientras lo miraba a los ojos. A continuación se limpió los labios con el dorso de la mano y lo abrazó con una fuerza inusitada. Su pecho tembló y su aliento parecía entrecortado.

— ¿Sucede algo? — preguntó él con cautela.

— Te amo — contestó ella simplemente —. Lo cierto es que, pese a todo lo vivido, finalmente puedo afirmar que me siento muy honrada de ser tu esposa. También muy agradecida por el hecho de que... nunca te hayas rendido conmigo.

La sonrisa de Mik iluminó toda la estancia. Ella no podía verla, pues seguía abrazada a él y no albergaba intención alguna de soltarlo.

— Yo también te amo. Desde hace tiempo y más que a nada en la vida, ya lo sabes — decretó —. Y jamás voy a renunciar a esto — la besó en los labios —, porque tengo intención de ganarme tu corazón todos los días que me resten por existir.

Ella emitió un jadeo cuando Mik posó la boca en su cuello. Le ayudó a deshacerse de su ropa y él hizo lo propio. Desnudos, amparados por la luz de las velas, no volvieron a cruzar palabra.

Y así, se amaron con más honestidad que nunca.

— Buenos días, señora. ¿Es cierto que aquí se halla el infama pirata Mik Rogers?

Un oficial de la Guardia del Rey, uniformado y con gesto adusto, se personó en la tienda varios días después formulando dicha cuestión. Más que en tono interrogativo, lo afirmó, como si no albergara ninguna clase de duda y la charla solo fuera un mero formalismo.

Elvira colocó las manos sobre el mostrador y sonrió sin ganas con el fin de ganar tiempo. Los segundos pasaron y ella seguía sin abrir la boca.

— Si está dando refugio a un fugitivo, señora, le advierto que se encontrará en serios problemas. Podría verse usted obligada a cerrar su negocio. Por no hablar de que le esperaría una larga estancia en el calabozo tras ser sentenciada, o algo peor.

Otros tres hombres vestidos de igual modo que el primero se personaron en la tienda. La dueña cerró los ojos y apretó los puños. Deseó que Mik hubiese escuchado sus voces y, de ese modo, pudiera tener la oportunidad de escapar.

— ¿Poseen una orden de busca y captura, caballeros?

De nuevo, tiempo. Eso era lo que Elvira intentaba ganar para su esposo. Un espeso nudo se instaló en su garganta cuando escuchó la respuesta del oficial:

— No es necesario. Hemos recibido información fidedigna de un ciudadano de bien. El criminal se halla aquí, de eso no albergamos duda.

Ella desvió la mirada al suelo y se permitió dedicar unos segundos a tratar de averiguar quién había delatado a su esposo y por qué. Varios fueron los candidatos que desfilaron por su mente: el más probable, Don Rodrigo.

Volvió a observar a los hombres que habían allanado la paz de aquel día cualquiera para depositar en cada uno todo su odio. Los fulminó, los maldijo una y mil veces en silencio, pero no sirvió de nada, puesto que allí seguían, expectantes.

— Señora...

— ¿De qué se le acusa?

— Es un proscrito — replicó —. Tiene una deuda con el mismísimo gobernador de Nueva Trada.

— ¿Joaquín Ventura? — fingió escandalizarse.

— El ilustrísimo — respondió uno de los oficiales, cuadrándose al instante —. Al no haberla saldado la cuenta a su debido tiempo ni haberse entregado a las autoridades, deberá enfrentarse a las consecuencias.

— ¿Qué clase de consecuencias son esas? — preguntó con un hilo de voz, al borde del colapso.

— Eso lo decidirá el gobernador — contestó el oficial, ya sin paciencia —. Y ahora, señora, díganos dónde se esconde Mik Rogers o tendremos que registrar de arriba abajo su propiedad.

Elvira notaba los disparados latidos de su corazón reverberando contra sus costillas. Su pecho subía y bajaba desbocado. Un sudor frío recorría su nuca y su frente. Retrocedió hasta que su espalda chocó contra una estantería y los frascos de cristal que ahí se exponían tintinearón antes de que murmurara:

— Lo desconozco. No sé dónde está.

El oficial le sostuvo la mirada durante dos segundos.

— Escudriñadlo todo. Que no quede un solo rincón por revisar.

Los tres se pusieron a la orden. Elvira rezó por Mik, por su familia y el porvenir que los esperaba si el desenlace no era propicio. Retorcó las manos con fuerza y siguió con la mirada la inspección que, sin ningún tipo de escrúpulo, orden o concierto, llevaba a cabo la guardia del rey.

Una tensa calma precedió a la tormenta. Se escucharon ruidos procedentes de una pelea en la trastienda. Cristales rotos, objetos que caían al suelo, gritos y golpes culminaron en un alarido de victoria:

— ¡Lo tenemos!

Se requirió la fuerza de dos hombres para reducir al antiguo pirata. El tercero corrió mala suerte y no pudo esquivar el puñetazo que se llevó de parte de Mik. Esta agresión lo dejó mareado y sangrando. Lamentablemente, el esposo de Elvira no pudo mantener el tipo durante mucho más tiempo: estaba en clara desventaja y cuando pretendió escapar, ya era demasiado tarde.

Elvira suplicó misericordia por el padre de sus hijos. Al principio fue un quejido sordo que fue aumentando de volumen hasta convertirse en alaridos. Pataleó rabiosa cuando se percató de que sus demandas no serían atendidas, que resultaban inútiles.

Lo vio marchar con lágrimas en los ojos y el corazón hecho trizas.

Él, magullado y dolorido por los golpes, ni siquiera pudo despedirse de su familia. Se lo llevaron atado, a empujones. Lo subieron a un carruaje que incorporaba una jaula en su parte trasera. Los uniformados que estaban al lado correcto de la ley echaron la llave y rieron a costa de su prisionero, que mantenía la mirada fija en la nada más absoluta.

Dos corceles negros aguardaban la orden que los pusiera en marcha. Mientras, vecinos y curiosos se aglutinaban en las inmediaciones para no perderse el espectáculo. Las amortiguadas palabras de Mik, preñadas de arrepentimiento y amor hacia los suyos quedaron eclipsadas por las rudas voces de los hombres de la Guardia del Rey. Reían y se vanagloriaban de su hazaña entre alaridos y el jolgorio propio de quien se muestra orgulloso tras capturar una presa difícil.

Antes de abandonar el lugar sin preocuparse por el desorden y la desdicha que dejaba tras de sí en cumplimiento del deber, uno de ellos le dijo a su compañero:

— Es dulce la recompensa nos aguarda esta noche, amigo.

— Samuel Rogers cayó anteayer y ahora, su compinche Mik. Mi padre me hablaba de las fechorías de estos piratas cuando era niño y ahora, yo seré testigo de su final. ¡Estoy deseando ver cómo reciben su justo y merecido castigo!

Los dos uniformados rieron. Montaron en sus caballos con las barbillas alzadas y orgullosas. Abandonaron el lugar sin prisa, con sendas sonrisas pintadas en sus caras y con la satisfacción que proporciona el deber cumplido.

Dentro de la tienda, sin embargo, el panorama era radicalmente distinto. Elvira se encerró con llave dentro de su casa. Se abrazó a sus hijos tratando de ser fuerte y no llorar. Debía trazar un plan para salir adelante y pronto, antes de que las llamas de la desesperanza la abrasaran viva.

*

Tres días después, el mundo se había transformado en un infierno para Elvira y sus hijos. La desesperación le impedía dormir. También las pesadillas. En ellas, veía a su esposo morir de mil maneras distintas, cada cual más horripilante que la anterior. Se despertaba agitada, a veces gritando, y con lágrimas en los ojos.

Por supuesto, Valentina era aún demasiado pequeña para captar lo que sucedía, pero Yani

también sufría por la ausencia de Mik. Preguntaba constantemente por su padre y trataba de consolar a su madre como solo una inocente criatura de casi seis años sabe hacer.

Elvira se desesperó. ¿A quién debía acudir? ¿Quién podría brindarle auxilio? No sabía qué hacer y la inacción podía ser mortal para Mik. No podía permitir que muriese. ¡Debía impedirlo! Pero, ¿cómo?

Solo abandonaba la tienda para surtirse de víveres y lo hacía a altas horas de la madrugada. Algunos le debían unos cuantos favores y de eso se servía para subsistir pese a los horarios inclementes, puesto que no se veían en otra que ayudarla. Vestía con unos harapos que le cubrían de la cabeza a los pies para evitar ser reconocida y, pese a que logró alimentar a sus hijos sin abrir la botica, sus ahorros menguaron a una velocidad alarmante.

Intuía que Don Rodrigo, si estaba detrás de todo aquello, aún no había dado su golpe definitivo. Pronto iría a por ella y se vengaría por no haber sucumbido a sus exigencias. Sin Mik, volvía a ser extremadamente vulnerable. Privada de su presencia y con dos criaturas dependientes, se sentía de pronto perdida, más ahora que nunca antes.

No obstante, la peor parte se la llevaba él. Solo un milagro salvaría a Mik de la cárcel y de la sentencia que le aguardaba. El destino de su mejor amigo, Samuel, no le importaba en lo más mínimo a Elvira. Al derivar sus pensamientos hacia el primer capitán del *Servus*, de pronto halló un rayo de esperanza en su tenebroso presente.

Y supo qué hacer.

Al alba, abandonó su casa acompañada de sus hijos. Empacó sus escasas pertenencias sin olvidar algunos ingredientes poderosos que le servirían en caso de emergencia. Con las escasas monedas que todavía permanecían en su poder, consiguió a través de un contacto que no hizo demasiadas preguntas un medio de transporte para dirigirse hacia el norte. Si no se equivocaba, y esperaba estar en lo cierto, solo una persona podía socorrerle.

El viaje fue largo y tedioso. Una fina lluvia llegó para empaparlos mientras recorrían las últimas leguas que les separaban de la opulenta residencia. Ya la podía ver a lo lejos y los recuerdos comenzaron a apoderarse de su flaca voluntad.

Temía que sus niños enfermaran. Por eso, los apretó aún más contra su cuerpo y pidió a Dios para que no tuviera que lamentar más infortunios.

Y así, extenuados y a merced de una cortina de agua impía que se espesaba por momentos, se presentó Elvira con sus dos hijos ante la enorme puerta de madera maciza. Valentina lloraba y a Yani se le cerraban los ojos debido al cansancio. Trataba de ser un hombre, tal y como le

prometió a su padre, pero era duro mantener la compostura cuando todo lo que el cuerpo le pedía era dormir en una cama confortable.

Pese a la imagen de vulnerabilidad que inspiraban, Elvira alzó la cabeza hasta que la capucha que llevaba cayó hacia atrás. Su pelo rubio quedó enseguida empapado por la lluvia. Se dejó los nudillos en carne viva por la insistencia de sus golpes. Eran los de una mujer con las cosas claras que no tiene nada que perder.

Gritó hasta desgañitarse el nombre de la persona a la que había ido a buscar, e incluso se atrevió a maldecir su estampa. Valentina lloraba y Yani se abrazó aún más a las faldas de su madre tras esconder la cabeza entre ellas.

— ¿Quién osa perturbar el descanso de mis hijos a estas horas? — se oyó preguntar a una voz femenina.

— Soy Elvira Rogers. Esposa de Mik Rogers.

La mujer que se hallaba al otro lado de la puerta tardó una eternidad en abrirla. No solo porque la madera estaba empapada y pesaba un quintal, sino porque no las tenía todas consigo. Quizá no estuviera siendo buena idea dialogar con aquella demente, pero daría la cara.

Siempre lo hacía.

— Aquí no eres bien recibida.

Se miraron a los ojos a través de la pequeña rendija que creaba la hoja entreabierta.

— ¿Acaso importa? Sé que tu marido no se encuentra, que te hallas sola desde hace días. Sin dormir. Sin parar de pensar. Sin apenas probar bocado y tratando de calmar a tus hijos. Te preguntarás cada pocos segundos dónde está. La incertidumbre y desasosiego te acompañan y no te dejan respirar — cerró los ojos con fuerza e hizo una pausa antes de añadir —: yo sé dónde está, Victoria.

Aquellas palabras, unidas a la revelación final, bastaron para que las distancias entre ambas mujeres se acortaran. La puerta se abrió del todo y quedaron frente a frente. Ambas lucían el mismo aspecto: rostros demacrados por la falta de sueño, palidez y ojos hundidos en sus cuencas.

— ¿Qué sabes?

— Déjame pasar, Victoria. Mis hijos tienen hambre y frío. Danos cobijo y comida esta noche. Mañana, hablaremos.

La aludida se cruzó de brazos, aún sin convencimiento.

— La última vez que te permití poner un pie en esta casa, trataste de matarme.

Elvira se revolvió un poco.

— Así es.

— ¿Y ahora requieres mi ayuda?

— No puedo hacerlo sola — reconoció —. Y tú también eres una parte interesada: tu esposo se encuentra en la misma situación que el mío. Créeme, mi animadversión hacia ti sigue siendo la misma. Sin embargo, el destino nos ha convertido, momentáneamente en aliadas.

Victoria, pensativa, deliberó consigo misma durante unos instantes. Odiaba admitirlo, pero Elvira tenía razón: Sam había desaparecido y estaba desesperada, tratando de averiguar a través de emisarios qué le había sucedido y dónde podía encontrarle, sin éxito. Finalmente, claudicó ante Elvira, pese a que dudaba que aquella alianza fuese a dar resultado.

Sin dejar de lado el orgullo, chasqueó la lengua y se apartó, permitiendo de mala gana el paso a Elvira y sus hijos.

Los niños ya estaban acostados, incluyendo a Yani que, tras una frugal cena y un breve baño, ya descansaba en las estancias de arriba junto a los hijos de Victoria. La pequeña Valentina, en brazos de su madre, terminó de mamar y, sin más, se durmió.

Esta situación propició que las dos adultas dispusieran de unos instantes para charlar. El servicio se acababa de retirar y el crepitar del fuego era el único sonido que se escuchaba en la espaciosa sala de estar.

— ¿Estás segura de que lo oíste bien? — preguntó Victoria.

— Sí. Aquel hombre mencionó el nombre de tu marido, Samuel Rogers.

La anfitriona frunció el ceño.

— ¿Y si era una trampa?

— Quizá — Elvira se encogió de hombros —. O quizá no. ¡Quién sabe si es cierto! Pero es lo único que tenemos para comenzar a buscarlos y tratar de salvarles la vida.

Victoria dejó escapar un suspiro y se levantó de su asiento para contemplar las llamas que ardían en la chimenea. Sus ropas seguían siendo espectaculares, lujosas, pero a Elvira ya no le importaba aquello. Es más, le pareció incluso una banalidad preocuparse por esas fruslerías en un momento como aquel.

Transcurrieron unos segundos. Finalmente, dijo:

— Solo espero que no sea demasiado tarde.

— No podemos permitir que la desesperanza nos venza — le recriminó Elvira —. Solo podemos agarrarnos a la esperanza de un clavo ardiendo.

— ¡Dios no quiera que lleguemos tarde y seamos... ya viudas!

Una lágrima descendió por la mejilla de Victoria. Su voz era demasiado temblorosa y débil como para pertenecer a la de una despiadada asesina. Disimulando, se recompuso. Sin embargo, un sollozo abandonó su garganta y se entregó a una suerte de llanto silencioso que Elvira quiso

respetar. No tenía tanta confianza con Victoria como para consolarla. Tampoco era algo que le naciera hacer, definitivamente. Ella lloró por la muerte de su padre, aunque tan solo en la misa oficiada en la iglesia más relevante de Nueva Trada, delante del gentío.

— Solo hay una manera de averiguarlo el paradero de nuestros esposos — sentenció con frialdad.

Victoria dio la espalda al fuego y fulminó a su huésped con la mirada.

— Dime una cosa, Elvira, ¿por qué estás aquí?

— ¿Acaso no te ha quedado claro? — contestó a la defensiva, tras ponerse en pie —. Ambas nos necesitamos y tenemos los mismos objetivos. Existen menos posibilidades de fracaso si unimos nuestras fuerzas y...

— Sé lo que me has dicho — le interrumpió —. Ahora dime por qué estás aquí en realidad. ¿Cuáles son tus verdaderos motivos? ¿Cómo podré tener la certeza de que esto no es una trampa?

Elvira boqueó, incapaz de encontrar su voz. Desvió la mirada hacia la oscuridad del pasillo que se hallaba más lejos. Se pasó las manos por el cabello rubio, mesándolo.

Finalmente, respondió:

— Estoy diciendo la verdad. Necesito que vuelva mi marido.

— ¿Desde cuándo es tu marido?

— Nos desposamos poco antes de que... esto sucediera.

— Lo abandonaste la noche en que pusiste un pie en esta casa por vez primera — le recordó Victoria.

— Así es.

— ¿Qué ha cambiado?

Los ojos azules de Elvira se toparon con los ámbar de Victoria. Ninguna de las dos apartó la mirada.

— Todo. Nada. Mik nunca se rinde y ahora pretendo demostrarle que yo tampoco voy a hacerlo.

Las dos mujeres ratificaron lo que ya sabían: eran tan distintas como el día y la noche; como el agua y el aceite. Pese a sus rencillas y caracteres opuestos, pronto comprendieron que, si deseaban salir adelante y recuperar a sus esposos, debían aprender a trabajar juntas.

Elvira era la cabeza pensante, mientras que Victoria se mostraba mucho más decidida. No les llevó mucho tiempo ponerse de acuerdo, mas la planificación era clave. Al menos, así se lo hizo saber la antigua dama a su anfitriona tras proponerle un plan de acción que acarrearía muchos riesgos, pero también grandes recompensas si tenían éxito.

Discutieron durante horas sobre cuál era la mejor estrategia y modo de proceder, pese a los acuciantes deseos de Victoria de ponerse manos a la obra. Ella creía firmemente en la improvisación. Si tenían a Dios de su parte, todo saldría bien. Elvira admiraba el carácter decidido y la confianza de su aliada, mas prefería tenerlo todo bajo control y no confiar en los golpes de suerte, o dejarlo todo al azar.

Siguieron perfeccionando el plan mientras Elvira preparaba unas pócimas con los ingredientes más relevantes y esenciales que se había llevado de su trastienda. Victoria apenas le prestaba atención. Hablaba mientras caminaba de acá para allá, volviendo loca a la alquimista, que manifestó serios problemas de concentración. Con el fin de quedarse a solas consigo misma y poder escuchar sus propios pensamientos, le pidió a Victoria que se encargara de reunir todos los objetos que les fuesen a resultar útiles a lo largo de los días siguientes: requerirían ropas de hombre, armas, dinero y otros recursos que precisaban para llevar a cabo su aventura.

Así, la dueña de la casa salió escopetada escaleras arriba y se dedicó a recopilar en sendos petates todo lo necesario y algún extra que quizá les hiciera falta.

Cuando lo tuvieron todo listo, partieron al rayar el alba. La hija mayor de Victoria y Samuel, Patricia, se quedó a cargo de sus hermanos menores y de los hijos de Elvira. Contaba con la ayuda del servicio doméstico, el cual actuaría bajo sus órdenes en sustitución de su madre.

Ambas se despidieron con un abrazo furtivo bajo un manto de estrellas. Elvira ya se había despedido de sus hijos hacía un rato. A duras penas logró evadir las lágrimas, algo de lo que Victoria no fue capaz.

— Por favor, Patricia, cuida de los pequeños. Sé que eres toda una mujercita responsable.

— ¿Volverás con padre? — preguntó con urgencia en la voz.

— Haré lo que pueda — carraspeó y se corrigió a sí misma —. Haremos lo que podamos.

— ¿Lo prometes?

Vio esperanza cuajándose en las pupilas de su hija. Tragó saliva y apartó la mirada.

— Lo prometo.

Elvira no abrió la boca. Desistió de inmiscuirse en aquel momento íntimo. Por eso, tras

apartarse, se subió al caballo propiedad de los Rogers con dificultad. Victoria, en cambio, ya repuesta, montó como lo que era: una experta amazona.

Picaron espuelas y ambas se alejaron de la mansión por los caminos que conducían a la capital: Nueva Trada.

Durante el día y medio que duró la travesía, apenas cruzaron palabra. Sin embargo, en cuanto llegaron a su destino, todo cambió. La ciudad traía malos recuerdos tanto a Victoria como a Elvira y quizá esto las hermanara de un modo inconsciente.

Procuraron pasar desapercibidas y no mezclarse con la multitud. Enfundadas en sus ropas de hombre, caminaban en paralelo, bajadas de los lomos de sus caballos, con la mirada baja y la cabeza repleta de interrogantes. Repasaban el plan trazado una y otra vez. Cuando tocaba, hablaban entre susurros para no llamar la atención de propios y extraños.

— ¿Es aquí la prisión?

— Efectivamente.

— ¿Estás segura de que se encuentran aquí?

— Todo lo que se puede estar — rezongó con pesar.

— Todavía recuerdo el día en que mi padre me llevó a ver cómo ejecutaban a Samuel y al resto de su tripulación...

— ¿A Mik también?

Victoria asintió.

— Afortunadamente, consiguieron evadir la sentencia dictada — comentó Elvira para sí.

— ¿Cómo pudieron?

— Sam es un hombre de recursos — se apresuró a responder Victoria —. Y Mik no se queda atrás.

La alquimista asintió, pensativa. Coincidió con su cómplice en que ninguno de sus maridos era un hombre común. Imaginó lo espantoso de su destino si Don Leopoldo, en lugar de toparse con Mik, se hubiese citado con otro el asesino a sueldo. Probablemente, este sí hubiera llevado a cabo el encargo y ahora, yacería muerta en cualquier tumba sin nombre.

Un escalofrío le recorrió la nuca.

— Contaron con la asistencia de mercenarios tras los que actuaban hombres muy poderosos — comentó Victoria, sin entrar en detalles, pues uno de estos fue Van Derryk,

precisamente el padre de Elvira —. Fue una suerte que se librarán de la horca, en efecto, pero después Sam contrajo una deuda que ha arrastrado consecuencias... hasta el día de hoy.

— El pasado siempre nos persigue — sentenció la antigua dama, presa de una melancolía demasiado intensa.

— Cierto es. Sin embargo, debemos enfrentarnos a las injusticias con cada fibra de nuestro ser. Y, después, aprender a dejar el pasado atrás. De otro modo, es imposible vivir en paz. El rencor no sirve de nada. Créeme, sé de lo que hablo. Mi propio padre... jamás se portó bien conmigo y, sin embargo, lo perdoné. Espero que algún día tú también puedas hacer lo mismo. No solo conmigo, también con los demás. Y contigo misma.

Elvira ahogó un exabrupto. Dirigió su mirada hacia el gran edificio que se alzaba frente a ellas para no posar sus ojos sobre la deslenguada de Victoria Rogers. Aguardó hasta que la rabia se apaciguara en su interior. Entre tanto, dos hombres pasaron de largo. Armaban un escándalo considerable. Definitivamente, habían empleado su jornal en una de las tabernas que rodeaban al puerto. Ebrios como estaban, no repararon en las dos sombras, inmóviles y silenciosas, en que se habían convertido aquellas dos mujeres.

— ¡Era mi padre, Victoria! — Elvira no podía dejarlo ir — . ¡Mi padre! Es natural que sienta animadversión hacia ti por haberle dado muerte, ¿no crees?

Suspiró y le tomó el brazo. Elvira se apartó.

— Pensé que Van Derryk había asesinado al que más tarde resultó ser el amor de mi vida — se justificó —. Actué movida por la rabia, la tristeza y un corazón roto. Y, en última instancia, luché por mi propia vida. Se trataba de él o de mí. Ni siquiera llegué a pensar, ni por un instante, en que una de sus hijas querría tomar la revancha conmigo años más tarde. ¡Y en mi propia casa! — tomó aire y, a continuación, añadió —. Dime algo, Elvira, ¿tú estarías dispuesta a luchar por Mik así, hasta la muerte?

La aludida se tomó unos instantes de reflexión y elevó la mirada hacia ese cielo sin luna en busca de respuestas. Seguidamente, se dignó a susurrar:

— Sí.

— Entonces, deberías comprender mis motivos. ¿Crees que podrás perdonarme algún día?

— ¿Acaso importa? ¿Acaso buscas mi perdón con sinceridad?

— ¡Por supuesto! Me gustaría pensar que vamos a conseguir traer a nuestros esposos de vuelta y que este viaje será algo que les podamos contar a nuestros hijos y nietos como muestra

de nuestra valentía y amor hacia ellos. Si, además, logramos forjar una relación de amistad entre nosotras, esta representará el broche de oro para...

— Demandas demasiado, Victoria — le interrumpió con un fastidio más bien impostado —. Eres impaciente e impulsiva, cualidades que me cuesta tolerar en otro ser humano. Por esto, entre otras cuestiones, dudo mucho que nos hagamos amigas, pero al menos, ya no deseo matarte.

Victoria no supo si ofenderse o echarse a reír. Finalmente optó por lo segundo, y tuvo que silenciar sus carcajadas a petición de una preocupada Elvira, que estudiaba el punto más débil de la edificación con ojos curiosos.

Precisaban entrar y aún no sabía cómo, pero pronto lo averiguarían.

— ¿Qué te sucede? Estás muy taciturno...

Mik emitió un largo suspiro.

— Amigo, este es el fin — declaró con derrotismo.

— El fin lo marca la muerte y aún no ha llegado nuestro último aliento — contraatacó Samuel.

Una siniestra carcajada rasgó el viciado y nauseabundo aire que se respiraba en las celdas.

— ¡Vuestra sentencia se ejecutará mañana al alba! — les recordó un tercero, que habló sin ser visto y sin invitación a unirse a la plática que mantenían los dos amigos.

— ¡Mik, mantén la esperanza! — lo dijo casi como si le estuviera haciendo un reproche en tono animado, algo que sacó de sus casillas a más de un preso que estaba a punto de correr idéntico destino.

Un leve murmullo se elevó a lo largo y ancho de la prisión.

— ¡Todo el mundo chitón! — rugió el alguacil —. Para vosotros, piratas, ya es tarde. Pagaréis con vuestras miserables vidas por los crímenes cometidos durante décadas de infamias. ¡Y eso va por cada uno de los aquí presentes! No valéis nada, sois poco menos que sacos de mierda. En cuanto a los Rogers... — se acercó a los barrotes y lanzó un esputo hacia cada uno de ellos —, el verdugo ya está afilando el hacha. ¡Cuánto deseo ver cómo se blande sobre vuestros gaznates morenos!

— ¡Nadie te ha dado vela en este entierro! — ladró Mik.

— Acertadas son tus palabras — rio Sam, que ignoraba al carcelero con toda intención.

— ¿Cómo puedes mantener el buen humor en una situación como esta? — le recriminó su amigo.

— Porque algo me dice, querido Mik, que este no va a ser nuestro final. Algo se nos ocurrirá, o algo nos ocurrirá. Llámalo presentimiento.

— ¿Desde cuándo crees en los milagros? — preguntó el aludido, a pesar de que no tenía ganas de continuar hablando.

— De peores hemos salido. ¡Recuerda los viejos tiempos!

— La suerte, eventualmente, se agota — declaró una voz en la lejanía, perteneciente a uno de los reclusos.

— Suerte es mi segundo nombre — se jactó Sam con la chulería que siempre lo caracterizó.

Mik negó con la cabeza. Si su antiguo capitán hubiese tenido tanta fortuna, jamás lo habrían atrapado y, sin embargo, estaba allí, con él, corriendo su misma suerte. La manera en que dieron con el temido y afamado Samuel Rogers seguía siendo una incógnita, pero no cabía duda alguna: lo habían hecho para hundir a Mik y acabar con todo aquello que lo unió, alguna vez, al infame *Servus*.

Una patrulla de la Guardia del Rey interceptó a Sam cuando hacía una ronda de reconocimiento por los terrenos colindantes a los suyos subido a lomos de su caballo. Uno de los oficiales más veteranos supo que estaba frente al capitán original del barco pirata. Lo reconoció de inmediato. Al fin y al cabo, su rostro de tez morena y ojos verdes, desfigurado por los golpes, era uno de los que no se olvidan.

No se molestaron en contrastar la información o en proporcionarle un juicio justo. La condena por delitos cometidos décadas atrás seguía siendo la misma que una vez estuvo a punto de cumplir: la muerte.

El hecho de que hubiese coincidido con Mik en aquella mugrienta prisión no se trataba, ni mucho menos, de una funesta casualidad. Alguien que le tenía especial inquina debió habérselas ingeniado para atestarle el golpe de gracia, sellando su destino. Quizá habían logrado sacarle la verdad a golpes a alguien que sabía demasiado. Uno de sus múltiples enemigos, o compadres del pasado con quien compartió botín y fechorías. Pero, ¿quién? ¡Qué más daba!

Durante los primeros días, Mik se mostró agradecido por haberse reencontrado con su mentor tras meses sin verse, a pesar de las circunstancias. En sus últimos momentos de vida, al menos podía contar con su presencia. Para él, no hubiese existido nada peor que morir solo, ejecutado como una rata, lejos de su desamparada familia.

Sin embargo, a medida que el momento de cumplir sentencia se acercaba, el obcecado optimismo de Sam comenzó a mermar los ánimos de Mik. Ya había aceptado la derrota con estoicismo y veía la actitud de Sam como un canto de cisne que de poco o nada les serviría.

Decidió tumbarse sobre el mugriento catre de paja que hacía las veces de camastro. Olía a orín y a heces, pero trató de obviar la información que recibía de su pituitaria para cerrar los ojos y dormir un poco. Estaba agotado. Sam se puso a hablar con otro preso y el guardia los mandó callar de malas maneras. El silencio volvió a imponerse en la prisión.

Llevaban cinco días encerrados, aunque aquella era una vaga estimación. Dentro de aquel recinto, controlar el paso del tiempo era tarea difícil. No había ventanas, ni contaban con apenas ventilación. La única luz de la que disponían provenía de lejanas antorchas. La comida era escasa y mohosa. El agua estaba rancia y no era conveniente beberla. Sin embargo, no tenían otra opción. Mik enfermó, Sam corrió la misma suerte.

Y lo peor estaba por llegar: la muerte. Tragó saliva e intentó contener las lágrimas. No las vertería por él, ni siquiera por su querido amigo Sam, sino que las reservó para su familia: sus hijos, su esposa. Una imagen de Elvira se formó en su mente. Evocó su dulce y hermoso rostro y deseó poder decirle un último adiós. A ella, a Yani y Valentina. Aquella sería una perfecta última voluntad.

Lástima que jamás se la concederían.

Unas cuantas horas más se sucedieron. Todas transcurrían igual, eran un calco las anteriores. Lentas, perezosas, siniestras. Tras el cambio de guardia, escucharon ruidos compatibles con un forcejeo. No llamaron en exceso la atención, aunque sí lo suficiente como para que Mik y Sam se acercaran al extremo de sus respectivas celdas al unísono.

Afinaron el oído. De pronto, un susurro ronco, empero agudo, sonó tan amortiguado y lejano que los amigos temieron haber sido presa de una macabra alucinación.

El corazón le latía tan rápido y fuerte en el pecho que fue un verdadero milagro no sucumbir al desmayo. Su estado de salud empeoraba por momentos. Se sentía débil y ajado.

Volvió a escuchar aquella voz, esta vez más cerca:

— Sam, amor mío. ¡Soy yo!

La oscuridad era casi total. Sin embargo, unas manos de nudillos blancos se agarraron con fuerza al otro lado de los barrotes de la celda de Rogers.

No hubo necesidad de intercambiar entonces más palabras. Ambos supieron de quién se trataba. Samuel tragó saliva, aun con problemas para asimilar lo que estaba sucediendo y, con la garganta a medio cerrar, consiguió emitir tres palabras ahogadas:

— ¿Qué haces aquí?

— He venido a por ti. A llevarte de vuelta a casa. A sacaros a los dos de aquí.

— Esto es muy peligroso, Victoria...

— ¿Crees que no lo sé?

— Sé que lo sabes. No hace falta que te lo diga. Cada segundo que permanezcas en este lugar infecto corres un riesgo incalculable que no merece la pena.

— Y pese a eso, aquí estoy — le reprochó con dulzura.

— ¿Dónde están nuestros hijos?

— A salvo.

— ¡Márchate de vuelta con ellos!

— No sin antes llevarles de vuelta a su padre. Se lo prometí a nuestra hija mayor.

— Por Dios, ¿cómo se te ocurre hacer esa clase de juramentos?

Su esposa se encogió de hombros portando una ancha sonrisa en el rostro. A Sam, un escalofrío de placer le recorrió la columna vertebral. No tuvo más remedio que secundar el gesto.

— ¡Sé cuidar de mí mismo! — insistió —. ¡Y de Mik! Está todo controlado — fanfarroneó para quitarle hierro al asunto.

Su amigo apenas podía seguir la conversación. Se hallaba lejos y los susurros eran demasiado tenues. Varios presos comenzaron a bisbisear, preguntándose a quién pertenecería esa voz angelical tan poco común en un lugar como ese.

— No estoy sola — informó Victoria.

— ¿Quién está contigo?

El aliento de su esposa impactó contra la oreja de Sam, provocándole otro escalofrío.

— Elvira.

— ¿Dónde está?

— Vigilando para que tú y yo podamos mantener esta plática sin sobresaltos.

Sam asintió, pensativo.

— Dime una cosa, mi amor — pidió, tras restregarse los ojos —. ¿Cómo pretendéis apañáros las para sacarnos de aquí?

— Necesito saber quién está detrás de tu encarcelamiento — demandó Victoria, haciendo

caso omiso a las protestas de su esposo.

Se encogió de hombros. A continuación respondió con voz rota:

— Supongo que el pez más gordo que podrías tratar de pescar es el gobernador.

— ¿Don Joaquín Ventura? — la voz de Victoria se elevó varios decibelios —. ¿Y ¿qué le puede interesar al ilustrísimo después de tantos años?

Sam se encogió de hombros, sin tomar la pregunta demasiado en serio.

— ¿Acaso Elvira no te ha puesto al corriente? — Victoria negó con la cabeza —. Esas son las sospechas de Mik. Las compartió con su esposa antes de... partir a este lugar de recreo.

— Por favor, Sam, comparte conmigo tus impresiones. ¡Debemos conocer con qué armas contamos para negociar vuestra liberación!

Este se encogió de hombros, protegido entre las sombras.

— Ese hombre ya no debe querer nada de mí, salvo verme muerto. Tras todos estos años, mi ejecución le resultará tan agradable como volver a ver a un pariente molesto. En cambio, a Mik le estuvo haciendo chantaje durante años.

Victoria suspiró.

— ¿Qué clase de chantaje?

— De cualquier tipo — respondió —. Se aprovechó de su conocimiento alquimista para llevar a cabo todo tipo de tretas. Ese hombre es insaciable, Victoria. Lo único que desea es más fama, más poder, más riqueza y la muerte de sus enemigos. ¿Cómo crees que se ha mantenido en el poder durante más de veinte años?

— ¿Estás seguro de lo que dices? Esas son acusaciones muy graves.

Sam sonrió.

— Puedes ir a corroborarlo unas celdas más allá — dijo, señalando a la derecha con el pulgar —. Cada pócima y remedio que demandaba Don Joaquín no tenía otro fin que hacer el mal. Así logró convertirse en un hombre intocable, casi un dios. Pretendía convertir a Mik en su vasallo eternamente. Sus deudas se remontaban a nuestra época en alta mar. El gobernador nunca tenía suficiente, siempre demandaba más. Hasta que un día se le exigió acabar con la vida de una tal señora De Diego. Creo que la conoces bien... — Victoria alzó una ceja, comprendiendo al instante que se refería a Elvira —. Entonces, hizo creer a todos que el encargo fue llevado a cabo satisfactoriamente. Tras eso, desapareció.

— Comprendo... — dijo Victoria, pese a que todavía se encontraba atando cabos.

— Don Joaquín ya no pretende que Mik o yo mismo seamos sus títeres, Victoria. Ahora, solo desea vengarse de él por haber renunciado a ser su esclavo — dijo con absoluta seriedad —. Nunca lo fuimos, ni uno solo miembro de la tripulación del *Servus*. Y óyeme bien: antes de ser siervos del señor Ventura — dictaminó —, te aseguro que tanto Mik como yo preferimos la muerte.

Victoria notó unos dedos rodeando los suyos, que seguían aferrados al metal que separaba a su marido de ella. Bajó la cabeza y la acercó al hueco que creaban dos barrotes.

— Mi amor... — susurró él junto a su boca.

Se escucharon unos ruidos sospechosos que puso a la pareja en alerta.

— No tenemos mucho tiempo — sentenció Victoria —. Debo irme, pero os sacaremos de aquí. Lo juro por nuestros hijos.

— Afrontaré la pena de muerte con estoicismo, Victoria — rezongó con sorna —. ¡Y que se apiade Dios de mí!

— Confía un poco más en mí, por favor te lo pido — contraatacó su esposa sin ganas de bromear.

— Tengo fe absoluta y ciega en ti — declaró con solemnidad —. Sin embargo, lo que Elvira y tú os proponéis hacer es una locura, una quimera inalcanzable.

— Demostraré que te equivocas.

— Estaría encantado de retractarme. De deberte la vida.

La voz, traicionera, flaqueaba a causa de la emoción, por lo que Victoria calló su respuesta. Sam, presa de una vorágine de sentimientos similares aunque mucho mejor camuflados, tampoco quiso añadir nada más. Aprovechó la cercanía para depositar un casto beso sobre sus labios fríos.

Victoria contuvo un sollozo y se alejó por el pasillo con el corazón en un puño en busca de Elvira.

*

— ¿Por qué no me lo dijiste? — le reprochó entre susurros.

— ¿A qué te refieres?

— Tú lo sabías — espetó —. Sabías por qué Sam y Mik estaban presos.

— No es cierto. Sospechaba con bastante certeza los motivos por los cuales se halla mi marido a las puertas de la muerte, eso es todo — le corrigió, con altiveza —. En cambio, lo de tu esposo para mí era un misterio...

— Sus destinos están unidos por siempre — susurró Victoria —. Son hermanos de distinta madre.

Elvira asintió sin convencimiento. Una pausa enmudeció la conversación.

—¿Para qué querías que fuese a hablar con mi esposo si ya sabías que Don Joaquín...?

— Para que comprobaras que tanto él como Mik están bien. O al menos, vivos — rectificó, tras interrumpirla —. Y para que escucharas la verdad de otros labios que no fuesen los míos.

— No necesitaba corroborar tus palabras — alzó un dedo y apuntó a Elvira con él —. Confío en ti.

— Mientes — la alquimista negó con la cabeza —. Solo quería manifestar que no soy como tú. Yo voy de frente.

Victoria alzó las cejas y se mordió la lengua para no replicar. Era absurdo e inútil seguir en pie de guerra con Elvira. Ambas se necesitaban mutuamente y la suerte de sus esposos estaba en apuros.

Por no mencionar que estaban a punto de allanar una propiedad privada...

— ¿Estás segura de que esto es una buena idea?

Hizo un esfuerzo sobrehumano para no perder el equilibrio y caer.

— ¿Acaso tenemos otra alternativa?

Tardaron una pequeña eternidad pero, eventualmente, ambas lograron sortear la elevada verja que separaba la propiedad de la calle sin incidentes. Victoria estaba en mejor forma que Elvira y esto quedó patente en los rasguños que se llevó la antigua dama en brazos y piernas tras su encononazo con la pared vertical. Además, le tomó una cantidad considerable de tiempo recuperar el aliento tras la escalada.

Agachadas tras unos setos, reptaron en dirección al palacete hasta que Victoria se detuvo en seco.

— ¿Ves esa ventana? — señaló.

— ¿La que tiene luz?

— La de al lado. Está abierta.

— Sí. Está en el primer piso. Es imposible alcanzarla.

— Me ayudarás a llegar hasta ella — se apresuró a replicar la esposa de Sam.

— ¿Y después?

— Me las arreglaré para bajar a la planta inferior. Después, abriré uno de los balcones de modo que puedas acceder tú.

— ¿No es eso muy arriesgado? ¿Y si te descubre alguien?

— ¿Quién puede estar despierto a estas horas?

— No sé. Algún criado...

Victoria desechó la posibilidad con un vago gesto de su mano. A continuación, gateó hacia la edificación, sin duda la más majestuosa de toda la ciudad, y se puso en pie al doblar una esquina. Elvira la siguió. Calculó que al menos debía haber diez habitaciones en cada planta. Y dentro, incontables tesoros y riquezas que se acumularían sin que sus dueños repararan ya en su prestigio, exclusividad o belleza.

Las dos mujeres se hallaban a salvo de miradas curiosas. Sus ropas oscuras se camuflaban a la perfección entre las tonalidades ocres que presentaba la fachada. Además, desde su posición, la luz de las farolas de gas llegaba hasta ellas tan débil como una estrella lejana. Si alguien reparaba en ellas, no levantarían sospechas: eran poco más que dos sombras.

— Venga, vamos, ayúdame.

Elvira procedió a auparla. Transcurrieron unos segundos de tensión en los que Victoria estuvo a punto de perder el equilibrio. Tomó impulso y logró agarrarse a un saliente tallado en piedra. La esposa de Mik, aliviada por haberse librado del peso que constreñía sus brazos y hombros, dio media vuelta y se dedicó a admirar los movimientos de su aliada. Estos eran ágiles, fluidos, casi felinos. Estaba a punto de hacer realidad su alocado plan.

En un abrir y cerrar de ojos, ya estaba dentro de la enorme vivienda.

Controló su respiración repitiéndose para sí misma que todo iría bien. Apoyó su espalda en la pared y se arrastró por la fachada hasta aproximarse al balcón de la planta baja. Apenas se alzaba a unos pocos pies del suelo, por lo que podría acceder al interior en cuanto Victoria abriese la puerta. Sin embargo, aquello no sucedió de inmediato, ni mucho menos.

La paciencia de la antigua dama se puso a prueba, ya que el silencio invadió los alrededores sin que hubiese rastro de Victoria. Su mente comenzó a imaginar funestos escenarios en los que las atrapaban, provocando que la misión se fuese al traste y sus hijos quedasen

huérfanos.

Tragó saliva para enterrar sus ideas. El corazón comenzó a latirle veloz en el pecho cuando escuchó un ruido. Ahogó un gemido y se guareció de ser vista. La puerta del balcón cedió muy lentamente y una voz conocida mencionó su nombre.

— ¡Lo has conseguido!

Victoria le hizo callar. En cuanto se reunió con ella tras los muros de la casa, sintió el aire viciado del interior estallando en sus pulmones. Olía a incienso y a algo quemado. ¿Papel? ¿Cuero?

— ¿Dónde estará el gobernador? — susurró la esposa de Mik.

— Probablemente, o en la cama o en su despacho. Sugiero que miremos primero allí.

— ¿Sabes en qué estancia se halla? ¿En qué planta?

— No, pero lo averiguaremos. Probaremos primero suerte en la estancia con la luz encendida. Ven, sígueme.

Elvira inspiró profundo. Confiaba en Victoria, al menos hasta cierto punto. Ella tenía experiencia en aquel delito que ambas estaban cometiendo. No obstante, fue así como la esposa de Samuel logró dar muerte a su propio padre, Van Derryk.

Además, había estado en aquella misma casa, de jovencita, para asistir a una distinguida reunión en la que conoció al mismísimo gobernador. Sin embargo, don Joaquín Ventura no podría reconocerla ni aunque pusiera todo su empeño. Cualquiera parecido con la antigua Victoria, ataviada ahora con esas ropas masculinas, sería pura coincidencia.

Avanzaron por un amplio pasillo hasta que dieron con las escaleras. Era dificultoso avanzar sin la ayuda de un candil, pero Victoria, que iba delante, se las apañaba bien. Parecía tener buena memoria visual y excelente orientación espacial. Llegaron al primer piso sin incidentes y tras la puerta entornada que se hallaba al fondo, una tenue luz amarillenta anunciaba que la estancia estaría ocupada.

— ¿Crees que...?

Victoria mandó callar a Elvira. Entonces, pudieron escuchar lo que a todas luces eran pasos que se aproximaban. Se dirigieron hacia otra parte del corredor para permanecer ocultas. Una criada subía apresurada los escalones portando en una mano una vela a punto de consumirse y en la otra, lo que parecía una botella de licor y unas cartas sobre una bandeja de plata.

Rezó para que la muchacha no las descubriese. Era imposible que su corazón no delatara la

posición en que se encontraban. Sus latidos eran demenciales y el ritmo al que barruntaban, frenético.

Pero la muchacha pasó de largo y, al fondo, empujó la puerta de la estancia con la cadera para acceder a su interior. La luz se intensificó y el rostro de Victoria se incendió de un naranja oscuro. La criada anunció su presencia y la voz grave de un hombre tronó para rasgar el silencio de la noche. Elvira clavó las uñas en el antebrazo de su aliada y esta ni siquiera trató de zafarse. Asintió con la cabeza acompañada de una solemnidad absoluta.

No hizo falta que intercambiaran palabra alguna. Sus sospechas se confirmaron: allí dentro se hallaba Joaquín Ventura, gobernador de Nueva Trada. Este despachó a la sirvienta de malos modos. Al instante, la joven se apresuró a realizar el camino inverso a toda velocidad aprovechando los últimos momentos de vida del candil.

La casa volvió a quedar sumida en la más absoluta de las quietudes. Victoria no se lo pensó dos veces y volvió a emprender la marcha hacia su objetivo. La distancia se acortó y sacó una pistola de su cinto con seguridad, aunque también con cautela. El arma estaba ya cargada. Procedió sin pensárselo dos veces a entrar en la habitación con ella en ristre y la espalda erguida. Elvira la siguió.

— ¿Qué demonios sucede ahora, Eulalia? Un momento...

— ¡Don Joaquín Ventura! — la esposa de Sam no alzó la voz. Sin embargo, su tono era, al mismo tiempo, alegre y beligerante —. No alerte a nadie de nuestra presencia o lo mataré. No haga ningún movimiento brusco o haré uso de mi arma y al siguiente instante, estará usted muerto. No se apure, solo venimos a hablar. ¿Ha quedado claro?

Elvira se perdió la reacción del gobernador, ya que cerró discretamente la puerta tras de sí. Entre aquellas cuatro paredes, el olor a quemado se intensificó. Victoria seguía atenta a los movimientos del ilustrísimo y no dejó de apuntarlo ni un segundo.

— ¿Con qué derecho...? ¡Esto es inadmisibile!

El rostro comenzó a teñírsele de rojo escarlata. Sus puños de nudillos blancos crujieron de rabia. Victoria se acercó hasta él y tomó un par de vasos. Hizo una señal a Elvira, que sacó de su petate una pequeña botella que contenía un líquido amarillento.

— Solo hemos venido a cruzar unas palabras con usted. ¿No es así, Elvira? ¡Oh, perdone mis modales, señor Ventura! Nosotros ya tenemos el placer de conocernos. Sucedió aquí, hace mucho, mucho tiempo. Pero no tiene aún el placer de conocer a esta señora y créame, eso va a cambiar esta noche — señaló a Elvira con teatralidad y añadió —: Ella es una de las mejores

alquimistas de nuestro tiempo y tiene un mensaje que transmitirle. En cuanto haya escuchado atentamente y accedido a nuestras peticiones, nos marcharemos por donde vinimos y esta conversación jamás habrá tenido lugar. ¿Me ha entendido?

El aludido murmuró una serie de improperios. Bajó la cabeza y movió el espeso bigote con la nariz. Fulminó a Victoria con la mirada y después posó los ojos sobre Elvira y el líquido que acababa de verter en los vasos. A continuación, ella se descubrió el cabello rubio y un destello de reconocimiento atravesó las pupilas del gobernador. Fue algo sutil, efímero.

La antigua dama, sin inmutarse por fuera aunque hecha un flan por dentro, le exhortó a que probara la pócima.

— Tu reputación te precede: eres la mujer alquimista. Jamás creí que fuera posible tu existencia.

Elvira no pudo evitar sonreír. Eso sí, sin mostrar los dientes.

— Cada rumor parte de un poso de verdad. No debió subestimarme, gobernador.

Don Joaquín se carcajeó.

— ¿De veras crees que voy a beber semejante mejunje preparado por tus manos? ¡Ni soy un loco, ni un necio!

— Encantada de verlo, señor. Solíamos asistir a las mismas fiestas, pero de eso hace tanto tiempo que apenas lo recuerdo. Fue en otra vida. Y jamás mostró interés por mí, solo por mi esposo y sus estrambóticos negocios de escasa rentabilidad. Una pena, quizá si hubiese sido más amable conmigo le recordaría con más cariño — a continuación, sonrió tímidamente y ordenó —: Beba.

— No haré tal cosa. Antes muerto.

— ¡Perfecto! — Victoria acercó la pistola a la sien del gobernador y presionó el cañón sin sutilezas —. Sus deseos, señor Ventura, son órdenes para mí.

Gruñó, mas su orgullo le impidió doblegarse a la voluntad de ambas mujeres. Elvira volvió a sonreírle y tomó uno de los vasos. Lo alzó y dijo:

— Aquí tiene un gesto de buena voluntad, señor — abrió la boca y tomó el contenido de un trago, ante el estupor del ilustrísimo —. Ahora, beba.

La cara de Don Joaquín era todo un poema. Tragó saliva y no hizo nada más.

— Vamos, ¿es de mala educación no beber con una dama! — se burló Victoria, divertida, y

empujó el arma contra su cabeza con más fuerza que la primera vez.

Al cabo de unos segundos, el gobernador determinó que no le quedaba más opción que ceder. Bebió con prudencia hasta que el vaso quedó vacío. Esperando una muerte lenta y horrible, cerró los ojos. Los dedos le temblaban y un sudor frío perló su frente.

— Bien. Gracias por su colaboración. Aún tardará un rato en hacer efecto, por lo que probaré con preguntas sencillas. Señor, ¿sabe qué clase de pócima contenían nuestros vasos?

Don Joaquín abrió los ojos con espanto y los volvió a cerrar.

— No — susurró.

— Suero de la verdad — dictaminó Elvira con una calma infinita —. Y, por fortuna, esto le impedirá callar o evadir mis cuestiones. Solo nos ofrecerá información fidedigna. Igual que yo a usted. Nos hallamos en las mismas condiciones. Ha llegado el momento de que usted revele la verdad. Solo la verdad.

— Siempre me he preguntado cómo se las ha ingeniado para ostentar el cargo durante tantas décadas, señor Ventura. Tal vez pueda desvelarnos su secreto... — intercedió Victoria con una media sonrisa.

— El pueblo me quiere, al menos una parte. La otra, me respeta. Mano dura y excelentes contactos. Soy un modelo a seguir. Un ejemplo ante la comunidad.

— Excelente, gobernador. Nos alegramos mucho por usted y por ese manido discurso que nadie se traga. Sin embargo, somos magnánimas y sabemos perdonar. Queremos que siga siendo nuestro líder por muchos, muchos años. Estamos de su parte. Pero para poder ayudarle, requerimos que primeros nos asista a nosotras.

— ¿Cómo?

— Firme los indultos de Samuel y Mik Rogers — exigió Victoria con voz dura y crispada.

Don Joaquín entrecerró los ojos y la fulminó con la mirada.

— Así que todo esto es por esos dos infames piratas. ¡Jamás! Están donde merecen y en unas pocas horas, su sentencia se ejecutará. ¡No hay más que hablar!

Victoria se crispó y arremetió un golpe en la cabeza del gobernador con la culata de la pistola. Sin embargo Elvira mantuvo la calma. Le pidió con un gesto a su aliada que no volviera a repetirlo. El gobernador se llevó una mano a la zona dolorida y comprobó que no había sangre. Por eso, quizá, rio.

— Creo que no es consciente de lo delicado de su situación, señor. Disculpe a mi amiga, pero se halla algo nerviosa por culpa de la situación en la que ha puesto a nuestros maridos.

— ¿Maridos? — repitió Don Joaquín, sin dar crédito —. ¿Cómo es posible que hayáis podido olvidar vuestra posición? — dedicó unas miradas de desprecio a ambas —. Está claro que vuestro origen no es corriente. Y sin embargo, caisteis presas del embrujo de... ¡esos canallas! ¡No importa! Creen que morirán en la horca, o decapitados bajo un hacha afilada. Sin embargo, les he reservado otro destino.

— ¿Cuál? — la voz de Elvira se hizo más aguda.

— Les obligaré a luchar por sus vidas al enfrentarlos en un combate cuerpo a cuerpo. Solo sobrevivirá uno.

— ¡Jamás se prestarán a eso, son hermanos! — exclamó Victoria, olvidando que no debían delatar su presencia.

— Aún no sé qué haré con el vencedor — rio con ganas —. Quizá mande curar sus heridas para venderlo a una plantación, o... quizá ordene que lo maten allí mismo... depende de lo que se me antoje.

— Usted tiene mucho en contra si no accede a nuestra petición — anunció Elvira con una calma absoluta —. Sin embargo, si decidiera no seguir las directrices indicadas, le espera la muerte. No ahora, ni mañana. Quizá incluso se olvide de este momento o lo relegará a sus pesadillas. Pero tarde o temprano, se relajará. Beberá de su copa, comerá de su plato y, entonces, ¡me vengaré! Ya lo creo que me vengaré. Recuerde que estoy bajo los efectos de la pócima de la verdad.

— Su venganza será terrible, ya lo creo, gobernador — continuó Victoria, roja de ira —. Y la mía, por descontado, también. Y créame, no sabe de lo que somos capaces. ¡Usted se halla en presencia de la mejor alquimista que ha pisado esta tierra! Ha superado ampliamente a su maestro. De hecho, a mí intentó arrebatarme la vida hace no tanto tiempo... en cambio, yo no soy tan ducha en el arte de los hierbajos. A mí me gustan más las armas.

Victoria volvió a propinar un golpe con la culata del arma en la cabeza del gobernador. Algo alterada, Elvira pidió silencio a la esposa de Sam. Aclaró la garganta y caminó por la habitación dispuesta a continuar la conversación por otros derroteros.

— En cambio, si usted colabora, señor Ventura, todos saldremos ganando. Nuestros maridos podrán regresar a casa con sus familias. Además, mi esposo Mik y yo colaboraremos con usted en calidad de alquimistas. Piénselo: le conviene tenernos de su parte. Como aliados, no

como esclavos. Nada de chantajes, ni de deudas, ni de compromisos improcedentes o pócimas prohibidas. Nada de muertes oportunistas reservadas a personas cuyo único delito es ponerse en su camino. Juego limpio, señor Ventura. Lo toma o lo deja.

El gobernador pareció pensarlo durante un rato. Después, dijo:

— ¿Y si no cumplo el indulto? ¿Y si accedo y, al cabo, decido mandaros a todos a la horca?

Elvira sonrió de medio lado.

— Insulta nuestra inteligencia si piensa que no hemos contemplado dicha posibilidad — declaró la antigua dama con toda la tranquilidad del mundo —. Y, al igual que usted, señor, nosotras también tenemos amistades importantes e influyentes que hemos ido cultivando a lo largo de los años. Claro que, en el caso de nuestro exclusivo círculo, no fingen estar al lado de la ley, sino que están directamente en su contra — clavó su mirada azul en las pupilas del ilustrísimo y declaró —. Si algo nos sucediera a nosotras, a nuestros maridos, o a algún miembro de nuestras familias, créame, irán a por usted. Lo mataremos desde la tumba. A usted y a sus seres queridos. Y no hablo de su encantadora esposa, sino de su ramera favorita — escupió con malicia —. Es usted igual de rastroso que mi primer marido. ¡Todos los mal llamados caballeros de esta ciudad tienen el alma podrida y corrupta! Por eso no poseo cargo de conciencia alguno al anunciarle que pagaremos una suma legendaria de dinero por adelantado a personas que nos deben la vida una y mil veces, cuya lealtad está fuera de toda duda. Así, garantizaremos que el encargo será tan efectivo como un seguro de vida.

— Maldita...

— Recuerde que está bajo los efectos de la pócima, señor Ventura — sentenció Victoria —. Todo lo que afirma es cierto.

El gobernador se revolvió en su asiento y bajó la mirada hasta uno de los cajones de su escritorio. La esposa de Sam, presurosa y atenta a sus movimientos, lo inmovilizó tras propinarle el enésimo golpe en la cabeza. Esta vez, la sangre comenzó a manar de un costado. Don Joaquín estalló en un alarido de dolor.

— Buen intento, pero no nos subestime. Está en una encrucijada y solo de usted depende el salir de ella con vida o abandonar su preciosa casa con los pies por delante.

— Nosotras llevamos los pantalones en esta negociación, gobernador — indicó Elvira —. Literal y metafóricamente. Díganos, ¿piensa cumplir el trato que le propongo sí o no?

Silencio. Ninguna de las dos mujeres perdió la calma.

— Si no lo hace, señor, iré a por usted. Lo destruiré con mis poderes de alquimista y le reservaré un destino peor que la muerte. Jamás ingerirá nada, en materia líquida o sólida, sin acordarse de mí. Sin sospechar que pueda estar adulterado. No es una amenaza. Es un juramento.

Las mandíbulas de Don Joaquín se tensaron. Alzó un dedo acusador y tembloroso en su contra y estalló contra ella:

— ¿Debo temerle a una mujer? — había un tono de burla en su voz que lo hizo sonreír.

Victoria y Elvira imitaron su gesto tras intercambiar sendas miradas cómplices.

— Debe. Y no solo se enfrenta a una, sino a dos — señaló Victoria.

— Nunca, en mis cincuenta y ocho años de vida, me he visto obligado a tratar con mujeres de vuestra calaña — reconoció él, interrumpiendo la perorata de Victoria —. ¡Miraos! Ataviadas como hombres, amenazándome en mi propia casa y tratando de negociar para que libere a dos truhanes que llevan décadas esquivando la justicia ¡Es bien sabido que Dios los cría y ellos se juntan...!

— Se olvida constantemente que no está ante dos mujeres cualesquiera — sentenció Elvira —. La diferencia entre esa criada que antes le trajo la botella de licor y nosotras radica en que podemos acabar con usted de mil maneras distintas, y que no tenemos absolutamente nada que perder si lo hacemos. Y esa, señor Ventura, es la peor clase de enemigo que pueda existir.

El gobernador bajó la cabeza. Parecía estar considerándolo

— Y ahora, díganos, ¿firmará los indultos o no?

— ¿Adónde nos dirigimos?

Tanto Mik como Sam permanecían sentados muy cerca el uno del otro en el interior de un carruaje pequeño, incómodo y sin ventanas. El traqueteo al que eran sometidas las ruedas del vehículo, teniendo en cuenta además la velocidad a la que se desplazaban, era demencial. Estuvieron a punto de volcar en un par de ocasiones.

— ¿Por qué tanta prisa? ¿Llegamos tarde a nuestra propia ejecución?

Sam rio la gracia.

— No lo sé, pero al menos, querido amigo, hemos abandonado aquella pocilga mal llamada cárcel de Nueva Trada.

— En efecto. Aquí se respira mejor, aunque quién sabe si lo que nos depara es peor...

— Lo dudo — razonó Sam —: no nos esperan ni la horca, ni el hacha.

— ¿Cómo estás tan seguro? — Mik arqueó una ceja, incrédulo.

— Porque Don Joaquín, el ilustrísimo, gusta de las ejecuciones públicas desde que ostenta el cargo. Y ya sabes a estas alturas nos estaría exhibiendo como animales enjaulados ante las masas. No nos tendría dando paseos.

— ¿Entonces?

— O bien nos ha reservado otro castigo — concluyó —, o bien nuestro destino está alejándose de la muerte en estos precisos instantes.

Al cabo de un rato, el carruato se detuvo. El silencio se impuso como si de una pesada losa se tratara. La oscuridad era total, incluso cuando la portezuela que los contenía en el pequeño habitáculo se abrió y una voz cascada y carente de amabilidad los empujó a abandonar aquel reducido espacio.

Primero salió Mik, después Sam. La brisa de la noche les dio la bienvenida. El mareo que experimentaron tardó en disiparse. Todo les daba vueltas. Al carecer de referencias espaciales, la

desorientación era total. El cielo estaba cuajado de estrellas. Ambos se miraron con sendos interrogantes en los ojos brillantes. Echaron un vistazo a su alrededor tratando de reconocer el paisaje, pero no les resultaba familiar. Se encontraban rodeados de naturaleza, de árboles que crecían salvajes, al límite de la jungla.

— ¿Qué hacemos aquí? ¿Dónde estamos?

Su liberador no contestó dichas preguntas, sino que emitió un gruñido seco y se marchó por donde había venido. Sin despedirse y sin desatar las ligaduras que rodeaban las muñecas de ambos presos.

— ¿Dónde estamos? — repitió Mik.

— No lo sé — murmuró Sam, intrigado.

— ¿Y si es una trampa?

— Lo es — habló una voz femenina.

Dirigieron su mirada hacia donde provenía la voz. Las siluetas de dos mujeres que se aproximaban a ellos captaron de inmediato su atención.

— ¿Victoria? — preguntó Mik, adelantándose a Sam, asombrado.

— ¿Cómo me has reconocido? Llevo ropa de hombre y...

— No es la primera vez que te ves de esa guisa en mi presencia — contestó, hábil —. ¿Quién va contigo?

— ¿Acaso no reconoces a tu propia esposa? — reprochó la aludida mientras se despojaba de la capucha que cubría su cabello.

— ¿Elvira? ¿Qué haces tú aquí?

— Creíais que no lo conseguiríamos, ¿no es cierto? — se mofó Victoria —. ¡Hombres de poca fe!

— He de quitarme el sombrero ante vos — sentenció Sam, altanero, tras hacer una referencia —. Y también ante Elvira, por supuesto.

Victoria no quiso aguardar por más tiempo. Se lanzó a los brazos de su esposo y sollozó tras abrazarlo fuerte y propinarle una serie de besos que comenzaron siendo castos para en seguida convertirse en algo más pasional.

Elvira se acercó a Mik. Portaba una tímida sonrisa en los labios.

— No puedo tocarlo y me muero de ganas por hacerlo — murmuró el antiguo pirata en cuanto la tuvo lo suficientemente cerca.

— Déjame arreglar eso...

Sacó un cuchillo del interior de sus vastos y amplios ropajes y rasgó las cuerdas que lo apresaban. Mik ni siquiera se entretuvo amasando sus castigadas muñecas: tomó en brazos a Elvira y la besó con furia, con un arrebato inusitado que tomó desprevenida a su esposa.

— ¿Esto es real? — le preguntó al cabo de un rato en que solo se escucharon los jadeos y murmullos que intercambiaban ambas parejas —, ¿de verdad estoy aquí, contigo, libre?

— Así es — contestó ella, presa de la emoción.

— ¿Cómo...? ¿Cómo lo habéis hecho posible?

— Ya te lo explicaré. Es... una larga historia.

Volvieron a besarse. Elvira pasó las manos por los anchos hombros de su esposo y constató, por la reacción que obtuvo su cuerpo, cuánto lo había echado de menos.

— Te amo — sentenció con rotundidad, dejándose llevar por el momento.

— ¡Vaya! — se carcajeó Victoria —. Al final va a resultar que nuestra querida Elvira no está hecha de piedra después de todo, ¿quién lo diría!

— ¡Cállate! — la antigua dama se reía — ¡Amo a mi esposo, esa es la verdad! Al igual que tú eres insoportable!

— ¡Falacias! — chilló la otra mientras cortaba las cuerdas que ataban las manos de su esposo —. Ahora somos amigas, no te molestes en negarlo.

Y Elvira no lo hizo. Ni siquiera con su prima Angustias, en sus mejores tiempos, había sentido tanta conexión, tanta sintonía como la que terminó uniéndole a la esposa de Sam. Por supuesto lo negaría hasta su muerte: tenía su orgullo. Sin embargo, había algo en Victoria, algo intangible, que le provocaba un constante conflicto interno. Seguía siendo la mujer que asesinó a su padre, pero también era su cómplice. Sin ella, jamás hubiese recuperado a su marido. Y quizá aquello restauraba una suerte de equilibrio en su relación que podía ser el inicio de algo.

Por todo ello, le dirigió una mirada cómplice con la que expresó muchas cosas.

— ¡Es hora de que volvamos a casa! — gritó Sam —. Ojalá dispusiéramos de nuestro *Servus*, pero me temo que tendremos que emprender el camino a caballo... o a pie. ¡Lo que hayan dispuesto nuestras esposas!

Los dos hombres rieron y se palmearon las espaldas. Elvira puso los ojos en blanco, aprovechando que nadie reparaba en ella.

— ¡No paráis de mencionar el nombre de ese dichoso barco a todas horas!

Se miraron unos a otros con cariño, incluso con nostalgia.

— Sam, Mik, ¿por qué no le contáis a Elvira cómo os conocisteis? Después, les cuento cómo nuestros destinos se sellaron.

El esposo de Victoria sonrió solícito. Archeó una ceja y mirando a Elvira con su ojo bueno dijo:

— Será un auténtico placer, señora.

La puerta se cerró con un sonoro golpe seco. Alguien se encontraba en la tienda y hacía notar su presencia mediante fuertes pisadas sobre el suelo de madera. Mik abandonó rápidamente sus quehaceres y se dirigió presuroso hacia el mostrador. No dejaba de preguntarse quién se hallaría tan necesitado como para acudir a la tienda a aquellas horas. Tendría que haber echado el cierre con anterioridad, pero había perdido la noción del tiempo, enfrascado como estaba en la cocción de unas hojas de dedalera.

La climatología, además, no acompañaba: afuera la lluvia arreciaba como si estuviese a punto de caer el próximo diluvio universal.

— ¿Dónde está la dueña?

Mik entornó los ojos y puso la espalda firme. Era más alto que aquel tipo cuyos ropajes señalaban su alto poder adquisitivo, aunque sus modales no acompañaran. Su voz le resultaba familiar, aunque no acertaba a dar con el momento en que la escuchó por vez primera.

— Yo puedo atenderle, ¿qué desea, señor?

— ¡Exijo ver a Elvira!

A Mik le extrañó que el desconocido supiera el nombre de su esposa e insistiera en que ella personalmente lo atendiera, mas no quiso discutir. Lo único que deseaba era retirarse con su familia para descansar y echarse en la cama. Sus hijos ya estaban durmiendo, el silencio reinaba por doquier. Había sido un día duro.

— ¿Estás sordo, criado? — le dijo sin signos de paciencia —. ¿Dónde está Elvira? ¡De prisa!

Los gritos se escucharon en cada rincón de la casa, tanto en el establecimiento propiamente dicho como en la trastienda y en la planta superior. Mik fulminó con la mirada al cliente descontento y abrió la boca para demandar respeto, pero una voz a su espalda lo adelantó:

— No es un criado, sino mi esposo, señor. Por tanto, haga el favor de dirigirse hacia él con

respeto.

Ambos hombres la miraron pasmados por diferentes razones. Mik no pudo evitar sonreír al verse respaldado por su mujer. Orgulloso y henchido de amor, se mordió el labio inferior para no deshacerse en palabras de agradecimiento hacia Elvira.

En cambio, Don Rodrigo echaba fuego por los ojos. Su rostro había adquirido un insano tono entre rojizo y morado. Las gotas de agua resbalaban de sus ropas creando un charco oscuro en el suelo de madera. Se quitó el sombrero y balbuceó una serie de palabras inconexas e ininteligibles que no parecían bienintencionadas.

— Si no le place que Mik sea mi esposo, señor, puede dirigirse a otra botica. Estoy segura de que estarán encantados de atender a tan ilustre caballero.

No había ni rastro de sarcasmo en la voz de Elvira, sin embargo Mik notó tensión en su lenguaje corporal. Era palpable y evidente, la conocía de sobra. Por eso, se puso en alerta. ¿Y si aquel hombre era aquel que una vez trató de chantajearla en la tienda, hacía tanto tiempo?

— ¿Acaso has perdido el juicio? — gritó Don Rodrigo fuera de sí.

La antigua dama suspiró.

— Tenemos la bendición y el beneplácito de Joaquín Ventura, amén de la iglesia a través de uno de sus siervos, que nos casó hace casi un año. Por tanto, si usted o alguno de los suyos vuelve a amenazarme, a mí o a mi familia, tendrá que atenerse a las consecuencias.

— ¡Esto es... intolerable!

— ¿A qué ha venido, Don Rodrigo? ¿Acaso no sabe que el gobernador nos ampara? Si busca una pócima de las que solemos preparar mi esposo y yo, con gusto se la ofreceremos. Si en cambio pretende someterme, o someternos, a su capricho, le ruego que vuelva por donde ha venido.

El aludido volvió a ponerse el sombrero calado, que hasta entonces había retorcido entre sus agarrotados dedos. Salió del establecimiento mascullando insultos entre dientes y maldiciendo todo cuanto veían sus ojos.

Lo último que escuchó, alto y claro, antes de cerrar la puerta tras de sí, fue la voz de Elvira, que mandó un último mensaje:

— ¡Nadie amenaza a mi familia!

Se apresuró a cerrar la puerta con llave en cuanto el mal llamado caballero abandonó la escena. Suspiró, cerró los ojos y apoyó la espalda contra la madera. Disfrutó del momento:

acababa de espantar, por fin, la amenaza que, como un fantasma, sobrevolaba su cabeza y la de sus hijos desde hacía años. Se había librado del influjo de Don Rodrigo y lo había hecho sola, sin que su marido tuviese que intervenir en su defensa.

Se permitió el lujo de atesorar la victoria y mascarla a solas... pero no duró mucho tiempo.

— Te quiero — murmuró.

Para su sorpresa, su esposo estaba a su lado. Lo sintió incluso antes de abrir los ojos y descubrir su boca a escasas pulgadas de la suya.

— Y yo más a ti. Te amo más que a mi vida, Elvira.

Recortó la distancia y lo besó sin medida. Se abrazaron tan fuerte que su respiración se vio comprometida. Pronto, las caricias fueron a más y terminaron haciendo el amor contra la madera, casi con desespero, aún vestidos por culpa de las prisas.

El profundo afecto que se profesaban mutuamente escapó por cada uno de sus poros, en perfecta sincronía, y se elevó hasta el techo del que para siempre sería su hogar.

FIN

Agradecimientos

He tardado más que nunca en terminar esta novela. Pero, ¡por fin lo he hecho! Otros proyectos tomaron la delantera y reclamaron mi atención mientras tanto. Sin embargo, no desistí, porque sabía que esta novela merecía la pena. Los personajes me pedían que contase su historia. Por eso les terminé haciendo caso.

Segundas partes nunca fueron buenas... ¿o tal vez sí? Realmente pienso que esta trama tiene su aquel. En algunos sentidos, incluso, opino que supera a su predecesora, “El precio de la libertad”. Mik tenía que ser protagonista, era indiscutible.

Que tu ópera prima sea el inicio de una trilogía... es mucho decir. Pero así es Selva Palacios, supongo. Mi “yo” escritora puede llegar a ser tan ambicioso como currante. Tan absorbente como impulsivo. Y me encanta.

Muchas gracias a los de siempre y a ti, lectora, por darme la oportunidad de entretenerte.

Espero que lo hayas pasado bien leyendo esta novela. Si todavía no has leído las otras que tengo publicadas, encontrarás el catálogo [aquí](#).

Hasta la próxima aventura, un abrazo gigante,

Selva.

FIN

Contenido

Primera parte

Una vida por otra

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Segunda parte

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Tercera parte

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Agradecimientos